

## V. IMPLANTACIÓN DEL MONACATO BENEDICTINO CISTERCIENSE EN EL CONO SUR

### 1. *Antecedentes de la historia eclesial latinoamericana*

#### 1.1. *La conferencia de Puebla y el monacato*

En una sorprendente nota al párrafo 272 de los documentos de Puebla, titulado “La Iglesia, signo de comunión”, se lee que el “hecho de mayor relevancia política de la Edad Media fue la fundación de los monjes benedictinos, porque su forma de vida comunitaria se convirtió en el gran modelo de organización social para la Europa naciente”. Aunque tal enfoque no aprehende exactamente lo esencial de la vida monástica, la sitúa sin embargo correcta y honrosamente en la arena de la historia. El párrafo siguiente, el número 273, explicita lo que los Padres de Puebla entienden por este modelo de convivencia cristiana, que reclama como estímulo necesario para toda la cristiandad americana:

“Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre”.

Suponemos que los redactores de este relevante párrafo tenían en mente las experiencias de muchas comunidades de base de América Latina. Sin embargo no forzamos el texto sí, prolongando la línea que nos traza la nota al número 272, leemos este párrafo a la luz de la experiencia monástica, especialmente la de tipo cenobítico. ¿No es el capítulo 72 de la Regla de San Benito o, mejor dicho, su permanente traducción a la vida real a través de los siglos, el comentario más elocuente a este número 273? Todo esto es altamente incentivante para los cristianos latinoamericanos que se esfuerzan por vivir el Evangelio según el punto de vista particular de la Regla de San Benito. Pero lo es aún más si se constata que este “modelo de convivencia” que el documento de Puebla reconoce en los monjes benedictinos no limitó su vigencia a la Edad Media, sino que tuvo proyecciones significativas en la misma plasmación de la sociedad latinoamericana. La Iglesia de América Latina no ha descubierto recién en este siglo el ideal de la comunidad cristiana, sino que puede gloriarse en este punto de una tradición antigua y descollante Comenzando por los pueblos-hospitales del obispo de Michoacán Vasco de Quiroga<sup>48</sup> y las comunidades que los dominicos lograron constituir en la Verapaz, siguiendo con las misiones franciscanas de México y California<sup>49</sup>, las capuchinas de Venezuela<sup>50</sup> y culminando con las reducciones jesuíticas del Paraguay, de la selva boliviana y colombiana<sup>51</sup> -para no mencionar sino lo más llamativo- ¿no reside en esta sacrificada y perseverante repristinación de la comunidad primitiva de Jerusalén que la Iglesia de América Latina ensayó durante siglos su más significativo aporte a la Iglesia universal? Ahora bien, todo esto no habría sido posible sin el secreto suministro de los monasterios europeos, que a través de la “Utopía” de santo Tomás Moro y de otros canales fecundaron los experimentos sociales de Vasco de Quiroga, de la legislación de Indias y por ende de las reducciones jesuíticas. Sabido es que los varios años que Tomás Moro pasó entre los monjes, antes de casarse, le proporcionaron las ideas básicas de una sociedad nueva y original, exenta de las taras de

<sup>48</sup> Fintan WARREN, *Vasco de Quiroga and his pueblo-hospitals of Santa Fe*, Washington 1963.

<sup>49</sup> La figura relevante es aquí Fray Junípero Sierra.

<sup>50</sup> B. de LODARES, *Los franciscanos capuchinos en Venezuela*, Caracas 1929.

<sup>51</sup> Cf. Mauro MATTHEI, *Cartas e informes de misioneros jesuitas extranjeros*, Santiago 1969-73.

la que le tocó vivir y que era una especie de gran monasterio laico. La llamó “Utopía”, porque consideraba que tal cual no se daba en ningún lugar y porque no podía saber que el genio español, místico y quijotesco, la iba a trasladar a la realidad en muchos lugares de América. El hecho es que Vasco de Quiroga y los jesuitas leyeron asiduamente el libro del santo inglés y trataron de llevarlo a la práctica. También lo hizo el autor de la segunda de las “utopías”, Tomasso Campanella, en su “Imaginaria Ciudad del Sol”, en que se refiere expresamente a la comunidad primitiva de Jerusalén y a los monjes. Este doble punto de referencia aparece no pocas veces en las cartas y relaciones de misioneros jesuitas del Paraguay al describir la vida de sus indios en las reducciones. Los horarios y las costumbres vigentes en las organizaciones jesuíticas hacen aparecer éstas como grandes monasterios para laicos; el mismo pensamiento se encuentra en los escritos de viajeros que recorren las misiones franciscanas de California. No es, pues, aventurado sustentar la tesis de que la forma de vida comunitaria benedictina no sólo fue un modelo de organización social para la Europa naciente - como lo afirma el documento de Puebla- sino que lo fue también, aunque en forma más indirecta y diluida, para la América Latina naciente.

Todo esto nos proporciona un nuevo punto de partida para analizar el hecho monástico en la historia eclesiástica latinoamericana. El P. Gabriel Guarda, OSB, en su libro aún no superado sobre la “Implantación del monacato en Hispanoamérica”<sup>52</sup> demuestra cómo tal hecho, impedido de realizarse por el cauce normal de la fundación de casas monásticas -como fue el caso del Brasil- se hizo presente de muchas otras maneras. Entre estas epifanías de lo monástico señala la presencia de la vida eremítica<sup>53</sup>, las tendencias monásticas dentro de los mendicantes, las recoletas, los Carmelos y el testimonio de los obispos monjes. A todo esto nosotros allegamos el dato del trasfondo monástico de los pueblos de indios desde Vasco de Quiroga (siglo XVI) hasta la gran época de los jesuitas en el Paraguay (siglo XVIII).

## 1.2. *El trasplante de la vida monástica a América*

En las Iglesias orientales toda vida religiosa es monástica. En la Iglesia latina, en cambio, la identificación de la vida religiosa con los principios espirituales del monacato se deshace a partir de la aparición de las órdenes mendicantes. Los siglos XII y XIII señalan, pues, una bifurcación y diversificación de la vida religiosa en occidente. En el siglo XVI aparece otra variedad importante de la vida religiosa, diferente a la vez de los monjes y de los mendicantes, la de los clérigos regulares, cuyos exponentes más relevantes son los jesuitas. La época de la Revolución francesa prepara la cuarta variedad: la de los institutos seculares.

No corremos, pues, muchos riesgos si definimos la vida monástica como la forma más antigua de la vida religiosa. La espiritualidad monástica necesariamente se enlaza con la época patristica, pre-medieval y con la Iglesia de Oriente, aunque en la actualidad no esté exenta de influjos y modelos posteriores. Como señala Urs von Baltasar<sup>54</sup> en la Iglesia latina ninguna de las nuevas formas de vida religiosa elimina las anteriores: ni los institutos seculares invalidan a los clérigos regulares, ni estos a los mendicantes, ni los mendicantes a los monjes. Éstos representan, pues, la persistencia de la Iglesia antigua en la Iglesia permanentemente moderna.

Cuando se produce el descubrimiento y la conquista de América no es la hora de los monjes. Es la gran hora de las órdenes mendicantes que, después de haberse reformado en España, darán prueba de su prodigiosa vitalidad espiritual en la evangelización del Nuevo Mundo. Pero junto a ellos aparece la tercera versión de la vida religiosa, la de los clérigos regulares, representada principalmente por la Compañía de Jesús, que hará su brillante noviciado en la conquista espiritual de ambas Indias, la de Occidente como la de Oriente. Nada favorecía en ese momento el trasplante de la forma monástica de vida religiosa a América. Con todo, éste tuvo lugar, aunque no en forma tan inmediata y nítida como

---

<sup>52</sup> Gabriel GUARDA, OSB, *La implantación del monacato en Hispanoamérica, siglos XV-XIX*, Santiago 1973.

<sup>53</sup> Cf. Mauro MATTHEI, *La vida eremítica en Hispanoamérica*, Pamplona 1970.

<sup>54</sup> Hans Urs von BALTHASAR, *Die grossen Ordenregeln*.

fue el caso en el de las órdenes mendicantes y de la Compañía de Jesús. Distinguiremos cuatro momentos de implantación monástica en el Nuevo Mundo:

1. Primera implantación: la de los monjes portugueses en el Brasil, a partir de 1581.
2. Segunda implantación: la de los monjes trapenses franceses y benedictinos bávaros y suizos en los Estados Unidos: Spencer, 1825; St. Vincent's Abbey en Latrobe, 1846; Gethsemani, 1848; St. Meinrad, 1854.
3. Tercera implantación: la de los monjes benedictinos, franceses, españoles, alemanes y suizos en el Cono Sur, a partir de la Fundación de Niño Dios en 1899 y la de los monjes trapenses norteamericanos a partir de 1956, en la misma región.
4. Cuarta implantación: la de los monjes benedictinos norteamericanos, ingleses, belgas, españoles y alemanes en los países que forman actualmente la Asociación benedictina del Caribe y de los Andes, después de la segunda guerra mundial<sup>55</sup>.

Lo característico de este complejo proceso histórico parece ser que ninguno de los tres primeros movimientos de implantación se deriva del otro o se inspira en él. Se trata de tres inyecciones separadas de vida monástica en el cuerpo eclesial de América, cada una con sus ingredientes específicos. En cambio, la cuarta implantación, correspondiente a los monasterios de ABECA, presenta fuertes aunque no exclusivos nexos con la segunda, realizada un siglo antes en los Estados Unidos.

### *1.3. Brasil, primera presencia de vida monástica en América*

Aunque en forma somera es necesario considerar la primera implantación monástica en América, que es la del Brasil, ya que ella nos proporcionará puntos de referencia interesantes para nuestro estudio. En 1566 la reforma benedictina de Valladolid -severa y ascética- se había implantado en el monasterio de Tibães de Portugal. Quince años más tarde esta abadía estaba en disposición de enviar monjes al Brasil. En 1581 llegaban los primeros benedictinos a Bahía, encabezados por el P. Antonio Ventura de Laterão. Como en el Viejo Mundo también en el Nuevo el primer monje conocido llevaría, pues, el nombre de Antonio. Ventura de Laterão había sido encargado por el abad general de la congregación benedictina del Portugal, más exactamente por el tercer capítulo general de la congregación, “a construir un monasterio de San Benito en tierras de Santa Cruz”. En realidad, eran los habitantes de la ciudad de Bahía los que habían solicitado este privilegio. Entregaron a los monjes la ermita de San Sebastián con terrenos adyacentes. Ya en 1584 la primera casa benedictina de América era elevada al rango de abadía y Antonio Ventura de Laterão recibía las insignias abaciales.

Se multiplicaron los pedidos de nuevas fundaciones y así surgieron nuevos cenobios: 1586 en Río de Janeiro, 1590 en Olinda, 1596 en Paraíba do Norte y 1598 en São Paulo. En 1596 las nuevas fundaciones se agrupaban en la provincia benedictina del Brasil, parte integrante de la congregación lusitana y con tal ocasión fueron promovidas a la categoría de abadía las casas de Río de Janeiro y Olinda, mientras que la abadía de San Sebastián de Bahía se constituía en casa madre de la provincia. Por disposición del Papa san Pío V los abades eran trienales, como lo eran por lo demás los de la reforma de Valladolid y de Santa Justina de Padua. La medida tendía a excluir la posibilidad de abades comendatarios.

En el siglo XVII continuaba la expansión monástica en el Brasil: en 1607 Paraíba do Norte se constituía en abadía; en 1635 lo hacía São Paulo; en 1641 se inicia la construcción de la actual iglesia de la abadía de São Bento en Río; en 1650 se funda el priorato de Santos, en 1660 el de Sorocaba y en 1668 el de Jundiá. A fines del mismo siglo florecían en el Brasil siete abadías y cuatro prioratos.

Después de la vigorosa expansión del siglo XVII el siglo siguiente señala la estabilización y el primer revés de importancia: en 1762 el marqués de Pombal, ministro todopoderoso del rey, clausuraba los

---

<sup>55</sup> Su sigla es ABECA y publica un boletín.

noviciados de las órdenes religiosas. La misma adversidad iría a frenar el desarrollo de los monasterios después de que en 1827 se constituyeran en congregación benedictina del Brasil, independiente de la lusitana. En el año de la independencia quedaban sólo cincuenta y dos monjes. En 1835 el gobierno imperial permitió la recepción de diez novicios, pero ya en 1855 se clausuraban de nuevo los noviciados. Diez años más tarde sólo restaban cuarenta y un religiosos benedictinos en todo el país. En 1875 se intentó formar vocaciones brasileras en la abadía de San Pablo de Roma; pero a los tres novicios que egresaron se les prohibió el retorno a la patria. El monacato brasilerero estaba condenado a la asfixia cuando en 1889 cayó la monarquía y se estableció la república, punto de partida de nuevas esperanzas. Sin embargo, sólo diecinueve monjes sobrevivían en ese momento. El último abad general, Domingo de la Transfiguração Machado, recurrió al Papa León XIII en busca de auxilio. Éste apeló a la floreciente congregación de Beuron, la cual a su vez encargó al monje belga, Dom Gérard van Caloen, la difícil misión de arbitrar medidas para la restauración de la vida monástica del Brasil. En 1895 D. Gérard y sus colaboradores desembarcaban en Olinda, recibidos gozosamente por D. Domingo de la Transfiguração Machado. Las vocaciones nativas habían descendido a diez. En 1896 van Caloen era instituido abad de Olinda y en 1899 restauraba la vida monástica en la proto-abadía de Bahía. Para procurar más vocaciones se fundó en Bélgica el monasterio de Saint André, unido a la congregación brasilerera hasta 1920. En 1900 fallecía el último monje y abad de Sao Paulo y lo sucedía D. Miguel Kruse, de la nueva generación de monjes alemanes. En Río de Janeiro el último abad, Dom João das Mercês Ramos, se opuso con alboroto público a la entrada de los monjes restauradores; pero lo mismo se logró la renovación de aquella abadía en el año 1903. En 1907 Río de Janeiro era elevada al rango de abadía “nullius” con el territorio dependiente de las misiones del Río Branco (hasta 1933). En 1908 fallecía D. Domingo Machado, alma y promotor de la restauración.

El año 1911 señala otro momento importante para la vida monástica en América Latina: se funda el primer monasterio benedictino femenino, la abadía de Santa María de São Paulo, con jóvenes brasileras que habían hecho su noviciado en la abadía de Stanbrook, Inglaterra. La abadía de São Paulo, que por medio de su casa madre de Stanbrook entroncaba con la heroica tradición monástica de la Inglaterra postisabelina, llegaría a ser la madre fecunda de los monasterios no sólo del Brasil, sino también del Cono Sur.

Establecido este calendario histórico se impone reflexionar sobre lo que significa para nosotros la historia monástica del Brasil. En general podemos considerar esta implantación como particularmente bien lograda:

1. El móvil de la acción fue sin ambages monástico y religioso. Se trataba para los monjes lusitanos de “fundar monasterios de san Benito en la tierra de la Santa Cruz”, En cambio, en el ámbito hispanoamericano, las motivaciones fundacionales no siempre fueron tan unívocas. Los prioratos benedictinos de Lima y México a fines del siglo XVI se establecieron como centros de recolección de limosna para la abadía de Montserrat y nunca tuvieron trascendencia como monasterios<sup>56</sup>. En nuestro siglo, en no pocos casos, los monjes se establecen para atender ciertas obras o para asumir ciertos compromisos sin ánimo de levantar monasterios.

2. Los benedictinos brasileros colaboraron eficazmente en la plasmación espiritual de su país. En la época portuguesa las once casas monásticas no sólo eran núcleos muy apreciados de irradiación religiosa, sino que ejercían gran influjo evangelizador a través de sus haciendas, cuya estructura económica y cultural era parecida a la de las granjas cistercienses del siglo XII. De los monasterios también dependían aldeas de indios y dos reducciones, la de Jacoca y la de Utinga. En el siglo XIX la presencia benedictina en la sociedad brasilerera se canaliza a través de sus escuelas y colegios. En 1858 el abad Luis de Conceição Saraiva fundaba el gimnasio de São Bento, el colegio más antiguo de la capital carioca después del Colegio Nacional Pedro II. Con la restauración llevada adelante por los monjes alemanes en el siglo XX se añade un tercer tipo de actividades: las pastorales y misioneras, aunque estas últimas sólo en forma pasajera.

---

<sup>56</sup> Cf. Gabriel GUARDA, o. c., pp. 79 y 82; Mauro MATTHEI, *Apuntes históricos acerca del origen y fundación de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat en la ciudad de Lima*, en *CuadMon* 12 (1977) p. 313.

En la América española, en cambio, los monjes no tuvieron participación directa en la incubación de las nuevas naciones. Excluidos de facto por la Corona española, los monjes llegaron a nuestros países en la época republicana y tardaron años en adquirir alguna proyección en la sociedad.

3. Los orígenes vallisoletanos del monacato brasilero imprimieron en él un sello de marcado ascetismo y austeridad. El régimen de vida de las abadías brasileras de la época portuguesa se caracteriza por un oficio divino prolongado, un plan de estudios de altísimo nivel y un hábito de oración mental que hoy día calificaríamos de carmelitano. Todo esto configuraba una espiritualidad netamente monástica. Más tarde, en el siglo XIX y sobre todo en el XX, el aumento de las actividades externas redundó en la disminución de las internas y en un notable aflojamiento de la disciplina.

Pasando a Hispanoamérica la comparación -con las excepciones del caso- nuevamente nos desfavorece: en la fundación de más de una casa benedictina de estos lados pena la ambigüedad de aquellas primitivas casas receptoras de limosnas de Lima y México: se vive en función de fines a veces muy distantes de los señalados por la Regla de San Benito. En muchos casos se produce desde los mismos comienzos un problema de orientación espiritual, que algunas veces se ha encarado y resuelto con decisión, otras ha conducido hasta la supresión de la fundación.

4. Los monasterios del Brasil supieron evitar la gran tentación que toda América representa para las órdenes religiosas: la dispersión por los vastos espacios geográficos y culturales del Nuevo Mundo, respondiendo a las infinitas necesidades pastorales y a los llamados de todos los pueblos y ciudades recién fundadas, con la consiguiente pérdida de la vida comunitaria. Siendo la convivencia de oración y trabajo y los lazos fraternos cotidianos como el seno materno que da vida al cuerpo no sólo de las órdenes monásticas, sino también de las mendicantes, la renuncia a ella en aras de una mayor presencia en las vanguardias de la colonización implicaba una fatal pérdida de savia espiritual. Así las disciplinadas huestes franciscanas y dominicanas que, apenas reformadas en España, tuvieron una gravitación tan decisiva en la evangelización ante todo de México y del Perú, al alborear la independencia se hallaban en todas partes muy á la zaga del espíritu de sus fundadores. Numerosísimas exclaustaciones en los primeros años de la época republicana fueron la secuela de las tendencias centrífugas de la época anterior.

Pero esto, que constituye la desgracia principal de las órdenes mendicantes en Hispanoamérica -los jesuitas, no tan centrados sobre la vida comunitaria, pudieron enfrentar mucho mejor tal emergencia-, se vuelve a suscitar con características muy parecidas ante todo en la segunda implantación monástica de América, la de los Estados Unidos. En efecto, también en este caso las necesidades pastorales de las colonias alemanas y helvéticas, las exigencias de los obispos y la propia caridad humana, impusieron a los recién fundados monasterios norteamericanos un ritmo centrífugo tan intenso, que a los pocos años generaba una crisis de espiritualidad, que los monasterios trapenses, más centrípetos que los benedictinos, no conocieron<sup>57</sup>. Hasta el día de hoy los monasterios benedictinos norteamericanos viven el dilema de aceptar su realidad actual de religiosidad acentuadamente activa, rechazando como “teorías” más o menos románticas todo lo relacionado con la herencia espiritual del monacato primitivo, o decidirse por una espiritualidad netamente monástica, teniendo que restringir en consecuencia muchas de sus actividades actuales. La vida de Dom David Knowles es una proyección en el campo monástico inglés, de ese mismo drama. Tal problemática, lejos de restringirse al área norteamericana, tiene evidentes repercusiones en Hispanoamérica, por el hecho de que la mayoría de los monasterios de la Asociación Benedictina del Caribe y de los Andes son fundaciones norteamericanas. En el Cono Sur el fenómeno se registra con menos intensidad que en la región de ABECA.

En comparación de esto, los monasterios coloniales del Brasil revelan una estabilidad y perseverancia tan notable que les permite arrostrar con firmeza más de un siglo de antagonismo oficial y las permanentes restricciones impuestas desde los círculos gubernamentales. La dignidad y religiosidad

---

<sup>57</sup> Cf. Basilius DOPPELFELD, *Mönchtum und kirchlicher Heildienst*, Münsterchwarzach 1974.

del último abad general, Don Domingo de Transfiguração Machado, es en este sentido, todo un símbolo. Por más que sus huestes se hallaban reducidas a sólo diez religiosos, supo encontrar con sus últimas fuerzas una salida válida y honrosa para la crisis de sus monasterios. Tal crisis -también esto cabe destacarlo- no se había originado por un aflojamiento del ímpetu espiritual, sino por la clausura de los noviciados decretada por el marqués de Pombal y mantenida prácticamente de 1762 a 1889.

La presencia monástica no se limita en el Brasil a los benedictinos en sus diversas ramas. Están también las casas cistercienses S.O.C. y últimamente la fundación cisterciense O.C.S.O. de Lapa. Faltando aún una historia de esta corriente fundadora nos abstendremos de entrar en detalles. Terminamos nuestra rápida visión del monacato en el Brasil con la lista de los obispos benedictinos y cistercienses de aquel país<sup>58</sup>:

1. Álvaro de Hinojosa y Carvajales, sevillano y monje de Ribadave desde 1596, abad de São Paulo en 1635. En 1639 es nombrado obispo, sin llegar nunca a consagrarse. Murió en 1646.
2. Antonio de Jesús María, en 1643 obispo de Meliapor; no llegó a consagrarse.
3. João da Madre de Deus Seixas da Fonseca, natural de Río de Janeiro, monje de Bahía, obispo titular de Areópolis en 1733. Murió en el monasterio de Río de Janeiro en 1758.
4. Antonio do Desterro, monje de Tibães en 1710, obispo de Luanda, Angola, en 1738. En 1745, obispo de Río de Janeiro. Murió en 1773.
5. Manuel da Cruz, *cisterciense*, obispo de Maranhão en 1739.
6. João de San José Querizo, monje de Tibães en 1729, obispo de Grão-Pará de 1759a 1763.
7. José de Santa Escolástica Alvares Pereira, monje de Tibães en 1757, arzobispo de Bahía en 1804. Murió en 1814 en Bahía, enterrado en la abadía de la misma ciudad.
8. Antonio de San José Bastos, natural de Río de Janeiro, monje de Río en 1782. En 1803, abad de Río y obispo de Olinda en 1810. Murió en Río en 1819 y está enterrado en el claustro de São Bento.
9. Vicente da Soledade Dias de Castro, monje de Tibães en 1778, arzobispo de Bahía en 1819, murió en 1823 sin llegar a su diócesis.
10. Luis da Conceição Saraiva, nació cerca de Bahía; monje de Bahía en 1841; abad de Río en 1857, En 1858 fundó el gimnasio de São Bento. En 1861, obispo de Maranhão. Falleció en 1877 y está enterrado en Bahía.
11. Gérard van Caloen, monje de Beuron en 1873, en 1874 a Maredsous. En 1895 al Brasil, en 1896 abad de Olinda. En 1905 abad de Río de Janeiro y obispo titular de Vocéia. En 1907 abad *nullius* de Río. Renuncia en 1915, y muere en Francia en 1932.
12. Lorenzo Zeller, en 1892 monje de Seckau, Austria; 1908, abad del mismo monasterio. En 1915 al Brasil como administrador apostólico y en 1925 abad de San Matías de Tréveris, Alemania. En 1938 está nuevamente en el Brasil y al año siguiente es consagrado obispo titular de Dorilea. Muere en 1945.
13. Clemente José Carlos Isnard, monje de Río de Janeiro en 1937, en 1960 obispo de Nueva Friburgo.
14. Cândido Rubens Padin, monje de São Paulo en 1942. En 1962, obispo auxiliar de Río de Janeiro; en 1963 obispo de Lorena; en 1970, de Bauru.
15. Ricardo José Weberberger, austríaco nacido en 1939, monje de Kremsmünster en 1959; obispo de Barrerías, Bahía en 1979.

El número de quince preladados monásticos en el Brasil es casi igual con el de los obispos benedictinos y cistercienses de Hispanoamérica, como veremos más adelante,

#### 1.4. *Los precursores de la presencia monástica en el Cono Sur de América*

---

<sup>58</sup> José LOHR ENDRES, OSB, *Catalogo dos bispos, gerais, provinciais. abades e mais cargos da Orden de São Bento do Brasil 1528-1975*, Salvador, Bahía 1976.

Podemos considerar como fecha oficial del nacimiento de la vida monástica en el Cono Sur el día de santa Rosa, 30 de agosto de 1899, en que se fundó el monasterio del Niño Dios, promovido al rango de abadía en 1929. Pero antes de este acontecimiento -muy tardío en comparación con la llegada de otras órdenes y congregaciones religiosas a la Argentina y a Chile- podemos constatar hechos y personas que configuran el fenómeno precursor del monacato. Ya hemos aludido al libro del P. Gabriel Guarda que detecta estos fenómenos precursores: la presencia de ermitaños, la circulación de literatura monástica, las tendencias contemplativas y recoletas en los franciscanos, los Carmelos. Yo por mi parte he señalado el trasfondo monástico de las reducciones de indios. Nos toca ahora abordar el tema de los obispos benedictinos y cistercienses que actuaron en el Cono Sur. Tres son aquí las figuras señeras: Cristóbal de Aresti, monje benedictino, obispo de Asunción primero y de Buenos Aires después; Dionisio de Cimbrón, monje cisterciense, obispo de Concepción, Chile, y Benito María de Moxó y Francolí, monje benedictino, arzobispo de Charcas o Chuquisaca (en la actual Bolivia). Conviene no desligar estos tres nombres del resto de los obispos-monjes en las Indias españolas. Fueron veinte en total los hijos de san Benito que empuñaron el báculo pastoral en Hispanoamérica, catorce benedictinos y seis cistercienses:

1. Juan del Valle, monje de San Benito el Real de Valladolid, obispo de Guadalajara (1606-1622).
2. Benito Rodríguez de Valtodano, obispo de Nicaragua (1621-1629).
3. Cristóbal de Aresti, monje de Samos, obispo de Asunción (1628-1635) y de Buenos Aires (1635-1639).
4. Facundo de la Torre o de Torres, monje de San Benito de Sahagún, arzobispo de Santo Domingo (1629-1640).
5. Mauro de Tovar, obispo de Caracas (1629-1646).
6. Diego de Hevia y Valdés, monje de San Martín de Oviedo, obispo de Durango (1640-1654) y de Oaxaca (1654-1656).
7. Benito Ribas, monje de San Pedro de Cardeña, obispo de Puerto Rico (1663-1671).
8. Manuel de Quirós, monje de San Benito el Real de Valladolid, obispo de Oaxaca (1698-1700).
9. Pedro de los Reyes Río de la Madrid, monje de San Clodio, obispo de Yucatán (1700-1714).
10. Juan Vítores de Velasco, obispo de Santa Marta hasta 1703 y de Trujillo de 1703 a 1713.
11. José Pérez de Lanciego y Eguiluz, monje de Santa María de Nájera, arzobispo de México (1714-1728).
12. Manuel Jiménez Pérez, monje de Santa María de Nájera, obispo de Puerto Rico (1770-1782).
13. Luis de Piña y Mazo, monje de San Pedro de Cardeña, obispo de Yucatán (1778-1795).
14. Benito María de Moxó y Francolí, monje de San Cugat del Vallés, arzobispo de Charcas (1806-1816).

Siguen los preladados cistercienses:

15. Pedro de Oviedo, arzobispo de Santo Domingo (1620-1629), de Quito (1629-1646), de Charcas (1646-1649). Siendo obispo de Quito conoció y trató a santa Mariana.
16. Cristóbal Pérez de Lazárraga, obispo de Chiapas (1631-1649) y Cartagena (1649).
17. Dionisio Cimbrón o Simbrón, monje de Osera, obispo de Concepción, Chile (1654-1661).
18. Baltasar de Figueroa y Guinea, nombrado obispo de Santiago de Cuba en 1683, murió en Cádiz en 1684, antes de llegar a su diócesis.
19. Ángel Maldonado, obispo de Honduras (1701-1713) y de Oaxaca (1713-1728). Fue el constructor de la catedral de dicha ciudad.

#### 1.4.1. Fray Cristóbal de Aresti (1572-1639), obispo de Asunción y Buenos Aires<sup>59</sup>

Nació en 1572 en Valladolid, hijo de Juan de Aresti y Ana María de Aguilar. En 1585 vestía hábito benedictino en el monasterio de San Julián de Samos. Fue abad de Corneliana y de Samos, definidor general de la congregación benedictina de Valladolid, lector de teología por doce años en el monasterio de San Vicente de Oviedo y catedrático de Sagrada Escritura por ocho años en Santo Tomás de Oviedo. Rigió otra vez la abadía de Samos con jurisdicción temporal, espiritual y cuasi episcopal en todo su distrito y “por sus buenas partes” fue presentado al obispado de Asunción del Paraguay el 3 de septiembre de 1628. El 12 de febrero del año siguiente el Papa Urbano VIII le daba la institución canónica. Tenía 57 años de edad y cuarenta y cuatro de hábito cuando fue consagrado en la iglesia del monasterio de San Martín de Madrid y en mayo de 1631 entraba por fin en su diócesis del Paraguay, seriamente desorganizada por la larga sedisvacancia anterior. Se dedicó de inmediato a las confirmaciones y al mes y medio de su llegada a Asunción celebró un sínodo. Ordenó sacerdotes y los llevó consigo a las partes más distantes de su diócesis. Visitó los pueblos de indios el mismo año de su llegada. En las reducciones franciscanas de Caazapá y Yutí confirmó tres mil quinientas ochenta y cuatro personas y en las reducciones jesuíticas de San Ignacio, Itapúa, Corpus, Iguazú, Ité, Altos y Tobatí a mil trescientas veintidós.

En ese momento se produjo la invasión de los bandeirantes de São Paulo, que arrasan el Guayrá (la parte occidental del actual estado de Paraná, entre los ríos Paranapanema e Iguazú) y obligan a los jesuitas a abandonar sus reducciones, todo con la complicidad del gobernador del Paraguay, Luis Céspedes de Geria, casado con una dama de Río de Janeiro. El gobernador es destituido y llamado a Charcas para responder de su traición. Los bandeirantes, después de destruir todas las reducciones de aquella región, se abalanzaron sobre la ciudad de Villarrica del Espíritu Santo, justamente cuando el obispo se encontraba en ella de visita. Éste de inmediato se puso personalmente al frente de la defensa de la ciudad, lográndose el rechazo de los portugueses. De todos modos se optó por despoblar la ciudad e iniciar la retirada, lo que también se hizo bajo la conducción de Aresti. La nueva Villarrica se asentó en actual territorio paraguayo. El gobernador Martín de Ledesma, sucesor del traidor Céspedes de Geria, persiguió a los bandeirantes y fundó dos reducciones de indios: una llamada San Benito de Caaguazú, en honor a la orden a que pertenecía el valeroso obispo y la otra Nuestra Señora de la Fe de Aguaranambú. De este modo surgía en 1633 la primera ciudad de América que llevaba el nombre del patriarca de los monjes de Occidente.

El 5 de julio de 1634 el Consejo de Indias proponía su nombre para el obispado de Buenos Aires, vacante por la muerte de su primer prelado, Fray Pedro Carranza. El 17 de agosto de 1635 Felipe IV firmaba la Real Cédula de su presentación y el 3 de diciembre del mismo año el Papa Urbano VIII le daba la investidura canónica. El gobernador de Buenos Aires Pedro Esteban Dávila se expresaba en la siguiente forma de él: “Don Fray Cristóbal de Aresti, obispo de Paraguay, es persona apostólica y de las calidades, partes; virtud y letras que se sabe y me consta que desde que entró en su obispado no ha parado visitándolo”.

Al dejar su sede de Asunción, Aresti tuvo dificultades con el cabildo y los jesuitas. El general de la Compañía de Jesús, Mucio Vitelleschi, desaprobó la conducta de sus súbditos frente al prelado. El sucesor de Aresti, Bernardino Cárdenas, tuvo graves dificultades con los jesuitas. Sin embargo Aresti siempre tuvo un alto concepto de los hijos de san Ignacio.

En 1636 tomaba posesión de su nueva diócesis de Buenos Aires, de la cual iba a ser segundo pastor. Al igual que en Asunción su actividad predilecta fue de inmediato la visita de su grey. Fundó tres doctrinas en La Magdalena, MonteGrande y Las Conchas y erigió un curato con su iglesia en Luján. Según Juan Antonio Presas<sup>60</sup> las iglesias del lugar llamado entonces La Magdalena estarían ubicadas

---

<sup>59</sup> Cayetano BRUNO, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, III, Buenos Aires 1968, pp. 25-41 y Enrique UDAONDO, *Diccionario biográfico colonial argentino*, Buenos Aires, 1945. Vicente SIERRA, *Historia de la Argentina*, II, p. 242, Buenos Aires 1972.

<sup>60</sup> Juan Antonio PRESAS, *Nuestra Señora en Luján y Sumampa. Estudio crítico-histórico 1630-1730*, Buenos Aires 1974.



en los lugares llamados Quilmes y Tapiales, en la Matanza; las de Monte Grande y Las Conchas, en San Isidro y Morón; las de Luján en la capilla de Rosendo, en la actual Luján y en Moreno.

Los testimonios contemporáneos concuerdan en que el obispo benedictino fue varón caritativo y animoso, de gran celo pastoral y muy dado a la limosna. Fue esa misma energía de carácter la que lo hizo entrar en conflicto con el gobernador Pedro Esteban Dávila y su sucesor Mendo de la Cueva y Benavides. Con cierta precipitación y exceso de celo Aresti fulminó la excomunión contra el gobernador y éste quiso expulsar al obispo. En julio de 1638 Aresti dejó su diócesis para recurrir en Charcas a la Real Audiencia. El cabildo de Buenos Aires se opuso vivamente al viaje, ya que los holandeses se habían apoderado de Pernambuco y amenazaban con extender sus dominios hacia el Sur. En Charcas la Real Audiencia apoyó al obispo, llamando a comparecer al gobernador ante su estrado y el Consejo de Indias ratificó tal acuerdo. Con todo, advirtió al prelado que no debía haber dejado su diócesis. En realidad, el conflicto había echado por tierra toda la obra del obispo en Buenos Aires. No alcanzó a visitar las misiones de su diócesis, ni a convocar el proyectado sínodo, ni siquiera retornar a su catedral: la muerte sorprendió al animoso monje en Potosí, probablemente en 1639, a los 67 años de edad.

#### *1.4.2. Dionisio de Cimbrón o Zimbrón (1600-1661), sexto obispo de Concepción, Chile*

Nació alrededor de 1600 en Autol, diócesis de Calahorra, Castilla. Según la “Guía de Osera” era navarro, natural de Cintruénigo. Sus padres se llamaban Baltasar Pérez Cimbrón y María Portillo y Cimbrón. Se hizo monje cisterciense en la abadía de Osera, Galicia. Estudió en Alcalá, obteniendo el grado de maestro en teología. Fue maestro de estudiantes y lector de teología moral en Osera. Entre los años 1635-38 y 1641-44 ocupó el cargo de abad de dicho monasterio. Posteriormente fue trasladado a Madrid como secretario general de la Orden cisterciense en España, llegando a ser después abad general. El 23 de junio de 1653 el Papa Inocencio X le dio la investidura canónica de obispo de la abadía de Osera, Galicia. Estudió en Alcalá, obteniendo el grado de maestro en teología. Fue maestro de estudiantes y lector de teología moral en Osera. Entre los años 1635-38 y 1641-44 ocupó el cargo de abad de dicho monasterio. Posteriormente fue trasladado a Madrid como secretario general de la Orden cisterciense en España, llegando a ser después abad general. El 23 de junio de 1653 el Papa Inocencio X le dio la investidura canónica de obispo de Concepción, Chile. Recibió su consagración episcopal el 9 de agosto de 1654 en Lima, de manos del arzobispo D. Pedro de Villagómez. Llegó a Valparaíso el 20 de marzo de 1655, en plena época de alzamiento araucano, lo que le impidió hacerse cargo de su diócesis. Residió un año en Santiago hasta que por fin, el 8 de octubre de 1656, pudo entrar en Concepción. A las sangrientas revueltas de los indios se sumó el magno desastre del terremoto y maremoto de 1657 que destruyó enteramente la ciudad episcopal, con su catedral y residencia. Sus cartas al rey reflejan la angustia de su situación: “No tengo más que ocho clérigos (en realidad eran veinte, pero aún eso era enteramente insuficiente para la vasta diócesis que abarcaba todo el Sur de Chile)... No hay ciudades, ni iglesias, ni rentas para ellas... Los diezmos de dos años han montado ciento treinta pesos”. En consecuencia proponía la unión de su diócesis con la de Santiago. Con todo, también promovía la fundación de seminarios y universidades “donde se cursarían sujetos muy grandes para la enseñanza de los indios”. Después de un gobierno pastoral colmado de tribulaciones el santo varón moría el 19 de marzo de 1661, expresando en su testamento el deseo de que sus restos fuesen sepultados en la abadía de Osera; pero tampoco esto pudo cumplirse y su cuerpo recibió sepultura en Concepción. Al año siguiente el rey lo nombraba gobernador y capitán general de Chile y Presidente de la Real Audiencia, ignorando que ya no estaba entre los vivientes, pero dando testimonio así de la alta estima que gozaba el obispo cisterciense en las esferas de la Corte. Cavallo Goyeneche, en su “Descripción Histórico Geográfica del Reino de Chile” dice de él que “su liberalidad con los pobres no tuvo límites; con ellos repartía sus rentas y la gruesa limosna que le hacía anualmente el Ilmo. Sr. D. Pedro Villagómez, arzobispo de Lima. Era muy dado a la oración y penitencia y entregado todo a un religioso recogimiento”<sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> Antonio de EGAÑA, S.J., *Historia de la Iglesia en la América española, Hemisferio Sur*, BAC, Madrid 1966, p. 254. Carlos Oviedo CAVADA, *Los obispos de Chile 1561-1978*, Santiago 1979.

#### 1.4.3. Benito María de Moxó y Francolí (1763-1816), vigésimo noveno arzobispo de Charcas<sup>62</sup>

“Bajo cualquier aspecto que se considere a Moxó, su figura rebasa el nivel ordinario de los hombres”, opina el ilustre historiador peruano P. Rubén Vargas Ugarte en su monografía dedicada al arzobispo benedictino de Charcas y continúa:

«Fue una dicha para la Iglesia y para la América que en tiempos tan borrascosos gobernase una de sus sedes más importantes un prelado de las virtudes y talentos del insigne benedictino. Muchos cargos se acumularon contra él, pero creemos que de todos ellos salió invicto. Permaneció leal al rey, pero respetó las autoridades de Buenos Aires. Llamó a América su “segunda y dulce patria”».

El P. Gabriel Guarda, por su parte, emite el siguiente juicio: “Caso verdaderamente fuera de serie es el de Moxó y Francolí, especie de monje maurino, que con su sabiduría y buenas partes fue asombro de su época. Aparte su desprendimiento, su nobleza de proceder en el agitado período de las luchas de la independencia y su indolegable espíritu pacifista y reconciliador, su producción literaria ha sido calificada de extraordinaria, a parejas con su erudición. Conocedor de varios idiomas, publicó más de treinta obras, aparte de otras tantas que dejó inéditas. En su arquidiócesis de Charcas creó un museo diocesano y su biblioteca particular, de la cual conocemos los títulos de más de mil trescientos volúmenes, atesoró las más variadas fuentes del pensamiento, comenzando por los bolandistas, siguiendo por las obras de san Agustín, san Jerónimo, san Basilio, san Bernardo y san Anselmo y terminando por las más recientes de Mabillon, Sarmiento y Feijoo, sus compañeros de hábito. Lugar especial ocupaban en sus anaqueles las ediciones de antiguas reglas de monjes, ciertos ‘ejercicios de los monjes de la Trapa’, las constituciones benedictinas y los comentarios de la Regla de San Benito de Rodríguez y Calmet”<sup>63</sup>.

Pasando ahora de los juicios de los historiadores al de los contemporáneos del arzobispo, en especial de los militares de uno u otro bando que dataron con él, nos encontramos con las siguientes opiniones: “Es más hombre que los demás” (Castelli); “Es el Ambrosio americano” (el general realista Goyeneche); “Tiene una educación poco común” (Rondeau). Martín Güemes quedó tan impresionado de la personalidad del prelado que le permitió demorar indefinidamente su estada en Salta y pidió ser enterrado junto a él cuando Moxó falleció en aquella ciudad.

Benito María de Moxó y Francolí, Maraños de Sabater, Sanz de Latrás, nació de padres nobles el año 1763 en Cervera (Lérida). Estudió en los benedictinos de Barcelona y se graduó en filosofía en la Universidad de Cervera, ingresando poco después al monasterio benedictino de San Cugat del Vallés. Completó sus estudios en Italia, donde aprendió el amor por la antigüedad clásica. En 1792 asume la cátedra de filosofía en Barcelona y de humanidades en la universidad de Cervera; se destaca como erudito y poeta y en 1798 se convierte en miembro de la Academia de la Historia. En 1802 los reyes D. Carlos IV y María Luisa reciben un homenaje en la Universidad de Barcelona y el ilustre monje es encargado de dirigirles el saludo oficial. Carlos IV lo distingue con su favor y más tarde lo presenta como obispo auxiliar del de Michoacán en México, con el título “in partibus” de Assura. Moxó viajó de inmediato a México, en cuya catedral recibió su consagración episcopal de manos del arzobispo Francisco Javier Lizana; no pudo asumir su cargo debido al fallecimiento del obispo diocesano de Michoacán. El 26 de junio de 1805 el rey lo presentaba para la arquidiócesis de Charcas. Moxó permaneció un tiempo en la capital de la Nueva España, dedicado a estudiar costumbres y antigüedades de los aztecas. Fruto de ello fueron sus “Cartas mexicanas” y otros escritos. En diciembre de 1805 se despidió por fin de México; en marzo de 1806 llegaba a Lima y el 1 de enero de 1807 tomaba posesión de su sede del Alto Perú. De inmediato le tocó la emergencia de las invasiones

<sup>62</sup> Rubén VARGAS UGARTE, *Dom Benito María de Moxó y Francolí, arzobispo de Charcas*, Buenos Aires 1931. Rubén VARGAS UGARTE, *El episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana*, Lima 1962. Antonio de EGAÑA, o. c., pp. 904-909 y Cayetano BRUNO, o. c., tomo VII, pp. 381 y ss.

<sup>63</sup> Gabriel GUARDA, o. c., p. 44.

inglesas de Buenos Aires que tuvieron gran repercusión en todo el virreinato de la Plata, del cual Charcas formaba parte. El arzobispo mandó hacer rogativas por el éxito de las armas defensoras de la ciudad y envió importantes sumas de dinero a Buenos Aires. El 1 de agosto de 1807 llegaban a Charcas las noticias de la victoria sobre los ingleses. “Todo este vecindario, relata un testigo de la época, se difundió por las calles y plazas entre sorpresas y aclamaciones que hacían brotar vivas repetidas a la religión, al Rey y a la patria. Rompieron inmediatamente los repiques generales de todas las iglesias, parroquias y monasterios, empezando por la catedral. El ilustrísimo señor arzobispo salió de su palacio como fuera de sí, bañado en lágrimas dulces y pasando a su cátedra, donde actualmente se hallaban en coro los canónigos, los llevó consigo, con los colegiales y mucha parte del clero, a la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, insigne patrona y especial protectora de esta capital y allí dieron gracias fervorosas al cielo por la libertad de su pueblo”.

Otras fuentes también señalan la devoción del arzobispo por la Virgen de Guadalupe, que de seguro había aprendido durante su estada en México. Él mismo se llamaba “el más humilde y más reconocido capellán de María”. Varias cartas pastorales, que se conservan hasta hoy en el museo Mitre de Buenos Aires, atestiguan el celo de Moxó por su nueva grey.

Aquellos felices comienzos se verían perturbados por la marcha inexorable de la historia. En 1808 se produce la infeliz renuncia de Carlos IV y Fernando VII en Bayona, para dar lugar a la usurpación de José Bonaparte. Moxó, leal a la casa borbona, se inclinó por reconocer a la infanta Carlota, hermana de Fernando VII y esposa del rey de Portugal, en esos años exiliado en el Brasil, como detentora de los derechos reales legítimos. El gobierno de Buenos Aires vio con malos ojos su correspondencia con la soberana y se la prohibió. El 25 de mayo de 1809 estalló en Charcas el primer motín precursor de las luchas por la independencia y el arzobispo anduvo algún tiempo fuera de su ciudad; sin embargo la presión popular lo reintegró a ella. El 24 de junio de 1810 era depuesto el virrey Cisneros en Buenos Aires. La Real Audiencia de Charcas y el arzobispo, en la duda de reconocer la nueva junta de gobierno, optaron por ofrecer su obediencia al virrey Abascal de Lima, quien aceptó este arreglo en julio de 1810. Moxó instó a sus fieles a mantenerse fieles a la causa del rey. Se produce la primera expedición libertadora organizada por la junta de Buenos Aires. El 7 de noviembre de 1810 se libraba la batalla de Suipacha y el 13 de noviembre la ciudad de Charcas abría sus puertas a Castelli. El 6 de enero de 1811 se celebraba una misa solemne en la catedral en presencia de las autoridades argentinas; en ella el arzobispo pronunció una homilía, en que, junto con reconocer la junta de Buenos Aires, renovaba su adhesión al rey. Ante la usurpación napoleónica ambos extremos le parecían conjugables. Sin embargo, aquella prédica disgustó tanto a los realistas como a los partidarios de la junta y se produjeron varias polémicas.

En julio de 1811 se produjo la reacción realista y el ejército virreinal comandado por Goyeneche derrotó a las tropas argentinas en Huaqui; el 22 de julio el general realista hacía su entrada triunfal en Charcas. Nuevamente el arzobispo creyó tener que ejercer su misión de paz mediando entre ambos bandos: por un lado recomendó a sus diocesanos la sumisión; por el otro, intercedió activamente por los prisioneros patriotas. Salió a Cochabamba en misión de paz y estuvo nueve meses ausente de Charcas. En junio de 1813 tuvo que dejar Cochabamba por causa de la rebelión de Arce y se trasladó a Oruro. Otra vez triunfaron los realistas en Cochabamba y Moxó fue llamado allá tanto por las autoridades civiles como eclesiásticas. De nuevo ejerció su misión de paz, preocupándose por los vencidos. Tuvo un conflicto con el canónigo insurgente Francisco Javier Orihuela; intervino en el obispado de Salta por la expulsión de su obispo D. Nicolás Videla y en Buenos Aires por la sedisvacancia producida desde la muerte del obispo D. Benito Lué.

En mayo las tropas argentinas triunfaban por tercera vez en el Alto Perú. Rondeau, a pesar de su respeto personal por el prelado, le exigió una declaración pública de adhesión a la causa independentista en términos altamente políticos. Moxó se negó a ello y Rondeau ordenó a Arenales desterrar al arzobispo a Salta, quien cumplió la orden con mucha dureza. Moxó no pudo entrar a su sede arzobispal para despedirse antes de iniciar el viaje. En Caiza escribió su “Carta a los americanos” en que reivindica su conducta en las vicisitudes de la guerra. Uno de sus párrafos rezaba así:

“¿Podría sospechar que algún día se me habría de tener por enemigo vuestro, cuando después de la derrota de Huaqui repartí a vuestros desgraciados militares ingentes caudales para que pudiesen retirarse con alguna comodidad a sus hogares? ¿Podía sospechar que se me tendría en algún tiempo por enemigo de la América cuando a dieciséis de vuestros hermanos, hechos prisioneros por el general Goyeneche y condenados a entrar en capilla al día siguiente, a costa de porfiados ruegos, de muchísimas lágrimas y de no pocas humillaciones los libérté del último suplicio yo mismo, trasladándome en hábito de ceremonia a sus hediondos calabozos, les quitaba con mis propias manos las cadenas y los grillos con que estaban aherrojados? ¿O podía tampoco sospecharlo cuando a los oficiales que quedaron prisioneros heridos y enfermos, que se condujeron al hospital de Oruro, después de la batalla de Ayohuma, los visitaba personalmente dos veces al día, los consolaba, los halagaba, asistía a su curación, cubría su desnudez y les proporcionaba todo género de auxilio?”.

A pesar de todos los argumentos que obraban a su favor el director supremo, Ignacio Álvarez Thomas, ordenó la deportación del arzobispo a Tucumán. El gobernador-intendente de Salta, Martín Güemes, contraviniendo las órdenes de la capital, hizo que el arzobispo se quedase en Salta, con todos los honores debidos a su alto rango. Él mismo lo recibió honrosamente el 5 de diciembre de 1815 y se hizo amigo suyo. El gobierno de Buenos Aires se disgustó con Güemes por esta contrariedad e insistió en que Moxó siguiese viaje a Tucumán. Aparte de la amistad de Güemes, Moxó tuvo en Salta el consuelo de la asistencia de don Agustín Francisco de Otondo, prepósito del oratorio de San Felipe Neri en Charcas. En sus brazos falleció el jueves santo, 11 de abril de 1816, habiendo cumplido apenas cincuenta y tres años de edad. El 25 de noviembre de 1816 el cabildo de Charcas celebraba solemnes honras fúnebres en su memoria. Más tarde el arzobispo Mons. Puch hizo trasladar sus restos desde Salta al oratorio de San Felipe Neri en Sucre (la antigua Charcas), en cuya cripta descansan. En Charcas mismo se produjo una larga sedisvacancia que duró de 1816 a 1835.

Egaña sintetiza la vida del ilustre benedictino en los siguientes conceptos:

“Hombre de vasta cultura, pero ante todo bondad y comprensión sacerdotales, le tocó vivir en circunstancias muy contrarias al despliegue de tales cualidades. Tuvo que practicar la moral de circunstancias: elegir el mal menor y el bien mayor posible dentro del marco del momento histórico. Nunca echó mano de sus poderes jurisdiccionales para excomulgar a unos u otros, distinguiendo claramente entre causa política y causa religiosa. Trató de hacer el bien a unos y a otros, fue un hombre de paz”<sup>64</sup>.

#### *1.4.4. El valor del testimonio de los obispos-monjes en el Cono Sur*

Aresti, Cimbrón y Moxó fueron los primeros hijos de san Benito de renombre en nuestras tierras y sus vidas no nos pueden dejar indiferentes. Aplicándoles el criterio de valores de la Regla podríamos decir que los tres, practicaron el cuarto grado de humildad hasta lo indecible.

Si bien estos obispos monjes vivieron en épocas y circunstancias muy diferentes y probablemente ni siquiera tuvieron noticia el uno del otro, se revelan en ellos ciertas constantes que llaman la atención: los tres eran hombres de letras eminentes, con los mejores estudios que su época les pudo brindar; se destacaron en el campo académico y habían hecho carrera, si así pudiera decirse, dentro de su Orden. Para los tres el traslado a América significó el tronchamiento de esta carrera y el término de la apacibilidad. A los tres les tocó templar su recogimiento e interioridad de monjes en las más estridentes adversidades políticas. Lo que fueron los bandeirantes y el gobernador hostil para Aresti, lo fueron los araucanos sublevados para Cimbrón y las tropas independentistas para Moxó y Francolí. Honrados en España con la confianza del rey, llegaron a sentir en América el desprecio y la desconsideración de las autoridades civiles. Los tres revelaron en estas circunstancias penosas una admirable firmeza de carácter y un valor a toda prueba. Los tres sucumbieron frente al poder del

---

<sup>64</sup> Antonio de EGAÑA, o. c., p. 909.

mundo, sin ningún desmedro de su integridad moral, ni disminución de su compromiso de monjes, participando así hasta la muerte en la pasión de Cristo.

#### *1.4.5. Presencia pasajera de monjes en el Cono Sur antes de 1899*

Por no entrar directamente en las regiones del Cono Sur nos abstendremos de tratar en este lugar la interesante circunstancia de dos monasterios de Regla benedictina en Lima: el priorato de Nuestra Señora de Montserrat, fundación de la abadía catalana y el monasterio de la Sma. Trinidad de monjas bernardas, es decir cistercienses. Sobre el primero nos proporcionan suficiente esclarecimiento el libro del P. Guarda<sup>65</sup> y los “Apuntes históricos acerca del origen y fundación de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat de la ciudad de Lima” publicados por mí en “Cuadernos Monásticos”<sup>66</sup>.

Sobre el segundo también nos da noticias el P. Guarda, basándose en las crónicas coloniales de Córdoba Salinas y de Vasquez de, Espinoza<sup>67</sup>. Las monjas cistercienses se mantuvieron a través de cuatro siglos hasta que en 1962 intentaron una unión renovadora con la abadía benedictina de Santa Escolástica de Buenos Aires. Desafortunadamente la tentativa no tuvo éxito, por lo que el venerable cenobio se extinguió como casa cisterciense.

Como la casa de Nuestra Señora de Montserrat se había fundado exclusivamente para recolectar fondos para la abadía madre en Cataluña, varios de sus religiosos recorrieron tierras del Cono Sur. Uno de ellos fue el P. Bernardo Llevaneras que el 30 de enero de 1653 firma en Santiago del Estero una carta dirigida al P. Simón de Ojeda, sj, rector del Colegio de Córdoba. En la carta se refiere a su compañero de hábito Fray Agustín de Montserrat, que había muerto en Córdoba dejando dos petacas “de velas, rosarios e imágenes”, que fray Bernardo deseaba recobrar, junto con un “sello de sellar las velas, que tiene la imagen de Nuestra Señora (de Montserrat) esculpida”. Ello nos permite reconstruir el método que seguían los religiosos montserratinos para recolectar limosnas. Sobre este episodio nos informa más a fondo un estudio del recordado P. Alberto M. Sarrabayrouse, publicado en “Cuadernos monásticos”<sup>68</sup>. También el P. Guarda menciona a Bernardo de Llevaneras o Llavaneras<sup>69</sup>.

El mismo P. Sarrabayrouse nos informa sobre “Un benedictino francés en el Río de la Plata en el siglo XVIII”<sup>70</sup>. Se trata de D. Antonio José Pernety (1716-1801), monje de la Congregación benedictina de San Mauro en la abadía de Saint Germain de París, quien en 1763-64 participó como capellán en la expedición del conocido marino francés Luis Antonio de Bougainville al Río de la Plata e Islas Malvinas. De vuelta a Francia publicó en 1780 una inteligente y amena “Historia de un viaje a las islas Malvinas hecho en 1763-1764”, en que también se refiere a sus experiencias en Buenos Aires y Montevideo. Fue el primer benedictino que celebró misa en las Malvinas.

Poco antes de que los monjes de Belloc se establecieran en Victoria, la abadía de Saint Meinrad de Estados Unidos había hecho el intento de hacer una fundación en el Uruguay. Como más tarde en el caso de Los Toldos, fueron colonos suizos los que solicitaron la presencia de benedictinos de su patria. Se dirigieron a la fundación de Einsiedeln en los Estados Unidos, la abadía de Saint Meinrad, en el estado de Indiana. El abad Fintan Mundwiler envió a dos religiosos, los PP. Cyrin Thomas y Nazar Werner, que llegaron a la colonia de Nueva Helvecia en el Uruguay en diciembre de 1890. No llegaron nunca a entregarles la propiedad que les había sido prometida y Mons. Soler, obispo de Montevideo, no mostró mayor interés en abrir caminos para los misioneros benedictinos. En marzo de

---

<sup>65</sup> Gabriel GUARDA, o. c., p. 79.

<sup>66</sup> Cf. *CuadMon* 12 (1977) N° 42, p. 313.

<sup>67</sup> G. GUARDA, o. c., pp. 52-65, reproduce láminas de las cartas de profesión de las monjas.

<sup>68</sup> Alberto M. SARRABAYROUSSE, OSB, *Benedictinos en la América española y Un benedictino francés en el Río de la Plata*, en *CuadMon* 12 (1977) 322.

<sup>69</sup> G. GUARDA, o. c., pp. 80 y 88.

<sup>70</sup> Cf. Nota 68.

1892 los dos Padres volvieron a su abadía. Es el P. Leandro Hogg, el que en un estudio publicado en el número 45 de “Cuadernos monásticos”<sup>71</sup>, nos da los pormenores de este lamentable suceso.

Insatisfechos nos dejan estas noticias dispersas, no sólo por la escasez de su información, sino también por la poca proyección que tienen en la espiritualidad monástica propiamente dicha. Lo poco que sabemos de ermitaños en el Cono Sur<sup>72</sup>, permite suponer que también en esos lejanos tiempos coloniales hubo quienes buscasen a Dios en la soledad; pero nada más.

En este sentido nos resarce ampliamente la vida del primer trapense chileno, Fray Bernardo Sotomayor (1779-1829), que publicamos en la revista *Yermo*<sup>73</sup>. Sus numerosas cartas nos suministran detallada noticia de la observancia y espiritualidad de la Trapa de Santa Susana en España y de sus propios ideales monásticos, a los que fue siempre fiel, a pesar de los altibajos de su carácter caprichoso. También su fallido intento de fundar un monasterio cisterciense en las inmediaciones de Tagua-Tagua y su intensa actividad en la casa de ejercicios de Santa Rosa que fundara en Santiago de Chile llevan la marca de una auténtica vocación de soledad y ascetismo. Como no es el momento de reproducir aquí todas las circunstancias de su intensa y corta vida (murió a los cincuenta años de edad), nos limitaremos a la detallada nota necrológica que el abad de Santa Susana, D. Fulgencio de Mora, hace aparecer en una comunicación fechada el 3 de febrero de 1829 y que es un retrato luminoso de este precursor verdaderamente importante del monacato en el Cono Sur:

“El jueves de la semana pasada enterramos aun monje de cuatro años y medio de hábito, que era clérigo muy rico de las Américas. Fray Bernardo (en el siglo, Marcos Sotomayor y Elzo) fue y vino hasta tercera vez, asegurándonos siempre que aunque se le resistía nuestra observancia, mas no podía sufrir cuando se iba los remordimientos y la voz interior que le decía: 'No hay para ti salvación ni seguridad si no mueres en la Trapa'.

“En efecto, compadecidos lo admitimos hasta tercera vez, y aunque en los primeros meses de su noviciado se manifestaba muy sensible a las impresiones de las estaciones y observancias, con todo, como la misericordia y la gracia lo tenía prevenido para hacerlo un vaso de elección en donde nosotros pudiéramos aprender a ser penitentes, luego que un golpe feliz de esta gracia entró a robustecer la languidez de su espíritu y a hacerlo santo, entonces se penetró de aquella creencia sublime de que un monje por la santidad de su profesión incesantemente debe rendir sus homenajes al Dios de toda santidad ante quien se estremecen las potestades del cielo.

“Descubrió entonces el gran secreto de la perfección evangélica que consiste en imitar a Jesucristo pobre, humilde, paciente, despreciado de los hombres, hambriento por los rigores de sus ayunos, crucificado y aniquilado en los ojos del mundo. Comenzó a pisar estas huellas de Jesucristo con tal fuego de amor divino que decía: ‘¿Qué hay para mí en el cielo ni qué puedo yo desear sobre la tierra sino al que ama mi alma?’. En seguida me pidió que lo aligerara de la carga pesada de unas sopas que le había mandado que tomara por la mañana y le dejase revestir de una rigurosa penitencia con la cual pudiera algún día llegar a ser semejante a Jesucristo, y así comenzó como nosotros el ayuno riguroso de una sola comida con sal y agua, él que en el siglo poseyendo riquezas se sustentaba de lo más delicado de las aves y de abundantes manjares, asegurándome muchas veces tenía un deleite en nuestra comida y le cumplía mejor que todas las que había dejado; me preguntaba qué haría para buscar la mortificación que deseaba. Fue siempre el despertador de maitines, levantándose una hora antes, a pesar de acostarse otra después de la comunidad, quedándose al pie de los altares derramando su corazón en la presencia de la majestad divina.

“Cuando en las labores del campo, como era de naturaleza tan fina se le llagaban las manos, miraba a Jesús en el Calvario y decía que un monje debía vivir anegado en el océano de los padecimientos de Jesucristo...

---

<sup>71</sup> Leandro HOGG, *Los benedictinos en el Uruguay desde 1890-1892*, *CuadMon* 13 (1978), p. 223.

<sup>72</sup> Cf. Nota 53.

<sup>73</sup> Mauro MATTHEI, OSB, *Fray Bernardo Sotomayor, primer monje trapense chileno 1779-1829*, en *Yermo* 1 (1963) pp. 91 y ss.

“Verle revestirse, salir y celebrar los altísimos misterios era cosa admirable. Se penetraba tanto de la presencia de Jesucristo en la sagrada hostia, que no encontraba medio para acabar la santa misa, cuanto que tuve que imponerle una penitencia de pan y agua para siempre que estuviese-en el altar más de tres cuartos de hora. En fin, gustosamente referiría lo ejemplar de la vida y muerte de este clérigo, pues creo que si se escribiera sería una de las más edificantes de los varones ilustres, pero no es posible en una carta.

“El día de Reyes cayó con una ligera indisposición... Se le graduó una pulmonía que sobrellevó con la mayor alegría porque conoció que se le iban a cumplir sus ansias, que eran de morir para vivir eternamente”<sup>74</sup>.

Ciento treinta años después de la muerte de Fray Bernardo Sotomayor, y por medio de los monjes de la abadía norteamericana de Spencer, se iría a cumplir el deseo que fue el norte de su vida, es decir, la fundación de un monasterio trapense para Chile. La hacienda de Santa Rosa, cerca de Tagua-Tagua, que fray Bernardo llamaba “delicias de Nazaret” (carta del 24 de agosto de 1823) y en la cual hizo un ensayo de vida cenobítica, se convertiría así en lejana antecesora de la Trapa de Nuestra Señora de La Dehesa que ahora se levanta en Las Condes.

## **2. Establecimiento y desarrollo de los monasterios benedictinos y cistercienses en el Cono Sur a partir de 1899**

No ha sido la mera curiosidad erudita la que nos ha hecho examinar con cierta detención los antecedentes que la historia eclesiástica nos brinda para detectar los prolegómenos de la presencia monástica en el Cono Sur. Además de situar la vida de nuestros monasterios en el contexto más amplio de la historia latinoamericana, los datos que hemos acumulado permiten esbozar las primeras líneas de una auténtica tradición y podrían ayudar a apartar lo servible de lo inservible.

Nos aproximamos ahora a la historia particular de los monasterios ciñéndonos a un esquema que ayuda a captar el fenómeno monástico en su conjunto, sin pretender ser la última palabra en esta materia:

### *Tercera implantación monástica de América: países del Cono Sur (1899)*

|  |           |
|--|-----------|
| 2.1. Monasterios de origen vasco francés y español:      |           |
| 2.1.1. Niño Dios, Victoria, Entre Ríos                   | 1899      |
| 2.1.2. San Benito, Buenos Aires y Luján                  | 1915      |
| 2.1.3. Nuestra Señora de las Nieves, Puente Alto, Chile  | 1915-1970 |
| 2.1.4. San Benito de Viña del Mar y Llíu-Llíu, Chile     | 1920      |
| 2.2. Monasterios de origen germánico:                    |           |
| 2.2.1. Sma. Trinidad de Las Condes, Chile                | 1938      |
| 2.2.2. Santa María de Los Toldos, Buenos Aires           | 1948      |
| 2.3. Monasterios de origen autóctono:                    |           |
| 2.3.1. Cristo Rey, Siambón, Tucumán                      | 1955      |
| 2.3.2. Nuestra Señora de la Paz, Córdoba                 | 1976      |
| 2.3.3. La Pascua, Canelones, Uruguay                     | 1976      |
| 2.4. Monasterios benedictinos femeninos:                 |           |
| 2.4.1. Santa Escolástica, Buenos Aires                   | 1941      |
| 2.4.2. Madre de la Iglesia, Canelones, Uruguay           | 1965      |
| 2.4.3. Nuestra Señora de la Fidelidad, San Luis          | 1977      |
| 2.4.4. Nuestra Señora de la Esperanza, Rafaela, Santa Fe | 1978      |

---

<sup>74</sup> Mauro MATTHEI, OSB, o. c., p. 93.

|  |      |
|--|------|
| 2.4.5. Monasterio Gozo de María, Córdoba                 | 1979 |
| 2.4.6. Madre de la Unidad, Santiago del Estero           | 1965 |
| 2.4.7. Benedictinas de la Epifanía                       | 1956 |
| 2.5. Monasterios cistercienses (trapenses):              |      |
| 2.5.1. Nuestra Señora de los Angeles, Azul, Buenos Aires | 1958 |
| 2.5.2. Nuestra Señora de La Dehesa, Las Condes, Chile    | 1960 |
| 2.5.3. Madre de Cristo, Hinojo, Buenos Aires             | 1973 |
| 2.5.4. Proyección de monjas trapenses en Chile           | 1980 |
| 2.6. Fraternidad de la Virgen de los Pobres:             |      |
| 2.6.1. Isla del Rey, Quinchilca, Colín, Chile            | 1958 |

## **2.1. Monasterios de origen vasco francés y español**

### *2.1.1. Abadía del Niño Dios, Victoria, Entre Ríos, Argentina (1899)*

La fundación de este monasterio tiene para Hispanoamérica la misma importancia que para el Brasil tiene la del monasterio de San Sebastián de Bahía: se trata en ambos casos de la proto-abadía. Existe sobre los altibajos de sus primeros cincuenta años de existencia una crónica manuscrita de amenísima narración, debida a la culta y espiritual pluma del P. Tomás Lamarque, que esperamos ver publicada algún día como testimonio valiosísimo de la vida de la primera generación de monjes en el Cono Sur. Como en una leyenda medieval se alza el telón de la escena histórica con una oración escuchada. La confidencia es del mismo obispo de aquel entonces de Paraná, Mons. Rosendo de La Lastra:

“Me encontraba en Luján (septiembre de 1898) en el templo de Nuestra Señora patrona de nuestra nación. De rodillas yo pedía a la Virgen que me consiguiese religiosos para mi provincia de Entre Ríos. Acababa de levantarme de mi reclinatorio cuando me encontré con el R. P. Juan P. Arbelbide. Le comuniqué la oración que acababa de formular. Inmediatamente me contesta el Padre: 'Yo creo que la oración de Su Señoría será escuchada. Soy amigo personal del abad de una gran abadía en el país vasco francés. Es un apóstol y se halla al frente de una numerosa comunidad. Es preciso escribirle’”.

El abad cuyo nombre se invocaba era Dom Agustín Bastres, OSB, y su monasterio el de Belloc, en la Vasconia francesa. Perteneciente a la provincia francesa de la Congregación de Subiaco y bajo el patronato del Inmaculado Corazón de María, esta casa había sido fundada en 1875 y había sido erigida en abadía en 1889. Para comprender la espiritualidad de los primeros monjes de Niño Dios hay que considerar que Belloc, a través de su casa madre La Pierre qui Vire, se remontaba al fundador P. Joseph Muard, el cual combinaba ideales estrictamente contemplativos con la acción misionera.

Mons. de La Lastra, al ser nombrado obispo de Paraná en mayo de 1898, se encontró con que su extenso territorio diocesano, que abarcaba las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, carecía de institutos religiosos de varones. De allí que la indicación del misionero vasco P. Juan Arbelbide en la basílica de Luján fuese para él una revelación que lo apremiaría a entrar en acción cuanto antes. El 21 de septiembre de 1898 salía su carta dirigida al anciano abad Bastres de Belloc, solicitando el envío de religiosos de su comunidad a Entre Ríos.

El anhelado proyecto del obispo diocesano encontró su complemento indispensable en otro proyecto: el benemérito vecino de Victoria, D. Abraham Bartoloni había hecho surgir con su idealismo en medio del ambiente liberal y anticatólico de fines de siglo una “Sociedad protectora de la Enseñanza cristiana”. Dicha sociedad se había propuesto fundar en Victoria una escuela agrícola-industrial, para cuyo efecto había adquirido en aquel histórico y providencial mes de septiembre de 1898 la personería jurídica y adquirido en noviembre del mismo año un terreno de veinte hectáreas en las afueras de



Victoria llamada “Quinta del Dr. Bravo”. El señor Bartoloni informó al nuevo obispo de estas gestiones y al mismo tiempo le solicitó que enviase religiosos que pudieran hacerse cargo de la obra.

Ambas gestiones, la del obispo y la del señor Bartoloni, fueron eficaces con eficacia de oración, pues ya en marzo de 1899 salía la vanguardia fundadora de la abadía de Belloc y el día de san Anselmo, 21 de abril de 1899 llegaban a Victoria. Eran los RR.PP. Fermín Ospital y Gerardo Harán, acompañados por el postulante converso Hno. Ildelfonso Yrigoyen. La nueva fundación no sólo obtuvo de inmediato el apoyo abnegado de la sociedad fundada por el señor Bartoloni y del vecindario de Victoria, sino también un subsidio económico tanto del gobierno provincial de Entre Ríos como del gobierno de la nación. Éste lo merecieron las oportunas diligencias del insigne victoriense Dr. Lorenzo Anadón, que por aquellos años ocupaba un escaño en el senado. Cuando en abril de 1899 el obispo Mons. de La Lastra se dirigía al Concilio plenario latinoamericano convocado en Roma por el Papa León XIII, su oración a la Virgen de Luján ya había obtenido plena respuesta.

Recibidos los informes favorables de los PP. Ospital y Harán, el 27 de julio de 1899 partía de Belloc el primer contingente de monjes fundadores. Presidido por su superior, el R. P. Alfonso Urricariet, se componía de tres monjes sacerdotes, tres clérigos estudiantes de teología, dos estudiantes de humanidades, cuatro hermanos conversos y nueve postulantes de conversos. Pasando por Bayona, Burdeos y Buenos Aires, llegaron a Victoria el 29 de agosto de 1899. En la estación de ferrocarriles los esperaba todo Victoria. D. Abraham Bartoloni, en nombre de la Sociedad protectora de la Enseñanza cristiana, les dio una gozosa bienvenida, que el superior P. Alfonso contestó en francés. De la estación se organizó una procesión tumultuosa hacia el templo parroquial, cuyas campanas tocaban a vuelo. La banda de música y el estallido de cohetes subrayaban la alegría de todos. En la iglesia repleta de parroquianos los monjes franceses cantaron un vibrante Te Deum. En seguida en varios coches se dirigieron todos a la quinta del Dr. Bavo que a partir del día siguiente se llamaría monasterio del Niño Dios. En la madrugada del día siguiente, en una pequeña sala de cinco por cinco metros se daba comienzo al rezo del oficio divino y la comunidad celebraba su primera misa conventual. Así el 30 de agosto de 1899, día de santa Rosa de Lima, patrona de América latina, nació el primer monasterio benedictino del Cono Sur y de toda Hispanoamérica.

Al tercer año una circunstancia desgraciada para la casa madre de Belloc vino a incrementar inesperadamente la comunidad fundadora: el gobierno francés decretaba en 1902 la expulsión de las órdenes y congregaciones religiosas del territorio de la república. La mayor parte de la comunidad de Belloc se trasladó a Lazcano, España y otra parte quedó libre para la Argentina.

El propio Padre maestro de novicios de la abadía, P. Ignacio Gracy, encabezaba esta segunda expedición a tierras americanas (tercera si se considera el primer envío de los PP. Ospital y Harán), que el 28 de febrero de 1903 llegaba a su destino. Un mes después, el 27 de marzo de 1903 el monasterio del Niño Dios era declarado Priorato independiente y se le permitía abrir noviciado propio. El 28 de marzo ocho novicios comenzaban su período de probación bajo la dirección del P. Ignacio Gracy. El Primer Prior conventual sería el P. Felipe Ardans, en reemplazo del P. Alfonso, quien retornó a Lazcano y murió el año 1927 en Belloc. Entre los ocho primeros novicios se encontraba el que sería algún día el primer abad de Niño Dios: D. Salvador Laborde. En 1904 hubo un nuevo cambio en la dirección de la casa, ya que ocupó el cargo de Prior el P. Ignacio Gracy, quien duraría en este servicio hasta 1920, fecha en la que sería elegido abad coadjutor de Belloc. El P. Felipe Ardans fallecería en el mismo Niño Dios en 1954.

En 1904 los ocho novicios, sin una defección, emitían sus primeros votos. Comenzaron sus estudios de filosofía y teología lo mejor que se pudo en aquella época en que las exigencias de la construcción del monasterio y de la comunidad no dejaban ningún tiempo a nadie. Como los monjes sacerdotes se dedicaban ante todo al ministerio, sea en la parroquia de Victoria, sea como capellanes en el hospital, sea en las misiones del campo o como profesores en la escuela agrícola, el peso del oficio divino y de la vida comunitaria recaía casi por entero sobre los más jóvenes. Entre 1904 y 1908 se ordenaron diez sacerdotes. Sin embargo el noviciado, después de esta primera floración, se quedó vacío. Pasaban los años y no se presentaban vocaciones nativas. El 10 de agosto de 1909, a los diez años de la fundación

del monasterio, se abrió el oblatado, para asegurar las vocaciones por el sistema de escuela apostólica o seminario menor. El primer niño oblato sería el futuro abad D. José Germaniez. En diciembre de 1914 las primeras seis vocaciones argentinas, junto con algunas italianas, formadas en aquel oblatado ingresaban al noviciado y en la Nochebuena de 1915 los seis jóvenes emitían sus primeros votos. Desde entonces el noviciado por largos años estaría siempre poblado. En el año 1949 de los cuarenta y siete sacerdotes de la comunidad, treinta habían recibido su primera formación en el oblatado y de los veintiún hermanos conversos de aquel entonces diecisiete procedían de aquella institución claustral.

El oratorio primitivo era modesto, de veinte a veinticinco metros cuadrados; y en él la comunidad celebró los oficios de 1899 a 1905. “Era un recinto tan angosto que en él no cabía aderezo alguno, ni siquiera el menor reclinatorio. Los monjes hacían sus rezos hincados en las baldosas, sin otro sostén que el fervor de sus almas. Los fieles del vecindario debían contentarse con participar de los oficios, apretujados en un estrecho zaguán que abría sus puertas sobre el modestísimo coro monacal”<sup>75</sup>. Desde 1905 a 1917 el oficio se rezó en una sala habilitada en la planta baja del entonces Instituto agrícola-comercial y actual hospedería. En el año 1927 era bendecida la actual iglesia, amplia cripta de una futura iglesia abacial, que no llegó a construirse. En esta misma cripta tuvo lugar, el 21 de marzo de 1929, solemnizando el jubileo de Montecassino, la bendición abacial del primer abad del Niño Dios, D. Salvador Laborde, quien había venido a la Argentina en 1903 y recibido la ordenación sacerdotal en 1909. A partir de esa fecha había asumido el cargo de director del oblatado y en 1925, siendo Prior el P. Javier Gelós, se había convertido en maestro de novicios de la abadía. En 1914 había sentido, junto con el P. Víctor Lapuente, el llamado a la Cartuja. Sólo el P. Víctor llegaría a seguir este ideal hasta morir mártir de los nazis en la matanza de la Cartuja de Farneta en 1944. El P. Salvador siguió en Niño Dios, pero aquel llamado marcaría su vida con ese sello de interioridad, de fervor por la oración y de ascetismo que él viviría personalmente y transmitiría a toda la abadía durante los años de su abadiado<sup>76</sup>. Un cuadro completo de los superiores de Niño Dios nos ayudará a situar el gobierno abacial de D. Salvador Laborde en su contexto:

|    |                        |             |                        |       |
|----|------------------------|-------------|------------------------|-------|
| 1. | P. Alfonso Urricarriet | (1899-1902) | 1° superior            | ✠1927 |
| 2. | P. Felipe Ardans       | (1902-1904) | 1° Prior conventual    | ✠1954 |
| 3. | P. Ignacio Gracy       | (1904-1920) | 2° Prior conventual    | ✠1934 |
| 4. | P. Javier Gelós        | (1920-1929) | 3° Prior conventual    | ✠1964 |
| 5. | P. Salvador Laborde    | (1929-1952) | 1° Abad                | ✠1953 |
| 6. | P. Lorenzo Balerdi     | (1952-1958) | 2° Abad                |       |
| 7. | P. José Germaniez      | (1958-1966) | 3° Abad                |       |
| 8. | P. Ignacio Bruni       | (1966-1969) | 1° Prior-Administrador |       |
| 9. | P. Eduardo Ghiotto     | (1969)      | 4° Abad                |       |

La abadía del Niño Dios fue bendecida con una cantidad de vocaciones que no conoció ningún otro monasterio del Cono Sur. En su cincuentenario la abadía contaba con cuarenta y siete sacerdotes y treinta entre conversos, novicios y estudiantes. Esto permitió proceder con cierta facilidad a la fundación del monasterio de Cristo Rey en el Siambón, provincia de Tucumán, el año 1955. En realidad el Siambón no fue la primera fundación, pero fue la primera realizada con criterio monástico y la única que sobrevivió. Antes de esta había habido una presencia de monjes de Niño Dios en los siguientes lugares de la República Argentina:

- a) Santuario de Itatí (de 1904 a 1921), provincia de Corrientes.
- b) Larramendy, partido de Pehuajó, provincia de Buenos Aires (de 1917 a 1924)
- c) Azul, asilo de San Antonio, provincia de Buenos Aires (de 1921 a 1932).

Estas tres casas no eran fundaciones propiamente tales, sino simples dependencias, surgidas por razón de alguna obra que la autoridad eclesiástica había creído útil encomendar a los benedictinos. Así la razón de ser de la casa de Itatí fue la atención del santuario de la Virgen y una escuela parroquial

<sup>75</sup> Cf. *Mensajero de las Ánimas* 28 (1949) N° 334.

<sup>76</sup> Gregorio SPIAZZI, OSB, *Un forjador de almas, el Rvmo. P. Don Salvador Laborde OSB*, Victoria 1956.

adyacente y la de Azul el asilo de San Antonio. Ninguna de estas dependencias, a pesar de toda la abnegación de sus religiosos, se convirtió en monasterio. Esta suerte estaba reservada a la fundación del Siambón, emprendida no a propósito de ninguna obra ni santuario, sino simplemente para establecer un monasterio de San Benito en las sierras tucumanas. Guió y amparó esta iniciativa bien lograda el segundo abad de Niño Dios, P. Lorenzo Balerdi. Los años postconciliares en la abadía, como en todas partes, fueron difíciles: la comunidad disminuyó numéricamente, escasearon las vocaciones, hubo algunas faltas de perseverancia. Durante algún tiempo, un Prior-Administrador, el P. Ignacio Bruni, se hizo cargo del gobierno de la casa; pero también estos años (1966-1969) tuvieron sus logros, como señalaremos más abajo. Veinte años después de la fundación del Siambón, la abadía podía emprender la del monasterio de La Pascua, en la República Oriental del Uruguay. También ésta se hizo con criterio estrictamente monástico, siendo su promotor el cuarto abad, P. Eduardo Ghiotto.

El influjo pastoral y espiritual de la abadía del Niño Dios en Entre Ríos es y ha sido grande. Además de la parroquia de Victoria, tradicionalmente ligada a la abadía, sus religiosos han atendido alrededor de veinte capillas en los campos entrerrianos, predicando también misiones y ejercicios espirituales. Famosa fue una pléyade de infatigables misioneros de la primera generación en la que destacaron los PP. Juan Cera, Fermín Ospital y Gerardo Harán. Aun en la actualidad todo el departamento de Victoria es atendido pastoralmente por los benedictinos. El colegio agrícola, que fue una de las bases del establecimiento de los benedictinos de Belloc en Entre Ríos fue inaugurado el 21 de marzo de 1901 y en marzo de 1905 llegó a ocupar el ala del monasterio en que actualmente se encuentra la hospedería. Su primer director fue el R. P. Gerardo Harán y albergaba sesenta alumnos internos. El colegio se transformó gradualmente de agrícola en comercial y en 1952 cerró sus aulas para que sus localidades fuesen reestructuradas en función de la hospedería. Desde entonces, en aquella hospedería con capacidad para recibir hasta ochenta personas se ha realizado un intenso programa de retiros espirituales y jornadas, principalmente para el clero diocesano de Gualguaychú, pero a partir de 1966 también para religiosas, que desde entonces acuden en número cada vez más grande para renovar sus energías espirituales en la abadía.

Los años postconciliares se señalaron por la intensificación de la acción social del monasterio. En 1965 se fundaba a instancias de la abadía en la ciudad de Victoria el Instituto Kennedy, en terrenos pertenecientes a la parroquia. Igualmente la abadía donó los terrenos para la construcción de un barrio de viviendas modestas, dotándolo además de una escuela y un puesto sanitario.

Antigua es la tradición de Niño Dios en lo referente al apostolado de la prensa. Desde los primeros años de la fundación algunos de los Padres colaboraron en el Boletín eclesiástico de Paraná, fundado por Mons. de La Lastra, con artículos de índole bíblica o apologética. En 1912 apareció el Boletín parroquial de Victoria con el título de “La Verdad”, que más tarde se transformaría en “Ideales”. Fue su principal redactor el P. Damián Errecart. El P. Bernardo Daguerre escribió durante años las “Crónicas victorienses” del diario católico “La Acción” de Paraná. En 1916 aparecía la revista mensual “El Mensajero de Nuestra Señora de Itatí”. Al retirarse los benedictinos de Itatí en 1921 esta revista fue reemplazada por “El Mensajero de las Ánimas”, dirigido en sus primeros años por el P. Bernardo Daguerre. Más tarde cambió su nombre en “El Mensajero”. Destinada al pueblo fiel, contribuye con sus más de 8.000 suscripciones al apostolado evangelizador que realizan los sacerdotes de la abadía. En 1942 la abadía se solidarizó con la petición de la Santa Sede a los benedictinos de trabajar por la unión entre la Iglesia de Occidente y la de Oriente, promoviendo la “Catholica Unio”. Niño Dios no sólo se hizo cargo de este apostolado que hoy día se llamaría de ecumenismo, sino que también publicó por algunos años el boletín trimestral “Catholica Unio Argentina”, que divulgaba noticias del incipiente movimiento ecuménico. Cuando se fundaron en 1966 los “Cuadernos monásticos”, primer lazo de unión entre los monasterios benedictinos y cistercienses del Cono Sur, su primer director fue el P. Antonio Ghiotto, monje de la abadía, que desempeñó activamente este servicio hasta el año 1969.

Siendo el monasterio benedictino más antiguo de Hispanoamérica, la abadía del Niño Dios no podía dejar de tener un papel principal en los esfuerzos por acercar mutuamente a los monasterios del Cono Sur para formar finalmente la nueva Congregación benedictina del mismo nombre. Cuando se planteó

este último proyecto en la Reunión de superiores monásticos congregada en junio de 1967 en el monasterio del Siambón, el delegado de la abadía, R. P. Ignacio Bruni, prior administrador de aquel entonces, lo hizo suyo y lo promovió eficazmente. En Niño Dios se realizaron los primeros trabajos para preparar las Constituciones de la futura Congregación. Actualmente el P. abad del Niño Dios, D. Eduardo Ghiotto, ocupa el cargo de presidente de la Congregación del Cono Sur. En el año 1974, coincidiendo con el septuagésimo quinto jubileo de la abadía, se celebró en aquella casa el Primer Capítulo General de la entonces Pre-Congregación benedictina del Cono Sur, en que quedaron aprobadas definitivamente las Constituciones.

### 2.1.2. Abadía de San Benito de Buenos Aires y Luján (1915)<sup>77</sup>

Muy diferente a la de Niño Dios iba a ser la gestación y el desarrollo de la segunda abadía benedictina en tierras hispanoamericanas, la de San Benito de Buenos Aires. De resultas de la persecución que había desatado el gobierno de México contra la Iglesia el pequeño grupo de monjes de la abadía de Silos, de la Congregación de Solesmes, que había establecido una residencia en la capital azteca, tuvo que dispersarse. Uno de ellos, el P. Fermín de Melchor, por encargo del abad de Silos, Dom Ildefonso Guepin, vino, en julio de 1914, a la Argentina a explorar el terreno para una posible fundación. Por medio del P. Prior de Niño Dios, D. Ignacio Gracy, entró en contacto con la Sra. María Larramendy de Bellocq, quien le ofreció generosamente una capilla, casas adyacentes y cien hectáreas de campo, a trescientos cuarenta kilómetros de Buenos Aires, en Bellocq, partido de Carlos Casares. El 8 de diciembre de aquel mismo año el fundador pudo tomar posesión de las casas. Avisados los superiores en Silos, enviaron de inmediato nuevos operarios: de España el P. Eleuterio González y el minorista Andrés Azcárate y de México los RR. PP. Nicolás Rubín y Manuel Mahave, junto con el Hno. Miguel Antón. En marzo de 1915 esta pequeña comunidad de seis monjes podía comenzar el oficio divino en la capilla de Santa María de Bellocq. Fundaron una escuela primaria para los niños de los alrededores y dieron impulso al tradicional “Ora et labora”. Después de un año, a decir del P. Azcárate, descubrieron que no era el lugar apropiado para cumplir “lo específico de su vocación benedictina” y con la anuencia de los superiores se encaminaron a Buenos Aires, con el ánimo de establecer un monasterio en la capital, a donde llegaron en julio de 1916. Después de una incómoda residencia en pisos alquilados primero en el barrio de Caballito, después en el de Almagro, la curia bonaerense les confió la parroquia de Villa del Parque, que administraban desde Almagro. El año 1924 al entregar la parroquia al arzobispado, los benedictinos contaban en su haber la edificación de la iglesia principal bajo el patronato de santa Ana. Dada la precaria situación de la comunidad, sin poder desarrollar su misión peculiar y tradicional, en el año 1918 se pensó en disolverla. El nuevo abad de Silos, D. Luciano Serrano (elegido en 1917), lejos de repatriar a los seis pioneros como parecía aconsejar la prudencia, les infundió nuevos ánimos y nombró superior al P. Azcárate.

D. Andrés Azcárate había nacido el 30 de noviembre de 1891 en Villa de Aibar, Navarra, España, e ingresado a la abadía de Silos en 1905. El 24 de septiembre de 1911 había hecho su profesión en manos del restaurador de la abadía, D. Ildefonso Guépin. Enviado a la fundación de Santa María de Bellocq en febrero de 1915, había sido ordenado sacerdote el 2 de junio de 1917 por Mons. Terrero, obispo de La Plata. Al ser nombrado superior en 1918 contaba con sólo veintisiete años de edad y uno de sacerdocio. En 1926, al ser erigida la comunidad en priorato simple, fue nombrado Prior. De 1927 a 1938 sucedió en el cargo el P. Fermín de Melchor. En 1938 el P. Azcárate fue el primer prior conventual y en 1950 el primer abad de San Benito de Buenos Aires. Su fuerte personalidad iba a marcar por casi medio siglo la obra de los benedictinos en Buenos Aires. “Dos objetivos llenaron toda su vida de monje y sacerdote, escribía en 1976 D. Lorenzo Molinero en una Semblanza del abad Andrés Azcárate<sup>78</sup>: la renovación litúrgica y la dirección espiritual de las almas”. Grandes iban a ser, en realidad sus méritos en este terreno, pero no habrá que olvidar tampoco su actividad como constructor del monasterio de San Benito, de la gran iglesia abacial -una de las más espaciales de Buenos Aires- y del monasterio de Santa Escolástica.

<sup>77</sup> *La abadía de San Benito de Buenos Aires 1915-1965*, Buenos Aires 1965.

<sup>78</sup> Lorenzo MOLINERO, OSB, *Semblanza del abad Andrés Azcárate*, en *Liturgia* 28-29 (1977) p. 25.

Pero volvamos a aquellos años de postguerra en que el joven superior comenzaba su tarea. Su primer logro importante fue el traslado de la comunidad a la capilla de la calle Olleros 2342, en el barrio de Belgrano. Esta propiedad había sido obsequiada por el joven sacerdote P. Adolfo Tornquist. Por fin, después de cuatro años de vivir en lo ajeno, “sin culto ni oratorio, celebrando la misa donde se podía y ayudando a los sacerdotes de parroquias vecinas” (Molinero), la comunidad había encontrado un lugar propio y adecuado, aunque estrecho, para desarrollar su vida y su apostolado litúrgico. El P. Azcárate en sus recuerdos hace resaltar el carácter pascual de aquella toma de posesión en julio de 1920:

“Entrar en la capilla de la calle Olleros, al cabo de tres años de inquilinato, fue para los seis como nacer de nuevo. Era empezar a orientarnos definitivamente hacia la fundación. Exiguo como era aquel oratorio festivo, a nosotros se nos apareció como una perla de catedral. Por eso inauguramos en seguida nuestro culto benedictino lo más solemnemente que cabía, con misa y vísperas diarias cantadas en puro gregoriano y muy pronto acompañadas por los fieles asistentes. Así comenzó nuestro apostolado litúrgico práctico en Buenos Aires. El hablado y el escrito habíamoslo iniciado el mismo día que pusimos pie en la capital”<sup>79</sup>.

La dignidad con que se celebraban los oficios en el pequeño oratorio atrajo la atención de los fieles y despertó el deseo de ayudar al pequeño grupo de monjes. Se formó una junta de bienhechores presidida por la señora Matilde Mesquita de Meyer Pellegrini, la que gestionó la compra de un terreno sobre las barrancas de Belgrano en la esquina de las calles Maure y Villanueva. La casa que se levantaba en el solar y que es la actual casa parroquial, había pertenecido a José Hernández, el inmortal creador del Martín Fierro. A mediados de 1920 vino el padre abad de Silos, D. Luciano Serrano, para animar con su presencia a la comunidad y para asistir en octubre de aquel año a la bendición de la primera piedra de la futura capilla en la calle Villanueva. La ceremonia estuvo a cargo del obispo auxiliar de Buenos Aires, Mons. Francisco Alberti y fueron padrinos D. Matías Errázuriz y la señorita Mercedes de Guerrico. “Aquella primera piedra quedó enterrada por mucho tiempo en espera de la segunda” escribió el P. Azcárate. Tres años y cuatro meses exactamente duró aquel “mucho tiempo”, pues el 17 de marzo de 1924, gracias a la generosidad de la señorita Mercedes de Guerrico pudo empezarse la construcción de la capilla del Santo Cristo con planos confeccionados por el P. Eleuterio González.

Con todo, aquellos años de espera fueron también de bendición. Empezando por la ya mencionada visita del padre abad de Silos en 1920, ella significó el incremento de la comunidad con dos nuevos miembros venidos con el padre abad de España: el P. Clemente Martínez y el Hno. Maximiano Carrizo. El mismo año pasó por la humilde residencia de la calle Olleros el padre abad de Caldey, D. Alfred Carlyle, que con toda su comunidad se había convertido del anglicanismo al catolicismo. Después vino a visitar Buenos Aires el abad de Seckau, D. Lorenzo Zeller, de paso a Chile, para buscar en ese país un refugio para su abadía, que no podía subsistir. Años más tarde el mismo abad, como archiabado de la Congregación benedictina brasilera iba a volver con ocasión de la fundación del monasterio de Santa Escolástica. En 1921 estuvo de huésped el abad visitador de Niño Dios, D. Mauro Etcheverry y en 1922 el cardenal benedictino inglés, S. Emin. Aidano Gasquet, ex abad de Downside. A fines de ese mismo año venía como nuncio a la Argentina, Mons. Beda Cardinale, arzobispo de Perugia y monje benedictino de Génova; también él estuvo en la residencia de la calle Olleros. Mientras tanto el P. Adolfo Tornquist redobló su generosidad con los benedictinos donándoles un terreno adyacente al ya comprado en la calle Villanueva, de modo que la propiedad en que se levantaría el futuro monasterio llegó a abarcar trece mil quinientos metros cuadrados.

La construcción de la capilla del Santo Cristo, comenzada en 1924, se demoró un año y medio. La nueva casa de Dios medía veinticinco metros de largo, siete de ancho y diez de alto y fue bendecida e inaugurada el 22 de diciembre de 1925 por el Rvmo. P. abad D. Luciano Serrano, que por segunda vez había cruzado el Atlántico para estar con la incipiente comunidad. También esta vez su visita contribuyó a aumentar la familia monástica, ya que vino con él el R.P. Isaías Barbadillo. Junto a la

---

<sup>79</sup> Cf. Nota 77, p. 16.

capilla se había construido un ala de celdas y salas comunes, de modo que fue posible iniciar el traslado de Olleros a Villanueva. Estos felices acontecimientos permitían ya formalizar la fundación del monasterio dándole rango de priorato simple. El 29 de junio de 1926 se expedía el decreto respectivo y el P. Andrés Azcárate era nombrado primer prior. Con la llegada desde Silos de los PP. Julián Alameda y Lorenzo Molinero la comunidad contaba nueve sacerdotes y dos hermanos conversos.

El apostolado litúrgico que los padres benedictinos habían promovido desde el año de su llegada a la capital y que en la capilla de la calle Olleros había cobrado auge, comenzó a desplegarse a vela tendida en la nueva y espaciosa capilla del Santo Cristo. Desde 1921 aparecía la hoja mensual “Pax”, con el subtítulo de “Revista litúrgico-benedictina”, modesta precursora de la futura “Revista litúrgica argentina” (1935), y lectura de rigor del grupo cada vez más numeroso de oblatos seglares que se iba formando espiritualmente junto a los religiosos. A la capilla de la calle Villanueva se trasladaron también todas las asociaciones de fieles que se habían formado en Olleros: los Catecismos, las Hijas de María y la Academia benedictina de maestras y profesores. En ese círculo de amigos del canto gregoriano y de todo lo benedictino iba a florecer la primera vocación monástica femenina de la Argentina y de todo el Cono Sur; Elena Santangelo, que en 1926 iba a ingresar con el nombre de Sor Gertrudis a la abadía de monjas benedictinas de Estella, Navarra, con el ánimo de retornar algún día a la patria con un contingente de monjas fundadoras.

El 12 de octubre de 1928 el arzobispo de Buenos Aires, Mons. José María Bottaro, erigía la capilla del Santo Cristo en parroquia con el título de San Benito y el 1° de enero de 1929 era investido como párroco el P. Fermín de Melchor, a la sazón prior del monasterio, asistido en calidad de tenientes por los PP. Azcárate y Molinero. Estaba presente el embajador de España, señor Ramiro de Maeztu. Con la fundación de la parroquia se extendió aún más el trabajo pastoral de los Padres y surgieron nuevas asociaciones como los “Hogares obreros”, el seminario catequístico, la Asociación de escritoras católicas, pero ante todo, a partir de 1931, la Acción católica con todas sus ramas.

El 5 de enero de 1930 fallecía prematuramente el P. Isaías Barbadillo, primero de la comunidad en retornar a la patria definitiva. El año 1934 señala una nueva visita del padre abad de Silos, D. Luciano Serrano y en 1935 llegaban de España dos nuevos monjes sacerdotes, los PP. Pablo Gutiérrez y Bruno Avila. El mismo año salió a luz el primer número de la “Revista litúrgica argentina”, dirigida por el P. Azcárate. Esta revista era la primera de su género en América Latina y durante más de treinta y cinco años fue la principal animadora del movimiento de renovación litúrgica de toda la Argentina, siendo leída por centenares de sacerdotes. Fueron aquellos los años más fecundos del apostolado de la prensa del P. Azcárate. En 1932 aparecía su “Flor de la liturgia” de la cual se harían seis ediciones antes del Vaticano II y una séptima, totalmente refundida y puesta al día, después del Concilio; en 1936 publicaba el “Breviario romano en latín y castellano” y en 1934 su obra maestra, el “Misal diario para América”, con ilustraciones del benedictino chileno D. Pedro Subercasseaux. De aquel misal se hicieron más de cuarenta y cinco ediciones. Además salieron de su prolífica pluma: el “Misal dominical mínimo”, “Curso fácil de liturgia”, “Guía litúrgica del catequista para la misa”, “Tríptico litúrgico”, “La misa dialogada”, “Primer misal del niño”, “Oremos por nuestros difuntos”, “La ceremonia de la consagración episcopal”, “El tesoro del oblato benedictino”, “Catecismo de los novios”, “Catecismo de los casados”, “Rudimentos de canto gregoriano”, “Sacramentario”, “Ceremonial de la Acción católica”, etc., etc.

Pero el P. Azcárate no era el único escritor de la comunidad. En los años cuarenta el P. Bruno Ávila daba a la imprenta su traducción del segundo libro de los *Diálogos* de san Gregorio Magno, que contiene la Vida de San Benito; una traducción y comentario breve de la *Regla* de San Benito; una Historia de la Iglesia, una “Historia bíblica del Antiguo y Nuevo Testamento”; un tomo de “Doctrina social de la iglesia”; la traducción castellana del libro “Jesucristo” de Karl Adam; la traducción de la peregrinación de Egeria y otras obras que suman once en total. El P. Julián Alameda, por su parte, editaba en Buenos Aires cuatro títulos entre los años 1927 y 1935, entre los que se destaca su monumental “Argentina católica”, una historia eclesiástica argentina y guía de iglesias y monumentos eclesiásticos en volumen de 1031 páginas con muchas ilustraciones. La bibliografía de las obras de

carácter litúrgico y hagiográfico de los PP. Pablo Gutiérrez y Lorenzo Molinero consta de siete títulos cada uno. Entre las obras más importantes de este último hay que citar la edición bilingüe del “Propio de la Orden de San Benito” (1940). También los PP. Clemente Martínez y Bonifacio Keiner fueron autores de obras de divulgación litúrgica. Si a esto se agregan los veinte títulos publicados en edición del monasterio (Editorial San Benito) y los muchos artículos publicados por diversos miembros de la comunidad en revistas y diarios de la Argentina se puede tener una idea aproximada de la intensidad de la vida de estudio que había en aquellos años en el monasterio bonaerense. Sin temor de exagerar podemos decir que San Benito de Buenos Aires se llevó en esto la palma entre todos los monasterios del Cono Sur.

El 29 de marzo de 1938 la Sagrada Congregación de Religiosos otorgaba el rescripto por medio del cual el Priorato simple se constituía en Priorato conventual, vale decir, independiente de la casa madre. El padre abad de Silos nombró al P. Azcárate primer prior conventual, sucediendo así como superior al P. Fermín de Melchor que lo había sido a partir de 1927. Obtenida de este modo la autonomía del monasterio se recabó en seguida el permiso para abrir noviciado propio.

Los años 1939 y 1940 significaron un considerable avance de la edificación: quedó terminada la parte del noviciado y el ala con frente a la avenida Luis María Campos. El día de navidad de 1940 tuvo lugar la bendición de la piedra fundamental de la futura iglesia abacial, cuya cripta y muros se alcanzaron a edificar hasta la altura de siete metros. Igualmente se inició la construcción del claustro románico, inspirado en el de Silos. Los planos de todo esto habían sido confeccionados otra vez por el P. Eleuterio González. Fueron padrinos y benefactores de la iglesia abacial los esposos Adolfo Blaquier y Marta Unzué.

Si se considera que por la misma época, entre 1939 y 1941, se construía gran parte del edificio de la futura abadía de monjas de Santa Escolástica, se tiene una idea de la responsabilidad y las preocupaciones que pesaban sobre los hombros del P. Prior Azcárate, y eso que él se preocupaba de cada detalle de la edificación, diseñando él mismo a menudo los motivos ornamentales.

En el decenio 1940-1950 la comunidad se vio aumentada con la venida de los PP. Bonifacio Keiner (1942), Gabino Mendía y Benito López (1945). A fines de 1948 llegaron de España tantos jóvenes profesos estudiantes que en el año santo de 1950 se había cumplido el requisito numérico (doce monjes de profesión solemne) para elevar el priorato conventual a abadía. Así lo había constatado la visita canónica de 1949, llevada a cabo por el padre abad de Quarr, D. Gabriel Tissot<sup>80</sup>, quien había elevado las solicitudes correspondientes a las autoridades solesmenses y romanas. El 28 de octubre de 1950 Roma expedía favorablemente la petición y el 17 de noviembre del mismo año era promulgado el decreto de erección en abadía en la sala capitular de San Benito. Los fundadores, todos sobrevivientes, vieron así coronados con éxito treinta y cinco años de esfuerzo y abnegación. En ese año la comunidad se componía de dieciocho profesos solemnes, cinco hermanos conversos y quince niños oblatos. El 21 de diciembre de 1950, presidiendo S. E. el Cardenal Santiago Luis Copello, la comunidad elegía su primer abad en la persona del P. Andrés Azcárate. La bendición abacial tuvo lugar en la catedral de Buenos Aires el 1º de abril de 1951, que aquel año era *Dominica in Albis*. Ofició en representación del Sr. Cardenal Arzobispo el obispo auxiliar y vicario general de la arquidiócesis, Mons. Antonio Rocca. Estaban presentes los abades D. Isaac María Toribio Ramos de Silos, D. Salvador Laborde de Niño Dios, D. Plácido Staeb de Bahía (Brasil) y D. Benno Gut de Einsiedeln. Por la multitud de asistentes y la participación cantada y rezada de la concurrencia, hecha posible por un folleto de la bendición abacial editado *ad hoc*, el acto litúrgico cobró brillo y fervor inusitados. Sin duda que aquel día solemne representaba el momento culminante de la vida de la comunidad y del nuevo abad, que cumpliría ya los sesenta años.

A partir de 1950 el P. Azcárate había logrado dar nuevo impulso a la construcción de la iglesia abacial, que continuó desde entonces en forma lenta pero constante hasta el estado en que actualmente

---

<sup>80</sup> Esta visita canónica se dio a continuación de otra en Chile, que había terminado con la clausura de la casa de Las Condes por parte de la Congregación de Solesmes.

se encuentra. A raíz del Congreso de religiosos celebrado en Buenos Aires el año 1953 el padre abad fue elegido presidente de los superiores mayores de la Argentina y después de la CLAR, terminando su mandato en agosto de 1963.

Después de doce años de gobierno abacial el P. Azcárate sintió el llamado a una vida más retirada, siendo aceptada su renuncia el 10 de junio de 1963. Su última obra iba a ser la instalación de un grupo de monjas de la abadía de Santa Escolástica en el antiguo monasterio de las bernardas de Lima, el de la Sma. Trinidad. El 9 de julio de aquel año abandonó la Argentina por siempre, para trasladarse al monasterio de Leyre en España, en el cual está terminando sus días en santo recogimiento.

Al día siguiente de su partida la comunidad, en presencia del padre abad de Solesmes, Dom Jean Prou, que había venido para hacer la visita canónica, eligió al sucesor del P. Azcárate en la persona del P. Lorenzo Molinero, que a partir de 1960 había sido el prior claustral del monasterio. El día 11 de julio, fiesta de N.P.S. Benito, el nuevo abad tomó posesión de su cargo y su bendición abacial la recibió en la misma iglesia de San Benito de manos del Cardenal arzobispo de Buenos Aires, D. Antonio Caggiano, el día 8 de setiembre, que caía en domingo aquel año.

El segundo abad de San Benito de Buenos Aires había nacido en Hacinas, provincia de Burgos, España, el 7 de julio de 1901. A la edad de once años (septiembre de 1912) había entrado como niño oblató a la abadía de Santo Domingo de Silos, donde dos de sus tíos maternos eran monjes. En 1919 emitía sus votos y el 7 de diciembre de 1924 recibía la ordenación sacerdotal. Después de dos años de docencia del latín fue enviado a la fundación de Buenos Aires, donde por largos años se entregó a labores pastorales, a la dirección espiritual, a los retiros y a escribir artículos y recensiones para la *Revista litúrgica argentina*. También en Buenos Aires se hizo sentir el impacto perturbador de los años postconciliares, con su renovación en tantos campos, pero también con sus desmantelamientos y crisis de todo tipo. La piedad y honda bondad humana del abad Molinero no pudo evitar la disminución considerable de la comunidad y la falta de perseverancia de las vocaciones nativas. El P. Luis Casalou, única vocación argentina que había alcanzado el sacerdocio, se apartó de la comunidad para iniciar en La Plata una experiencia de vida monástica pobre en un barrio obrero en la que perseveraría.

En el año 1971 se iba a producir un vuelco importante en la historia de la abadía. Con la formación de la Pre-congregación benedictina del Cono Sur, que agruparía a los monasterios de diversa cepa de la Argentina, de Chile y del Uruguay, San Benito de Buenos Aires se afilió a la nueva institución. El padre Abad Molinero presentó su renuncia y el 5 de marzo de 1971 la nueva autoridad de la Precongregación nombraba prior-administrador de la abadía al monje de Los Toldos, P. Martín de Elizalde. Con él el primer religioso argentino accedía a la dirección de la casa. El nuevo superior, después de un período de reestructuración de la comunidad y sus actividades, en 1973 decidió abrir un nuevo cauce a la vida monástica trasladando la mayor parte de la comunidad, junto con el noviciado, a una propiedad en las cercanías de Luján. La gran iglesia abacial de San Benito, junto con la parroquia, eran entregadas al clero diocesano, reservándose los monjes la capilla del Santo Cristo y el claustro de la calle Villanueva, edificados en 1924-25. La parte más importante del monasterio se destinó a un pensionado universitario, bajo la dirección de un sacerdote del clero diocesano. En la residencia bonaerense el padre abad Molinero, acompañado de varios monjes sacerdotes, continuó su dilatado apostolado de dirección espiritual hasta que la muerte lo sorprendió el 24 de mayo de 1979. "Padre bondadoso, reza la noticia necrológica, monje ejemplar, observante y humilde, siempre dispuesto a servir a los más necesitados, a los afligidos y enfermos; para todos tenía una palabra de consuelo y estímulo y los orientaba por el camino que lleva a Dios". Todos los que conocieron a este verdadero varón de Dios no pueden dejar de asentir a estas palabras.

Hace siete años en el nuevo monasterio de San Benito de Luján, desde el cual se divisan las torres del santuario nacional, la comunidad bonaerense continúa la fecunda labor iniciada en Buenos Aires, con un acento mayor en la vida claustral y la consiguiente disminución de las actividades pastorales externas. En compensación, la hospedería tiene en Luján mayor desarrollo que en el antiguo monasterio urbano. Año tras año han surgido las nuevas partes del edificio conventual en torno al



núcleo primitivo de una casa de campo refaccionada. La sencillez y un exquisito buen gusto son la tónica de esta nueva morada de monjes. En materia de oficio divino la comunidad ha mantenido lo más posible el uso del canto gregoriano en latín, continuando así la brillante tradición de la abadía bonaerense. En octubre de 1974 el padre prior Martín de Elizalde era elegido prior conventual, faltando ahora sólo el traslado canónico de la abadía de Buenos Aires a Luján para completar la obra de renovación comenzada en 1971.

### 2.1.3. Monasterio de Nuestra Señora de Las Nieves de Puente Alto, San Benito de Viña del Mar y San Benito de Llíu-Llíu (1915, 1920, 1977)<sup>81</sup>

Al igual que en la Argentina el establecimiento de la Orden benedictina en Chile se remonta a iniciativas episcopales. Fue el cuarto arzobispo de Santiago de Chile, D. Juan Ignacio González Eyzaguirre (1844-1907-1918), quien al hacer en enero de 1914 su visita *ad limina* por medio de su procurador D. Martín Rücker, sondeó en Europa la posibilidad de una fundación. Secundado y aconsejado siempre por Mons. Rücker, que al año siguiente se iba a convertir en Rector de la Universidad Católica de Chile (y en 1923 en primer obispo de Chillán) elevó la solicitud correspondiente al capítulo provincial de la Provincia española de la Congregación de Subiaco. Éste propuso la fundación a la abadía de Montserrat, que declinó la oferta, hasta que ésta fue aceptada por la abadía de Samos, en la persona de su abad José Álvarez.

Remotos son los orígenes de la abadía de los santos mártires Julián y Basilissa de Samos, en la diócesis de Lugo, Galicia, ya que se atribuye su fundación al anacoreta y después obispo de León, San Froilán, en el siglo IX. No es inverosímil el aserto, puesto que el santo era oriundo de Lugo y recibió el encargo del rey Alfonso III de León (866-912) de fundar monasterios en los lugares que le pareciesen más a propósito. Como san Froilán llegó a ocupar la sede episcopal de León en Pentecostés del año 900, la fundación de los monasterios gallegos -y entre ellos el de Samos- debió haberse realizado entre los años 880 y 900<sup>82</sup>. A principios del siglo XVI el monasterio se unió a la reforma de la Congregación benedictina de Valladolid, en la que floreció y dio a España y a la Iglesia el genio y talento de su más conocido hijo, Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, nacido en 1676, recibido como oblato en Samos en 1690 y muerto en Oviedo en 1764. En la misma abadía de Samos se había formado y sido abad Fray Cristóbal de Aresti, segundo obispo de Buenos Aires. El fatídico año 1835 alcanzó a Samos como a todos los otros monasterios de España; sin embargo tuvo el privilegio único de ser restaurado por antiguos monjes exclaustrados de la extinta Congregación de Valladolid: D. Gaspar de Villarroel, profeso de Celanova, con la venia del rey y del Nuncio de S. S., reinició en 1880 la vida monástica en la abadía gallega, junto a otros cinco (más tarde diez) monjes de ex-monasterios vallisoletanos. Para asegurar el porvenir de Samos y de su fundación San Clodio, Villarroel, ya abad, prefirió unir su monasterio a la Congregación sublacense, de la cual ya formaba parte la abadía de Montserrat. Verificóse esta unión en 1893.

Treinta y cinco años habían pasado desde la restauración de Samos hasta la fundación en Chile, en 1915. Era abad en aquel entonces D. José Álvarez (\*1878, prof. 1894; abad 1911). Destacó, para explorar en Chile la oferta del Sr. Arzobispo de Santiago, a su propio prior claustral, P. Plácido Arias, junto con el P. Benito González. La señora Tránsito Rossel de Rossel había confiado al arzobispado de Santiago una propiedad de unas dieciocho hectáreas, llamada "Las Nieves", a dieciséis kilómetros al sur de la capital y a dos kilómetros de la localidad de Puente Alto, con el encargo de establecer en ella alguna comunidad religiosa. Fue esta propiedad -posteriormente incrementada con cuatro hectáreas más- la que fue confiada por el arzobispo a los dos enviados de Samos. Había en ella una casona rural y una pequeña capilla.

<sup>81</sup> Cf. Lázaro SECO, OSB, *Los benedictinos españoles en el siglo XX*, Burgos 1931, pp. 297-301.

<sup>82</sup> Según las últimas investigaciones los orígenes de la abadía de Samos son aún más remotos, y deben situarse en el siglo VII. Cf. Plácido ARIAS, *Historia del Real Monasterio de Samos*, Santiago de Compostela 1950. Mauro MATTHEI, OSB, *El monasterio de San Benito de Viña del Mar*, 11 (1976) p. 485.

Los PP. Arias y González llegaron a Santiago en enero de 1915 y el 21 de marzo, fiesta de san Benito, quedó inaugurado en Nuestra Señora de las Nieves de Puente Alto el oficio divino. El presidente de la República, D. Salvador Sanfuentes, quien había recibido personalmente a los fundadores, extendió el 15 de abril de 1915 el decreto gubernamental por el cual se autorizaba el establecimiento de la Orden de San Benito en Chile. En junio del mismo año llegaron de Samos refuerzos en las personas de los monjes sacerdotes Eugenio Alonso, maestro de novicios de Samos, y Agustín Aguilar y de dos hermanos conversos. El 26 de diciembre de 1916 la casa quedaba constituida como “domus” dependiente de Samos, con el título de “Monasterio del Sagrado Corazón de Puente Alto”. Más tarde se llamó “Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat”.

Desde un principio la pequeña comunidad se dedicó, además del *Ora et labora* claustral, a trabajos pastorales en los alrededores, enteramente destituidos de presencia sacerdotal. Agrandaron la capilla y la casa, plantaron árboles frutales y una extensa viña donde muy pronto se fabricaba el mejor vino de misa de Chile. La propiedad de Las Nieves se encontraba en territorio de la antigua parroquia de los Bajos de Mena, de cuya administración se hicieron cargo los Padres en 1917. En Puente Alto había al principio muy pocos pobladores. Para ellos los religiosos construyeron una capilla que se iba a convertir más tarde en la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes de Puente Alto. En 1925 tal parroquia pasó al clero diocesano. En 1939 se estableció otra parroquia con el título de Nuestra Señora de Montserrat en la propia iglesia del monasterio. En 1970 el título de la parroquia se trasladó a la población de la Granja, donde se albergó en una iglesia construida *ad hoc*. Los Padres también se dedicaban a la prédica de ejercicios espirituales y misiones.

En 1919, a decir del P. Lázaro Seco, se presentó una coyuntura favorable para emprender otra nueva fundación en la república: “Los esposos D. Guillermo Brown y Doña Manuela Carvallo de Viña del Mar ofrecían al P. Benito González una iglesia y casa adyacente más unos seis mil metros cuadrados de terreno en el barrio de Chorrillos de la ciudad viñamarina. Aceptáronla gustosos pues respondía a maravilla para llevar adelante sus proyectos de implantar en Chile la orden secular de San Benito”. Hasta aquí la versión del P. Seco.

En concreto se había producido en la fundación de Puente Alto un fenómeno muy parecido al que habían sufrido los fundadores de Silos en su primera época rural de Bellocq, provincia de Buenos Aires. A pesar de provenir de monasterios insertados en ambiente rural, en América los monjes españoles preferían el contexto urbano. El amedrantamiento que en Bellocq les causaron los vastos espacios pampeanos, en Chile lo obró la soledad no menos impresionante que en aquellos años de la primera guerra mundial aún campeaba en la extensa planicie al Sur de la capital. Fue el P. Benito González el que primero sintió la desazón del campo, que se exteriorizaba por lo común en la sensación de que un monasterio en un lugar como ese “no tenía futuro”. Vanos fueron los intentos del P. Plácido Arias para convencerlo de perseverar juntos en la obra comenzada. En 1919 él y el P. Eugenio Alonso se trasladaron a Viña del Mar, donde encontraron hospitalaria acogida en el convento de los padres capuchinos. Desde allí emprendieron gestiones para lograr algún lugar adecuado para establecerse. Dice la tradición de la comunidad de Viña del Mar que al pasar el P. González por el barrio de Chorrillos y descubrir en él un extenso solar desocupado, creyó ver en él el sitio señalado por la Providencia. Echó algunas medallas de san Benito por encima de la tapia y siguió buscando. Pocos días después lo llamaba por teléfono la señora Manuela Carvallo de Brown, para ofrecerle el anhelado sitio. Los piadosos esposos Brown no tardaron en edificar una iglesia y la casa adyacente y la bendición tuvo lugar el 21 de marzo de 1920. Aquella fecha se estima ser la de fundación del monasterio de San Benito de Viña del Mar, aunque la erección en casa regular se retardó hasta 1922. La casa de Puente Alto pasó a depender de la de Viña del Mar y en el catálogo de monasterios del año 1923 el P. Benito González figura como superior.

El P. Benito (Manuel) González había nacido el 11 de julio de 1883; recibió el hábito en la abadía de Samos el 15 de agosto de 1898 e hizo sus votos al año siguiente; el 16 de marzo de 1907 fue ordenado sacerdote. En 1915 salió para Chile donde estuvo durante doce años, primero en Puente Alto y desde 1919 en Viña del Mar. En 1927 retornó a Samos, para hacerse cargo de la dirección de la abadía como Prior-administrador. Falleció el 12 de abril del año 1975. El P. Plácido Arias, que se quedó a la cabeza

de la casa de Puente Alto hasta el año 1934, había nacido el año 1875, profesado en Samos en 1895 y recibido el orden sacerdotal en 1899. En 1934, al igual que su compañero de fundación, el P. Benito, retornó a Samos donde falleció en 1953. La sucesión de superiores en Puente Alto, después del P. Arias fue: R. P. Teodoro López, R. P. Gregorio Millán, R. P. Ildefonso Caldeiro, R. P. Lorenzo Balerdi, quien fue el último, ya que la casa se cerró en 1970. En Viña del Mar fueron superiores, después del P. González, el P. Bernardo Franco (1927-1948), el P. Benito Martínez, el P. Víctor Fernández, el P. Lorenzo Balerdi, nuevamente el P. Víctor Fernández y después de la unión con la Congregación del Cono Sur, el P. Mauro Matthei.

Al igual que sus co-hermanos de Buenos Aires, los PP. benedictinos de Viña del Mar se destacaron en la celosa promoción de su parroquia, desmembrada de la de Viña del Mar el 23 de noviembre de 1926, fomentando diversas asociaciones parroquiales, fundando capillas, atendiendo como capellanes el hospital de Viña del Mar, el Hospital de Niños y diversas comunidades religiosas femeninas y destacándose en el campo educacional. La comunidad normalmente no sobrepasó los diez miembros, llegando a su cúspide el año 1957 con veinticuatro miembros, contando los diez jóvenes que se estaban formando en monasterios de España. Los anales conventuales dan testimonio de una fiel ejecución del oficio divino cotidiano, solemnizado en la misa conventual y en las vísperas con música de órgano (la comunidad llegó a tener dos eximios organistas). Durante años las vísperas dominicales se cantaban con participación del pueblo fiel, en latín, mediante folletos editados especialmente por el P. Bernardo Franco. El P. Franco fue así el primer promotor del movimiento litúrgico en Chile, mucho antes de que los benedictinos solesmenses se instalaran en Las Condes. Si con los años la obra de los benedictinos españoles de Puente Alto y Viña del Mar se quedó rezagaba con respecto a la de Las Condes se debió fundamentalmente a dos razones: a) la división en dos comunidades, ninguna de las cuales podía llegar a ser pujante sin la otra; b) la ausencia de vocaciones autóctonas. En los años cuarenta Viña del Mar llegó a tener dos estudiantes de filosofía, enviados para sus estudios a la abadía de Niño Dios, pero, al igual que otros, antes y después, no perseveraron. En los años sesenta la llegada de un contingente de diez jóvenes sacerdotes y estudiantes de España, formados desde la edad de oblatos en diversos cenobios peninsulares, especialmente El Paular y Montserrat, permitían vislumbrar mejores días. Se vio la conveniencia de centrarse ante todo en la casa de Puente Alto y a ella se trasladó el P. Prior Lorenzo Balerdi con la mayor parte de la comunidad de Viña del Mar. Con todo, la crisis postconciliar agostó rápidamente aquel esperanzador rebrote y todos los jóvenes españoles retornaron a su patria. Con ello quedaba sellada la suerte de la casa de Puente Alto, que fue suprimida en 1970. Extinguida la esperanza de que en ella se establecieran en vez de los monjes, las monjas benedictinas, se entregó el monasterio a las monjas clarisas, que le dieron nuevo auge.

En Viña del Mar, convertida en priorato conventual desde 1943, la esforzada generación que había heredado la fundación de 1920 se vio reducida a sus cuadros primitivos. Las diversas obras que se habían asumido a través de los años, especialmente el Colegio Viña del Mar, ya no se podían sostener. En 1974 se vio la conveniencia de incorporarse a la nueva Congregación del Cono Sur, cuyo presidente era en aquel momento el R. P. Prior de Las Condes, D. Eduardo Lagos. El Capítulo general de la Pre-congregación que sesionó en la abadía del Niño Dios en noviembre de 1974, aceptó esta incorporación, estableciendo para Viña del Mar un estatuto especial, reduciendo el priorato conventual a categoría de “domus” dependiente directamente del abad presidente y nombrando superior al monje de Las Condes, P. Mauro Matthei. Éste desarrolló un programa de acción previamente esbozado por los visitadores y supervigilado por el P. Prior presidente D. Eduardo Lagos, consistente fundamentalmente en la eliminación de las actividades en escuelas y colegios y en la separación de parroquia y monasterio. En cuanto al primer punto, los visitadores ya habían determinado la entrega del colegio Viña del Mar, instalado en los edificios conventuales, al seminario San Rafael de Valparaíso y la de la escuela parroquial Guillermo Brown a la Oficina diocesana de educación. No era más que una prolongación de aquella línea la entrega de la capilla del Santo Cristo en Miraflores Alto, con la escuela adyacente, a la congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgel, que habían regentado durante años aquella institución. El complejo educacional con la hermosísima capilla de piedra había sido levantado en muchos años de tesonero esfuerzo por el P. Bernardo Franco. El traspaso de la valiosa propiedad se realizó en 1977. Deshechos así los compromisos excesivos para una comunidad tan reducida y avanzada en años, se imponía la tarea principal de encontrar un lugar

apropiado para el desarrollo de una vida más ceñida al ideal monástico. Este lugar se encontró muy pronto en las antiguas casas patronales, parque y huerta adyacente de Llíu-Llíu, cerca de Limache, pequeña ciudad agrícola situada a cuarenta y cinco kilómetros al interior de Viña del Mar. La propiedad, de sólo quinientos treinta metros cuadrados, era licitada por la Corporación de la Reforma Agraria en un precio módico, ya que la mayoría de los edificios se encontraban en estado muy deteriorado. El aflujo inicial de nuevas vocaciones hizo posible el traslado de la parte joven de la comunidad a Llíu-Llíu a fines de 1975. La traslación canónica del monasterio a su nueva ubicación fue decretada por el Primer Capítulo general de la Congregación del Cono Sur, que se celebró en mayo de 1977 en el monasterio del Siambón, Tucumán. Poco después venía a colaborar en la tarea de la comunidad viñamarina-lliullense el P. Aldo Álvarez, del monasterio de Los Toldos. En Chorrillos se conservó la iglesia y la casa parroquial, en la que residen actualmente tres sacerdotes y un hermano. A partir de 1979 las vocaciones del monasterio reciben su formación en la abadía de Niño Dios.

## 2.2. Monasterios de origen germánico

### 2.2.1. Monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes<sup>83</sup>

No responde enteramente a la verdad si decimos que Las Condes pertenece al grupo de los monasterios de origen germánico (alemán y helvético), ya que fue fundado por monjes franceses de la Congregación de Solesmes. Sin embargo, los diez años solesmenses de 1938 a 1948, fueron reasumidos y transformados por el pasaje a la Congregación de Beuron, la que en definitiva imprimió su carácter a Las Condes. La detallada historia de la fundación del monasterio de la Sma. Trinidad de Las Condes, que bajo el título de “Benedictus montes amabat” publiqué en la revista “Cuadernos Monásticos” da cuenta de los principales hitos en el camino fundacional de esta tercera casa benedictina de Chile hasta el año 1938.

El peso y el mérito de esta fundación lo llevaron sobre sus hombros los Hermanos Pedro y Juan Subercaseaux y en no pequeña proporción todo el resto de su familia. Juan era seminarista en Roma cuando en 1916 comenzó a interesar a otros compañeros seminaristas y a su propia familia en un proyecto de fundación benedictina en Chile que deseaba fuese dirigido por los Padres de Solesmes. Más tarde Juan, ordenado sacerdote en 1920 en Roma y a su vuelta a Chile nombrado rector del seminario de Santiago, apoyó activamente las diversas gestiones encaminadas a obtener para Chile una fundación monástica de Solesmes. Su empeño por esta sagrada meta fue tan intenso que llegó a pensar que él mismo tenía vocación de monje. Sólo el consejo adverso del entonces secretario de Estado, cardenal Eugenio Pacelli, lo hizo desistir, para aceptar poco después (en 1935) la mitra de la diócesis de Linares. No sería él, pues, el instrumento elegido por la Providencia para dar cuerpo al proyecto fundacional, sino paradójicamente su hermano mayor Pedro, pintor de cuadros históricos famosos y unido en santo y feliz matrimonio con Elvira Lyon. Con la dispensa otorgada personalmente por el Papa Benedicto XV, ambos se hicieron religiosos en el año 1920, Elvira en las damas catequistas de Loyola, España, y Pedro en Quarr Abbey, Inglaterra, donde a la sazón se hallaba desterrada la comunidad de Solesmes. La escena de la separación de los esposos, después de haber recitado el *Magnificat* en la capilla de Loyola, que D. Pedro describe en sus “Memorias” tiene ribetes hagiográficos y sin duda constituye el manantial especial de gracia que adorna al monasterio comitense. Desde su mismo noviciado D. Pedro trabajó el ánimo de sus superiores para que permitieran y apoyaran una fundación solesmense en Chile. Dos viajes de D. Pedro a Chile, uno en 1930, el otro en 1935, sirvieron para organizar y alentar al grupo de personas que preparaban el terreno en el mismo país. Por fin la elevación de Quarr al rango de abadía y la bendición de su primer prior, D. Gabriel Tissot, como primer abad (febrero de 1938), abrieron las duras compuertas y el 8 de diciembre de 1938 D. Pedro podía dilatar su alma presenciando la bendición de la primera piedra del monasterio en terreno donado por la señora Loreto Cousiño de Lyon, en Las Condes. El grupo de fundadores estaba representado por tres monjes sacerdotes: Don, Berard (prior), Dom Blazy

---

<sup>83</sup> Cf. Mauro MATTHEI, *Benedictus Montes amabat. Historia de la fundación del monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes*, en *CuaMon* Ns. 42, 45 y 53.

(económico), Dom Desroquettes (organista y sacristán), un hermano converso: el Hno. Rafael Van Hecke (del monasterio de Wisques), además de D. Pedro Subercaseaux. El año 1943 se iba a agregar el P. Eduardo Lagos, chileno, como D. Pedro, que había ingresado a Quarr el año 1930. Los débiles cimientos de la fundación se vieron amenazados desde el primer instante por el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la consiguiente interrupción de lazos con la casa madre de Inglaterra. Después de diez años de efímero y trabajoso desarrollo una visita canónica en enero de 1948 venía a constatar la inviabilidad de la mantención de la casa chilena por parte de la Congregación de Solesmes. El motivo que oficialmente se dio para proceder a la clausura de la experiencia fue doble: a) la falta de vocaciones chilenas y b) la imposibilidad de enviar monjes franceses a Chile. En cuanto al motivo a): hubo vocaciones, pero como en todas partes hubo un alto porcentaje de desistimiento; en cuanto a b): la alegada "imposibilidad" de enviar más religiosos no fue óbice para que en septiembre del mismo año 1948 la abadía de Solesmes restaurase el antiguo monasterio de Fontgombauld en Francia, con un contingente de monjes que bordeó los veinte.

Los pocos miembros franceses de la comunidad retornaron entonces a su monasterio de origen. Los dos chilenos, P. Pedro Subercaseaux y D. Eduardo Lagos, apelaron a la ayuda de la Congregación benedictina alemana de Beuron. Las gestiones se canalizaron por el abad de São Bento de Río de Janeiro, D. Martín Michler, monje de origen beuronés él mismo, en mayo de 1948. El capítulo conventual de la archiabadía de Beuron se reunió el 30 de noviembre y el 1 de diciembre de 1948 para tratar el asunto. Las actas capitulares dejan constancia de que "sucesivos rechazos de la petición chilena habían sido respondidos siempre con nuevas e insistentes súplicas". La situación en Alemania era delicada: la archiabadía de Beuron justamente había tenido que abandonar y cerrar su fundación en el Japón (Tonogaoka); los monjes de la abadía de Grüssau, expulsados de Silesia en 1945, tampoco se avinieron a comprometerse con la lejana empresa, en la esperanza de poder retornar un día a sus lares; dos abades de la Congregación beuronense habían opinado que antes de acudir a Chile convendría reforzar las comunidades de la misma Alemania, afectadas como se hallaban por las numerosas bajas y destrucciones de la guerra. El abad presidente D. Bernardo Durst había declarado que únicamente la archiabadía podría eventualmente hacerse cargo de la obra. En vista de ello el padre archiabad de Beuron, D. Benito Baur, invitaba a la comunidad a pronunciarse sobre el asunto. Providencialmente se halló un entusiasta defensor de la idea de acudir en auxilio de Las Condes en la persona del P. Pablo Gordan, que acababa de retornar a Beuron después de un forzado exilio de ocho años en el Brasil, debido a su ascendencia judía. Otro monje beuronés residente en el Brasil, el P. Leopoldo, enviaba por escrito su parecer favorable. La comunidad se resolvió por un voto positivo después de asegurarse que no se le exigirían desembolsos y que se aclararían las relaciones de tipo jurídico con la sociedad laica que patrocinaba legalmente el monasterio de Las Condes. En cuanto a la falta de vocaciones chilenas que había sido uno de los motivos de desistimiento de parte de Solesmes, el convento de Beuron esperaba salir al encuentro de la dificultad: a) seleccionando bien a los monjes fundadores y b) preocupándose de que la casa chilena fuese desde un comienzo un centro de vida litúrgica.

La comunidad de Beuron sesionó nuevamente el 6 de diciembre de 1948 y el 22 de marzo de 1949, entrando con admirable buena voluntad en el cauce de un entendimiento con los dos monjes solesmenses de nacionalidad chilena que defendían la continuación de la vida monástica en Las Condes. Los primeros que se trasladaron a Santiago de Chile fueron dos monjes beuronenses residentes en monasterios brasileros, D. Bruno Seeger (de Meresheim) y D. Desiderio Schmitz (de María Laach). Ellos llegaron en julio de 1949. Poco después se añadía al grupo el P. Pablo Gordan y el 3 de diciembre de 1949 llegaba el nuevo prior, D. Odón Haggemüller, acompañado por el P. Silvestre Stenger y el Hno. Antonio Maunz. En mayo de 1951 Beuron se desprendía de un nuevo hermano converso en favor de Las Condes, el Hno. Baltasar Kurfess. El padre archiabad Baur realizó su primera visita en febrero de 1952, aprovechando la oportunidad de hacer también la visita canónica. En todo momento el anciano prelado prestó el apoyo de su estímulo y a su vuelta a Beuron agenció el envío de otros dos monjes sacerdotes, los PP. Angelus Graf y Bonifacio Sültrup. Hasta el fin de su vida el padre archiabad se interesaría vivamente por cada uno de los aspectos del progreso espiritual y material de Las Condes. En 1955 envió a Chile otro sacerdote y dos hermanos. En 1954 recibió con paternal alegría en Beuron al primer estudiante de teología chileno de Las Condes.

Desde el primer día de su llegada los monjes beuronenses inauguraron un estilo de vida verdaderamente monástico, en el cual el primado de la obra de Dios estaba firmemente asegurado, sin desmedro de una vida de estudio de nivel europeo y una fuerte irradiación externa. Entre los años 1954 y 1956 tuvo lugar el traslado del monasterio desde el solar primitivo junto a la Avenida Las Condes al actual cerro San Benito en el barrio de Los Dominicos. La extensión de la ciudad y particularmente el establecimiento del Estadio Israelita a un costado de la propiedad del monasterio, con sus ruidosas competencias deportivas y los altoparlantes de sus fiestas domingueras, hacían vano todo esfuerzo de vivir monásticamente. Además de reubicar al monasterio más lejos de la ciudad, por medio de la construcción del cenobio en las alturas de un cerro se lograba un aislamiento más durable, sin tornarlo inaccesible. Los planos se confiaron a un grupo de arquitectos de la Universidad Católica de Valparaíso, quienes le dieron al edificio del monasterio una fisonomía decididamente aerodinámica, muy a disgusto de muchos que preferían un marco más tradicional para una forma de vida religiosa tan vetusta como la benedictina. Al edificio principal de la comunidad, levantado entre 1954 y 1955 se añadió en 1962 la moderna hospedería, con doce celdas para huéspedes y en 1964-65 la magnífica iglesia conventual, obra ambos del trabajo conjunto de dos monjes arquitectos de la comunidad, D. Martín Correa y D. Gabriel Guarda. En 1972 se levantó el ala de la portería y del nuevo refectorio con su cocina y despensas, con planos del arquitecto Jorge Swinburn. En 1979 finalmente una sustancial ayuda de *Adveniat* hizo factible la construcción de la biblioteca con su *scriptorium*, obra del arquitecto Raúl Irrarrázaval. A pesar de tantas manos diferentes, el monasterio de Las Condes conserva una notable unidad de estilo.

La venida de los Padres beuronenses, religiosos de alto nivel intelectual, inauguró en Las Condes la tradición de amor por las ciencias eclesiásticas, que es uno de sus carismas. Ya el primer prior francés, Dom Bérard (1938-1948) era hombre de mucho estudio. El segundo prior, alemán, D. Odón Haggemüller (1949-1959) era biblista y liturgista de renombre y a su retorno a la abadía madre a fines de 1963 fue nombrado prior claustral de Beuron. También el tercer prior, D. Adalberto Metzinger (1959-1969), se había destacado en largos años de docencia bíblica en el Colegio Sant' Anselmo de Roma, antes de venir a Chile en 1959. La concurrencia de estos y otros profesores de ciencias eclesiásticas hizo factible en 1962 la inauguración de una pequeña escuela teológica, que aunque no iba a durar más que cuatro o cinco años iba a tener influjo decisivo en la posterior animación del movimiento de acercamiento de los monasterios, cuyos frutos fueron la Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur y la Congregación benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur. Del núcleo de estudiantes de monasterios de Chile y Argentina que entre 1962 y 1966 fueron compañeros de estudios en Las Condes iban a surgir después las principales figuras de la Congregación benedictina del Cono Sur. El cuarto prior, D. Eduardo Lagos (a partir de 1970), aparte de ser el primer superior chileno del monasterio, fue el primer presidente de la federación de monasterios llamada Pre-congregación del Cono Sur. Su paciente y discreta labor ayudó a superar las naturales divergencias de los primeros años, hasta que el 27 de diciembre de 1976 la Pre-congregación del Cono Sur se convirtió oficialmente en la XXI Congregación de la Confederación benedictina.

Los aciertos espirituales del monasterio de Las Condes en tantos años han sido múltiples. Aparte de las ciencias eclesiásticas la comunidad se ha destacado y se destaca por la belleza y religiosidad de su culto divino, realzado por una iglesia de arquitectura y luminosidad fuera de lo común. El trabajo manual se practica en la chacra, los gallineros, los criaderos de conejos y el taller de encuadernación, a lo que se agregan las actividades de una hospedería siempre muy requerida. En la bien nutrida biblioteca se destaca en especial la sección de historia eclesiástica hispanoamericana. La primera generación de monjes alemanes colaboró mucho en diversas publicaciones; actualmente la figura de primer plano en materia de publicaciones es sin duda el P. Gabriel Guarda, autor de numerosas obras de erudición histórica y miembro de la Academia chilena de la Historia.

### 2.2.2. Monasterio Santa María de Los Toldos<sup>84</sup>

---

<sup>84</sup> Diversas noticias en la revista "Maria Einsiedeln", de la abadía del mismo nombre.

Como Las Condes, Los Toldos tuvo la ventaja de una casa madre europea generosa e importante. La abadía de María-Einsiedeln, fundada el año 934, cuenta con una tradición monástica ininterrumpida por más de un milenio y es el santuario mariano por excelencia de Suiza. Fundadora de muchos otros monasterios en la Edad Media supo sortear las tormentas tanto de la época de Reforma como de la Ilustración, para constituirse en el siglo XIX en casa madre de tres monasterios en los Estados Unidos: San Meinrado (1854, Indiana), New Subiaco (1878, Arkansas) y Richardton (1894, North Dakota). En el siglo XX su atención se tornó hacia Hispanoamérica. Al igual que en los Estados Unidos, en la Argentina fueron inmigrantes suizos los que hicieron llegar la petición de una fundación a la abadía madre entre los años 1936 y 1939. En este último año Einsiedeln envió a los PP. Policarpo Buchser y Leopoldo Hanimann a la Argentina para explorar el terreno. Los Padres se hospedaron en San Benito de Buenos Aires, estudian el idioma y asumen algunos trabajos pastorales. Sucesivamente se presentan y se descartan proyectos de fundación cerca de Rosario, en Ascochinga, Pablo Acosta y Banfield. La Segunda Guerra Mundial obstaculiza los contactos entre los Padres y la abadía.

Terminada la guerra el Nuncio en Argentina, Mons. Fietta, visita Einsiedeln. Se presenta el tema de la posible fundación en la Argentina y el Nuncio trae a colación el proyecto de la señora María Marengo de Sánchez Díaz, que en su estancia de la Ciudadela, partido General Viamonte, a trescientos kilómetros al oeste de Buenos Aires y veinticinco kilómetros de Los Toldos, había erigido una capilla y anexos para una escuela rural, con la esperanza de que se estableciera allí un centro evangelizador para el vecindario y la estancia. A su modo de ver el lugar se prestaba admirablemente para un monasterio. Establecido el contacto cablegráfico, la señora Marengo de Sánchez Díaz se declaró dispuesta a entrar en tratos con Einsiedeln. De inmediato se encargó al P. Leopoldo la visita del lugar, quien era de la opinión de que por fin se había encontrado lo apropiado.

El 2 de enero de 1948 sesionaba el capítulo de Einsiedeln para tratar la aceptación de la fundación y la selección de los religiosos fundadores. Se reúnen más de cien capitulares en torno del abad D. Benno Gut y en la votación el proyecto obtiene una amplia mayoría. Los monjes einsiedlenses reconocían en Los Toldos un regalo de la Virgen al cumplirse el milenario de la consagración de la primera basílica de Einsiedeln y deseaban que surgiera en la soledad de la Pampa un monasterio según la Regla y el espíritu de san Benito. En las segundas vísperas de Pascua del mismo año doce monjes se postran en el centro del presbiterio de la basílica para recibir la bendición de despedida. Los elegidos para la misión eran el propio padre prior de la abadía, D. Eugenio Pfiffner, que iba como prior de la fundación y cinco monjes sacerdotes: los PP. Alberto Huber, Carlos Burkard, Andreas Lang, Meinrado Hux, José Felber y los Hermanos conversos: Javier Locher, Santiago Stocker, Fidelis Sager, Mariano Maier, Guillermo Hüppi y Ambrosio Wäger. El 21 de marzo salen para Roma, donde son recibidos en audiencia privada por S.S. Pío XII y el 27 de abril llegan a Buenos Aires. El 3 de mayo la colonia fundadora ya se encuentra en Los Toldos. De inmediato inauguran la vida monástica con el oficio divino. Lo primero fue cantar la *Salve* solemne -que desde entonces nunca se ha dejado de cantar después de vísperas- y poner la casa bajo la protección de María Santísima: comenzaba a vivir en plena pampa argentina el monasterio de Santa María de Los Toldos.

El primer prior, M. R. P. Eugenio Pfiffner (1948-1959) se vio ante una ingente tarea. Al principio la comunidad se alojó en el edificio contiguo a la capilla, que hoy sirve como hospedería externa. Pero ya en 1951 se podía contar con un amplio edificio claustral, en que además de las celdas y lugares de la comunidad tenía su lugar un internado para treinta alumnos y más tarde una escuela de oblatos. Las setecientas veinticinco hectáreas que rodeaban el monasterio se hallaban vacías, sin ganado ni maquinaria agrícola. Poco a poco se desarrolló la estancia con ganado vacuno, la granja y la huerta; surgieron los talleres y la instalación eléctrica propia; en 1956 pudo adquirirse el primer tractor. Todo esto en la mirada retrospectiva se ve muy hermoso, pero los años de priorato de D. Eugenio Pfiffner fueron de muchas privaciones y cuando en agosto de 1959 un ataque cardíaco fulminante puso fin a su vida, todo estaba en etapa de esbozo y comienzo, aunque ya se habían presentado las primeras vocaciones del país.

El priorato de D. José Felber (1959-1968) significó grandes cambios. La administración económica en sus manos hizo adelantos que ningún otro monasterio del Cono Sur puede contar en su haber; creó dos

fuentes de entrada nuevas: un tambo mecanizado con una fábrica de quesos anexa y un criadero de cerdos industrializado. Aumentaron y mejoraron la maquinaria y el número de empleados, lo que permitió una mayor participación de las familias de los alrededores en el bien social del monasterio. Más importante aún fue un cambio de orientación, hecho posible por el Concilio Vaticano II, que el cronista toldense describe de la siguiente manera: si en los primeros años se había visto como meta un monasterio con intensa actividad educacional al estilo de Einsiedeln, ahora se sentía la necesidad de acentuar los valores monásticos primitivos: un culto divino en el que todos participaban, muy luego rezado en la lengua vernácula; tiempo para la *lectio divina*, para el estudio, la oración privada, el trabajo manual, creación de una atmósfera de recogimiento y silencio. Estos valores se acentuaron aún más con el tercer prior y primer argentino a la cabeza de la comunidad: el P. Pedro Eugenio Alurralde (1968-1974). Carisma muy especial de Los Toldos iba a ser el cultivo del espíritu comunitario: ninguna actividad debía ejercerse en desmedro de la comunidad, toda actividad debía hacerse en nombre de la comunidad. Esto dio a la familia monástica toldense un poder de irradiación muy fuerte. En 1970 se cerraron el internado y el oblatório y se perfeccionó la hospedería que en lo sucesivo llegó a tener un gran auge. Entre 1968 y 78 pasaron más o menos cuatrocientos huéspedes por año, que se quedan por término medio tres a cuatro días. El promedio de edad de estos huéspedes era de treinta años.

Los Toldos tuvo también la suerte de contar casi desde un principio con buenas vocaciones argentinas, de las cuales las primeras recibieron su formación en Einsiedeln. La afluencia de vocaciones permitió también realizar después del Vaticano II una gradual argentinización de la liturgia. En 1966 Los Toldos fue la sede de la primera reunión de superiores monásticos del Cono Sur, a la que iban a seguir otras reuniones del mismo tipo, muy fecundas para la renovación postconciliar de los monasterios. En aquella reunión de 1966 se fundó la revista "Cuadernos monásticos", que tanta proyección iba a tener en la difusión de la espiritualidad monástica. La hospedería del monasterio iba a ser muchas veces centro de reuniones intermonasteriales, sea para recibir a los consejeros de la Pre-congregación, sea para preparar o revisar las constituciones.

En mayo de 1968 Los Toldos recibió la independencia de la casa madre, es decir, se convirtió en priorato conventual, siendo su primer prior con ese rango el monje argentino P. Pedro Eugenio Alurralde, quien en 1974 se iba a trasladar con el mismo cargo al monasterio del Siambón y en mayo de 1977 llegó a ser el primer abad de aquel monasterio de Cristo Rey. Es autor de varios estudios en diversas: revistas y del libro "Tomando por guía el evangelio", con el subtítulo "Releyendo la Regla de San Benito".

Como cuarto prior conventual le sucedió en 1974 el P. Mamerto Menapace, de larga trayectoria toldense, ya que había entrado al monasterio como niño oblato. Se había destacado previamente en las jornadas bíblicas de Los Toldos y es autor de varios libros de tipo bíblico-espiritual ("Un Dios rico de tiempo", "Fieles a la vida", "Camino de Emaús con fe y esperanza", "La sal de la tierra", "Las abejas de la tapera", pero ante todo los "Salmos criollos", (traducción de los salmos de David al lenguaje criollo).

Los monasterios que hemos llamado de "origen germánico" se caracterizan por varios rasgos comunes:

- a) Ambos se derivan de casas madres europeas (Beuron y Einsiedeln) de mucho peso, que supieron suministrar a sus respectivas fundaciones una generosa ayuda tanto de personas como de recursos y recibieron a las primeras vocaciones de sus filiales para proporcionarles excelentes estudios.
- b) Ambos tuvieron fundadores de mucho nivel espiritual e intelectual y de una calidad humana descolante. Dichos fundadores se caracterizaron por su apertura y simpatía por su país de adopción y por la prontitud con que dejaron sus lugares a gente del país.
- c) Entre Las Condes y Los Toldos hubo siempre activos intercambios.
- d) Hay entre ambas casas ciertos paralelismos cronológicos: el año de fundación (o refundación, en el caso de Las Condes) es el de 1948, la elevación a Priorato conventual tiene



lugar en las Condes en 1966, en Los Toldos en 1968; la elevación a la categoría de abadía sucede en ambas casas en el año jubilar de 1980.

### **2.3. Monasterios de origen autóctono**

#### *2.3.1. Abadía de Cristo Rey, Siambón*

La fundación del monasterio de Cristo Rey del Siambón, en las serranías de la provincia de Tucumán en los años 1955 y 56 señala la madurez de la vida monástica en el Cono Sur, al ser capaz ya de propagarse sin ayuda de contingentes de monjes del Viejo Mundo. Nos limitaremos casi únicamente a reproducir una crónica que el P. Julio Gotelli, monje del Siambón, tuvo a bien redactar ex profeso para nuestro trabajo de conjunto:

El monasterio de Cristo Rey del Siambón fue fundado por la abadía del Niño Dios (Victoria, Entre Ríos), primera implantación monástica en tierras argentinas. Esta abadía formaba parte de la provincia francesa de la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia. Esta dependencia originaba el desplazamiento desde Europa de los visitantes, con el consiguiente gasto, dificultad de lengua y, sobre todo de adaptación a las particulares situaciones latinoamericanas, además de la lentitud en los frecuentes recursos canónicos al abad general residente en Roma.

Debido a estos inconvenientes y dada la cantidad de monjes (cerca de sesenta profesos solemnes), el acervo espiritual y la antigüedad de la abadía (que ya había cumplido sus bodas de oro de existencia), la Curia generalicia indicó al abad Laborde la conveniencia de una fundación en la esperanza de que con el correr del tiempo se pudiera constituir una provincia argentina o sudamericana. Comenzó entonces la búsqueda de posibilidades en diversos obispados y, finalmente, hacia fines del año 1953, las conveniencias hicieron peso por el lado de la arquidiócesis de Tucumán, cuyo obispo, Mons. Juan Carlos Aramburu, se hacía intermediario del ofrecimiento de la familia Paz Posse, dueña del ingenio azucarero “San Juan” y propietaria de una extensa zona serrana a treinta kilómetros en línea recta de la capital de la provincia. Con objeto de resguardar la soledad de los monjes y de facilitar su desenvolvimiento económico, la donación se concretó en cerca de las novecientas hectáreas, gran parte de las cuales en escarpadas laderas, pero pobladas de feraces bosques.

Después de una aceptación “en principio” de la fundación, la comunidad monástica victoriense la aprobó en forma definitiva y unánime el 6 de julio de 1954, año mariano universal, y el 29 del mismo mes y año quedó oficialmente autorizada por el obispo de Tucumán. En la visita canónica efectuada al Niño Dios en diciembre de ese año, el abad general Caronti visitó el lugar y el 8 de diciembre de 1955 firmó el decreto de erección de la nueva “domus regularis”. Mientras tanto y bajo su palabra, cuatro monjes (los PP. Juan Vicente García Geniz, Gregorio Balerdi y los Hnos. Ramón Graizaro y Pablo Montero) iniciaron las construcciones en febrero de 1955, sirviéndose de las piedras del mismo lugar. La situación de la abadía del Niño Dios hacia la época de la fundación tucumana era de tal índole que le permitió asumir, ciertamente no sin tensiones, el soplo del Espíritu que desde años atrás venía impulsando en toda la Iglesia un retorno a las fuentes adaptado al presente histórico de la humanidad, en especial de la más doliente. De manera que el abad Lorenzo Balerdi pudo reunir un grupo de monjes relativamente jóvenes que estuviera dispuesto a hacer vida, con la ayuda de Dios, el proyecto que, en carta del 23 de julio de 1954 al pastor de la diócesis tucumana, expresaba así:

“Para facilitar la aprobación de los superiores mayores y evitar, en lo posible, los inconvenientes que algún día pudieran surgir de una falsa interpretación de sus deseos, sería conveniente que Su Excelencia Reverendísima hiciera constar expresamente en dicha nota lo que ya verbalmente y repetidas veces nos ha manifestado: que la finalidad que se persigue en dicha fundación está enteramente dentro de la ortodoxia de nuestro espíritu benedictino; es decir, que se pretende erigir una casa de oración y de alabanza divina, un lugar de estudio y recogimiento *sin recargo de ministerio parroquial o de enseñanza*; en una palabra, que lo que se espera de nosotros es la perfección de la vida monástica y nada más”.

Lo que no se menciona aquí por razones obvias (observar lo subrayado) es la mirada hacia los necesitados sobre la que con igual intensidad, y junto con la integración en el medio ambiente, insistía el abad en la intimidad comunitaria y que desde un comienzo se tradujo en una extensa gama de obras espirituales y sociales; de tal manera que con el correr del tiempo e incentivado por el post-concilio éste llegó a ser el ideal que radicalizó un grupo de seis monjes y que se concretizó, en medio de purificadoras y fecundas tensiones, en la experiencia que, durante un año (setiembre de 1973 a setiembre de 1974) y mediante la firma de un “acuerdo comunitario” refrendado por el permiso de los superiores mayores, llevaron a cabo en una vivienda próxima al monasterio (“la casita”), para poder intervenir más libremente en la promoción del vecindario, en especial, en la conducción de la fábrica de dulces fundada por el mismo monasterio como fuente de trabajo para la gente de la zona.

Terminada la experiencia, estos monjes se integraron nuevamente en el régimen monástico y se procedió a la elección de un nuevo prior en la persona del P. Pedro Alurralde, que hasta ese momento era prior del monasterio de Los Toldos y que el 8 de 1977 fue bendecido como primer abad del Siambón, al término del primer capítulo general de la Congregación del Cono Sur, celebrado allí mismo días antes. La vida comunitaria en el monasterio de Cristo Rey tuvo comienzo cuando el Sábado “in albis”, 7 de abril de 1956, al grupo de los cuatro monjes pioneros citados más arriba, se unió el resto de los integrantes de la nueva familia monástica: los PP. Gabino Lapuente, Ángel Veronesi, Julio Gotelli, Santiago Veronesi, Mauricio Grandval, Héctor Riedel y los H.H. Pablo Sáenz, Dorino Bellanich, Salvador Scofani, Ignacio Bruni, José Veronesi, Santiago Baldessari y Narciso Sevald. La nueva fundación fue consagrada a Cristo Rey en el sentido mesiánico que le dan los Hechos de los Apóstoles cuando hablan del Jesús crucificado constituido por Dios Señor y Mesías (2, 36), es decir, según el libro del Apocalipsis el resucitado que rige los destinos de la historia desde el comienzo hasta el fin, porque es el Primero y el último, Alfa y Omega. El artista Ballester Peña dio expresión a esta consagración pintando en la pared absidal de la iglesia de piedra del Siambón un gigantesco Cristo Rey, una de sus más logradas obras.

Cuatro años después, el 11 de julio de 1960, el abad general D. Celestino Gusi, decretó la independencia de la “domus dependens” y la elevó a priorato conventual, con dieciséis monjes, siendo su primer prior conventual el M. R. P. Santiago Veronesi. El primer superior de la casa había sido hasta entonces el P. Juan Vicente García Geniz. En 1965 el número de monjes era de quince y en el decenio 1970-1980 no pasó de los once. En 1971 iba a asumir el cargo de prior D. Antonio Ghiotto y en 1974, D. Pedro E. Alurralde. Este último, quien iba a ser en 1977 el primer abad, renunciaría en 1978, siendo su sucesor y segundo abad del Siambón, el R. P. D. Gabino Lapuente, uno de los primeros fundadores del monasterio.

Muy pronto las actividades económicas se concentraron en torno a la apicultura: miel, jalea real, cera. Lateralmente a esta fuente principal de ingresos los monjes se dedicaron también al dulce de leche, la horticultura, los frutales, la cría de animales y la explotación del bosque.

Cinco monjes realizaron estudios prolongados en Europa en los ramos de teología, Sagrada Escritura y liturgia. Dos monjes cursaron en el Instituto de Pastoral latinoamericano (IPLA) y en el IPLA juvenil (IPLAJ) en Quito y Bogotá respectivamente. Además algunos hicieron parte de la filosofía o de la teología en Los Toldos, Las Condes o en Buenos Aires. El monasterio del Siambón ha sido sede de dos reuniones importantes: la segunda reunión de Superiores monásticos del Cono Sur, en junio de 1967, en donde surgió por primera vez el proyecto de establecer una Congregación de monasterios benedictinos del Cono Sur, y diez años más tarde, en mayo de 1977, el primer capítulo general de la Congregación que hacía pocos meses había sido aprobada por Roma.

El monasterio ha tenido desde sus inicios una hospedería y desde 1976 una hermosa ermita en los altos de un cerro del Siambón.

### 2.3.2. Monasterio de Nuestra Señora de la Paz, Córdoba<sup>85</sup>

“En un período de mucho entusiasmo -nos informa el cronista del Siambón- y alentada por un clima inesperado de gran fecundidad vocacional, la comunidad de Cristo Rey se decidió en el año 1976 por una fundación en la provincia de Córdoba, en un lugar del valle de Calamuchita extremadamente solitario. Se trata de la estancia “La Paz” entre San Agustín y Calmayo, a ochenta kilómetros de la capital Córdoba, propiedad de las religiosas llamadas “Hermanas Esclavas argentinas”.

La iniciativa había partido de la M. Lucinda E. Picco, superiora general del Instituto de las Esclavas del Corazón de Jesús. En carta del 5 de marzo de 1976 ésta se dirigía al P. Prior Pedro Alurralde del Siambón ofreciendo para la fundación una parte de la Estancia de La Paz, donde el Instituto tenía una casa de descanso con una hermosa capilla de piedra.

“Con el Consejo pensamos, seguía la carta, que una comunidad benedictina sería una rica fuente de espiritualidad en Córdoba. Tenemos entre los fines de la Congregación los ejercicios espirituales. Sería valiosísimo convertir nuestra casa de descanso -que casi no usamos- en casa de oración y encuentro con Dios al estar cerca de una abadía benedictina”.

El proyecto había sido previamente sometido al señor arzobispo de Córdoba, cardenal Raúl F. Primatesta, quien había manifestado su complacencia. En carta del 28 de marzo el Sr. Cardenal alentaba la fundación de esta “casa de austero recogimiento y oración”, considerándola “una gracia de Dios para la arquidiócesis de Córdoba, la más antigua del país, por la manifestación y el aliciente del ejemplo de consagración exclusiva a lo único necesario”.

El 7 de abril se reunía el capítulo de la comunidad del Siambón para estudiar la propuesta. El padre prior expresaba la alegría de que esta posibilidad de crecer se daba justamente en el vigésimo año de la fundación del Siambón. Proponía que antes de someter el asunto a las autoridades de la Precongregación se hiciera una experiencia. Se veía claramente que no se trataba de una fundación al estilo de antes. Como la votación definitiva se preveía para fines de año, sólo se propuso autorizar el inicio de la experiencia. La decisión de ocho votos fue unánime para dar ese paso. En seguida el padre prior informó quiénes formarían el equipo encargado de llevar a cabo la experiencia: el P. Lorenzo Balerdi como responsable, con el P. Pablo Montero y el Hno. Arnobio Coria, acompañados por algunos meses del novicio Oscar Carrizo. El 16 de abril de 1976 el Sr. Cardenal respondía con la siguiente carta al padre prior:

“Muy apreciado Padre:

“Con grande alegría, compartida por todos cuantos conocen el proyecto, he recibido la ‘nueva pascual’ de la venida de los monjes a Calmayo. Un poco con la imaginación, y sí con grande esperanza para esta arquidiócesis de Córdoba, veo renovarse el antiguo camino de los monjes que fueron evangelizando con el arma de la contemplación. Estoy seguro de que el Señor bendecirá este camino, porque se emprende en nombre de María, Nuestra Señora de la Paz”.

Seguía la autorización de la experiencia y el agradecimiento por la ayuda que de esta manera la comunidad del Siambón prestaba a la arquidiócesis.

El 3 de mayo los primeros religiosos, encabezados por el P. Lorenzo Balerdi, llegaban a su destino. Los albergó un sencillo edificio que había servido como casa a los capellanes de las religiosas, a poca distancia de la casa y capilla de piedra de las hermanas. El camino de acceso desde San Agustín tiene once kilómetros de largo, y hasta la localidad de Calmayo son cinco kilómetros más. El lugar mismo es un agradable vallecito surcado por dos arroyos entre las rocosas estribaciones de la Sierra Chica. La soledad es absoluta, lo que entre otras cosas significa que no hay luz eléctrica. En agosto del mismo año se unió a la comunidad el P. José María Boyle.

---

<sup>85</sup> Cf. Crónica de *CuadMon* 12 (1977) N° 40, p. 121.

El 28 de septiembre de 1976 la comunidad del Siambón se reunió de nuevo, junto con los monjes fundadores de Córdoba, para hacer un balance de los cuatro meses y medio transcurridos y llegó a la conclusión unánime de que debía ya oficializarse la fundación. El 24 de noviembre del mismo año el Consejo de la Pre-congregación del Cono Sur, reunido en la abadía de Santa Escolástica, en la localidad bonaerense de Victoria, bajo la presidencia del M. R. P. Eduardo Lagos, prior de Las Condes, trató ampliamente el tema y aprobó la fundación del monasterio de Nuestra Señora de la Paz por cuatro votos a favor y uno en contra.

En mayo de 1977 sesionó en el Siambón el primer capítulo general de la Congregación del Cono Sur, después de que ésta el 27 de diciembre de 1976 por decreto de la Sagrada Congregación de Religiosos había recibido su aprobación. A este capítulo asistió ya el que a fines del mismo mes de mayo iba a convertirse en el segundo superior de la fundación, el P. José Veronesi. Éste procedió a ampliar la casa y el 23 de julio de 1977 quedaba inaugurado el nuevo comedor. El 15 de febrero de 1979 se bendecía la hermosa capilla. Actualmente el pequeño monasterio consta de nueve celdas, más comedor, cocina, sacristía y capilla.

En Semana Santa de 1978 el P. Pablo Montero retornaba al Siambón, para iniciar una experiencia de vida eremítica. Al realizarse el Tercer Encuentro monástico latinoamericano a fines de octubre de 1978 en Buenos Aires, el monasterio de La Paz estaba representado por el P. José Veronesi y el P. José María Boyle. En noviembre de 1978 la renuncia del padre abad Alurralde y la elección del P. Gabino Lapuente como su sucesor motivó el retorno del P. Lorenzo y del Hno. Arnobio a la casa madre del Siambón. En compensación la casa recibía en 1979 sus primeros postulantes. Dos de ellos iniciaron en 1980 su noviciado regular en la abadía del Niño Dios.

El apoyo que la pequeña fundación ha recibido de la autoridad eclesiástica de Córdoba es grande. El Sr. Cardenal ha pasado varias veces por el incipiente monasterio y el obispo auxiliar, Mons. Karlic, ha hecho en él su retiro. Ambos no se han cansado de estimular el carácter monástico de la fundación, y han pedido que se dé mucha importancia a la liturgia y a la oración personal.

### 2.3.3. *Monasterio de La Pascua, Canelones, Uruguay (1976)*<sup>86</sup>

“El día 9 de diciembre de 1976 -nos informa una crónica de la abadía fundadora de Niño Dios- un pequeño grupo de monjes benedictinos de la abadía llegaba a la ciudad de Canelones, Uruguay, para iniciar una nueva fundación monástica. Se cumplía de esa manera el anhelo y el pedido perseverante del obispo del lugar, Mons. Orestes Santiago Nuti, SDB, quien durante doce años con incansable solicitud trabajó para conseguir dicha fundación para su diócesis y para el Uruguay. Él había sido el que en 1965 había recibido en su diócesis a las monjas benedictinas de Santa Escolástica, las cuales también habían hecho muchas gestiones para conseguir la implantación de la rama masculina en el Uruguay. En 1974 parecía ya próxima la posibilidad de una fundación por parte de la Congregación silvestrina de Italia, pero poco después el proyecto tuvo que abandonarse.

El 12 de diciembre, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de la diócesis de Canelones, los monjes argentinos fueron fraternalmente recibidos por la Iglesia local en una solemne misa concelebrada, presidida por Mons. Nuti y acompañado por sacerdotes y fieles de la ciudad y de la zona. Los seis fundadores fijaron su residencia provisoria en la casa de retiros Villa Guadalupe, hasta que pudieron habilitar una casita en el terreno mismo que les había sido donado.

En repetidas ocasiones Mons. Nuti había pedido a la comunidad del Niño Dios que llevara a cabo aquella fundación. Cuando en octubre de 1971 se celebró en el Uruguay la sexta Reunión de Comunidades Monásticas del Cono Sur la petición fue apoyada por un amplio grupo de fieles uruguayos. La dificultad mayor residía en la falta de un adecuado número de fundadores. Después de varias negativas, en marzo de 1976 la abadía del Niño Dios aceptó la responsabilidad de preparar y

---

<sup>86</sup> Cf. Crónica de *CuadMon* 12 (1977), pg. 121.

realizar una fundación cerca de la ciudad de Canelones. El 25 de mayo de 1976 el Consejo de la Precongregación había dado el pase respectivo. El espíritu con que se había preparado durante todo el año de 1976 la nueva implantación se había reflejado en la oración a la Sma. Virgen que se había rezado diariamente después de la oración comunitaria:

“María, Madre y esperanza de los hijos de estas tierras de América, tú que preparaste en el silencio el nacimiento del Salvador, prepara nuestros corazones para que asumamos la fundación de Canelones con espíritu de disponibilidad y de servicio a toda la Iglesia y enséñanos a amar nuestra vocación monástica, a ser fieles en la búsqueda de Dios en la oración, en el trabajo y en la vida comunitaria. Amén.”

El grupo de monjes que llegó a Uruguay el 9 de diciembre de 1976 estaba integrado por el H. Jorge Schroeder superior, el P. Esteban Farneda, el Hno. Pedro Neszczuck y el Hno. Antonio Schoenfeld y fue acompañado por el Rvmo. P. Abad D. Eduardo Ghiotto y el P. José Antonio Cherot. Posteriormente se agregaron los Hnos. Martín Ormaechea y Orlando But.

El programa de aquel grupo monástico fue formulado por ellos mismos de la manera que sigue: “Cuando san Benito quiere definir lo que es un monasterio dice 'Queremos instituir una escuela del servicio divino'. Esto es lo que se propone el nuevo monasterio que ha comenzado en Canelones. Esta “escuela” pretende enseñar a los monjes el camino del Evangelio a través de una metodología especial, dentro de nuestro contexto latinoamericano y según la inspiración propia del monacato cristiano. Por eso la oración personal y litúrgica, la lectura tranquila y reposada de la Palabra de Dios, el trabajo manual e intelectual, la práctica de la convivencia de los que componen la familia monástica y de los huéspedes y la austeridad de vida serán los elementos que estarán presentes en el estilo de vida de la nueva comunidad. Todo esto en un ambiente de soledad y silencio y en un marco de normalidad y simplicidad evangélica, constituyen la ‘metodología’ propia de la espiritualidad y de la vida benedictina. Con el testimonio de una vida de oración y de trabajo, de comunión fraterna y de generosa acogida de los huéspedes, los monjes estarán activamente presentes en la vida de la Iglesia local, de la que reciben el aliento y la fuerza necesaria para ser fieles al Espíritu, que distribuye sus dones como él quiere y provecho de toda la Iglesia”.

La casa de retiro “Villa Guadalupe” en que los fundadores vivieron los primeros meses está situada a tres kilómetros de la ciudad de Canelones y a cuarenta y dos kilómetros de Montevideo. En la semana pascual, más exactamente el viernes 15 de abril de 1977, pudieron trasladarse a una pequeña casa habilitada en el terreno donado al monasterio. Se trata de veintisiete hectáreas con bosque, de las cuales diez hectáreas son tierra de cultivo, situadas a tres kilómetros de Villa Guadalupe, a seis kilómetros de Canelones y a cuarenta y cinco de Montevideo, todo puesto a disposición de la comunidad por el obispo Mons. Nuti. Es una zona de quintas frutales, sobre todo de duraznos, membrillos, ciruelas y viñedos. El monasterio cuenta con un terreno amplio, suficiente para la manutención de la comunidad y bien apartado. El día de traslado al pequeño monasterio no fue sólo pascual por la fecha, sino también por la presencia de las monjas benedictinas del vecino monasterio de “Madre de la Iglesia”, con las cuales rezaron el oficio divino. Después de aquella pequeña fiesta siguió un período de intenso trabajo, para habilitar las casas y dependencias del monasterio y atender la quinta de árboles frutales. En todo momento los monjes han querido prescindir de empleados, para hacer todo ellos mismos y vivir del trabajo de sus manos “como nuestros Padres y los Apóstoles” (RB 48, 8). Durante un año el monasterio contó con el apoyo financiero del señor obispo, hasta que los monjes pudieron autoabastecerse. A fines de 1979 el monasterio ya contaba con las entradas suficientes provenientes de la venta de frutas y hortalizas. En 1979 se comenzó también la construcción del oratorio definitivo, hecho de los elementos naturales de la región: una estructura de palos de eucaliptus, paredes de adobe y techo de totora. A fines del mismo año se pudo bendecir esta casa de Dios, hermosa en su despojada sencillez.

En todo momento la comunidad fundadora ha contado con el apoyo activo del padre abad y la comunidad de Niño Dios y del señor obispo de Canelones, quienes frecuentemente han visitado La

Pascua. Igualmente se hicieron presentes el señor Nuncio apostólico y diversos superiores y miembros de la Congregación benedictina del Cono Sur.

“Cada monasterio benedictino tiene sus características propias -concluye la crónica que citamos- que provienen de las circunstancias históricas que lo condicionan en su comienzo y en la evolución de su vida. Los valores fundamentales están presentes en todos, pero cada lugar exige una adaptación especial. Así también la fundación del Uruguay tiene algunas notas peculiares y la vida irá plasmando otras. El papel preponderante y decisivo que ha tenido en su erección el obispo del lugar hará que la nueva comunidad se sienta íntimamente unida a la Iglesia local. Esta inserción en la Iglesia local no compromete en nada el ritmo de su vida monástica, ya que tanto el obispo como el clero y el pueblo de Uruguay saben muy bien lo que pueden pedir a un monasterio y a sus monjes y lo que no pueden esperar de él y de ellos. Otra característica será la de “pequeña comunidad”. Esta modalidad puede favorecer la vivencia más total y más exigente de la comunión fraterna y crea un marco de simplicidad familiar muy particular. La misma celebración de la liturgia, que constituye uno de los valores fundamentales de la espiritualidad y de la tradición benedictina, presentará un aspecto de mayor simplicidad. Pero siempre dentro de la seriedad y dignidad que exige dicha celebración”.

#### ***2.4. Monasterios benedictinos femeninos***

Según la más remota tradición en Hispanoamérica, los monasterios femeninos no se originaron por trasplante de comunidades peninsulares a América, sino por generación espontánea y a veces muy criolla. Un grupo de mujeres piadosas solía recogerse en alguna casa para adoptar, después de algunos años de convivencia, algunas de las Reglas religiosas más difundidas. También era usual que recibieran su formación de los capellanes de la rama masculina de la respectiva orden religiosa. Así el monasterio de monjas más antiguo del Cono Sur, el de las “isabeles” de la ciudad de Osorno se constituyó en 1574. Trasladadas las religiosas a la capital, después de la destrucción de Osorno por los indios en 1602, adoptaron la Regla de San Francisco. A partir de 1970 las descendientes de estas primeras monjas ocupan el monasterio abandonado por los Padres benedictinos en Puente Alto.

En 1606 en Asunción del Paraguay doña Francisca de Bocanegra fundaba una casa de recogimiento. En Buenos Aires, Juana de Saavedra tenía similar iniciativa. Pero más fama y duración alcanzarían las fundaciones de la familia Tejeda en Córdoba: en 1612 doña Leonor de Tejeda daba origen a lo que serían las monjas catalinas (dominicas); en 1628 Juan de Tejeda fundaba las teresas (carmelitas). Aunque estas fundaciones monásticas femeninas no se inspiraron en la Regla de San Benito, nos proporcionan el telón de fondo del movimiento monástico benedictino femenino en el Cono Sur.

##### *2.4.1. Abadía de Santa Escolástica , Victoria (1941)*

Es imposible hacer la historia de la comunidad benedictina más numerosa del Cono Sur, la abadía de Santa Escolástica, sin detenerse en el grupo inicial de señoritas que bajo la conducción del P. Andrés Azcárate se preparó para formar el primer monasterio femenino de la Argentina. En este grupo se destacaba Elena Santangelo, que había asistido el 4 de octubre de 1919 a la solemne toma de posesión de la capilla de la calle Olleros 2342 por parte de los PP. benedictinos. Siguió las clases de gregoriano con el P. Nicolás Rubín, la integración en el coro gregoriano, la asistencia asidua y rezada al oficio divino y la vocación benedictina se fue arraigando más y más en su corazón. En 1925 murió su madre y Elena sintió que había llegado el momento de dejarlo todo por Cristo. Por indicación del P. Azcárate escribió al monasterio de San Benito de Estella, en Navarra. Los reyes de Navarra habían fundado el cenobio en el siglo X; siempre fue habitado por monjas benedictinas y en 1616 lo había restaurado el obispo benedictino de Pamplona, D. Prudencio de Sandoval, quien también había construido la iglesia.

Vale la pena citar parte de su presentación a la abadesa de Estella<sup>87</sup>:

“Amada madre: Soy una señorita de veintiséis años, de quien su director, el R. P. Andrés Azcárate, dará más informes. Deseo ardientemente abrazar la vida benedictina, que me encanta, para entregarme a Dios sin demora y para siempre. Mi salud no es muy buena, a veces me siento con pocas fuerzas, pero confío en que mi Padre San Benito me ayudará con su valiosa protección”.

El contraste entre su debilidad corporal y la magnanimidad de su alma iba a ser una característica de su santidad. Iba a entrar a la vida monástica con el “firme propósito de ser una santa benedictina”, más aún: “de serlo pronto” y de “aspirar a ello con atrevida confianza”. En coherencia con estos principios escribiría más tarde, desde su monasterio de Estella:

“He sentido desde el principio del noviciado un deseo renovado y acrecentado de ofrecerme al Señor el día de mi profesión, como pequeña e ignorada víctima por todos los míos y los de esa querida ciudad (de Buenos Aires) que tan poco ama a Dios”.

Hizo cuanto pudo por obtener de sus confesores el permiso para hacer voto de víctima. Deseó -y consiguió- morir joven.

Pero volvamos al orden de los sucesos: En la vigilia de Navidad de 1926 recibió la carta de la madre abadesa de Estella. De inmediato decidió postergar su lectura hasta el día siguiente. El 25 de diciembre abrió el sobre: contenía el mensaje de su aceptación como aspirante. Su padre le suplicó que postergara por un año su viaje; fue inútil. En abril de 1927 Elena Santangelo partía a España “para vivir escondida con Cristo en Dios”. Fue recibida con cariño: “He sentido en seguida la impresión de la vida familiar, característica de la Orden”, escribiría en carta a sus amigas de antes; y una monja de Estella diría de ella: “La simpatía que irradiaba toda su persona nos cautivó inmediatamente”.

Elena podría haber ingresado en otro monasterio contemplativo de su patria; sin embargo prefirió exiliarse porque “su vocación era la alabanza divina”. Escribiría: “Seguir las festividades de nuestra Madre la Iglesia es lo que más satisface mi vida”. Muy pronto sería la organista de la comunidad. “Hay en todas las cosas un orden y una tranquilidad tal que encanta”, escribe en carta del 7 de junio de 1927. En carta del 5 de julio agrega:

“Todo aquí es medido y a su hora y siempre observando el mismo orden, que es lo que más nos encanta; pues cada minuto, a cada momento sabemos tranquilamente lo que debemos hacer; y esto es un gran descanso para el alma, que no tiene que turbarse con la preocupación de lo que será más acertado, sino seguir en todo la vida regularmente y llegar así a no tener más preocupación que la de amar cada vez más a Jesús, que tan gratuitamente nos prefirió a tantas otras”.

Concienzudamente se preparó para su toma de hábito que tendría lugar el 18 de noviembre de 1927, al día siguiente de la fiesta de santa Gertrudis. Fue el abad de Silos, D. Luciano Serrano, el mismo que había prodigado sus cuidados a la joven comunidad de San Benito de Buenos Aires, el que en San Benito de Estrella la investiría con el sagrado hábito y que la honraría con el nombre religioso de Sor Gertrudis de Nuestra Señora de Luján. El tema de la predicación en esta ocasión fue la vocación de Abraham y su salida de patria y familia.

La novicia Sor Gertrudis reconocía su principal tarea ascética, su programa de noviciado en el desapego de todo, en el abandono de su tendencia espontánea a “aficionarse a algo”. La abadesa escribe al P. Azcárate que Sor Gertrudis le había dicho: “En sus manos, madre mía, me entrego; el P. Azcárate me ha encomendado mucho que sea con usted como una hija y que le tenga mucha confianza

---

<sup>87</sup> Cf. Anónimo, *La primera benedictina argentina, Sor Gertrudis de Nuestra Señora de Luján (Elena Santangelo) monja de la abadía de Estrella*, Buenos Aires 1959.

y quiero obedecer”. En consonancia con esto la joven novicia se esmeraba en lo que la Regla de San Benito llama el quinto grado de humildad, es decir, la confianza abierta Y sincera frente a los superiores.

Pero también en el octavo grado de humildad de la Regla que prescribe que “el monje en nada se salga de la regla común del monasterio, ni se aparte del ejemplo de los mayores”, se aficionaba la joven argentina. Decía una compañera de noviciado: “Lo que más me llamó la atención en Sor Gertrudis fue su amor a la vida común, el hacer lo que hacían todas. Parece que su divisa era: ‘Lo que todas, como todas, donde todas, cuando todas’. De allí su silencio, que fue haciéndose más profundo con los años, hasta culminar en el silencio total de la afonía que la aquejó en sus últimos meses de vida. Comentaba jocosamente: “La pobre Sor Gertrudis, tan habladora, tendrá que escuchar. Jesús me ha quitado la voz, sin duda para que me corrija de mi defecto de habladora en los recreos”. Con todo, no era una melancólica. Lo que más le gustaba eran precisamente los recreos y las conversaciones con las hermanas. De este modo su amor al octavo grado de humildad la llevaba directamente al noveno que enseña “que el monje reprima su lengua para hablar y guardando silencio no hable hasta ser preguntado”.

Hizo sus primeros votos en noviembre de 1928, estando el P. Nicolás Rubín de Buenos Aires en Estella. Desde el comienzo de su noviciado había sentido el deseo de ofrecerse ese día como “una pequeña e ignorada víctima por el pueblo porteño”. Pidió permiso para ello algunos meses antes, en carta a su M. abadesa.

“Este deseo no es de un día, por eso me atrevo a decírselo como confidencia de hija, aprovechando sus palabras de ayer. Aún no he pedido la debida bendición para hacer a Jesús esta entrega, que ansiaría ofrecer el día de la profesión, pues temo el engaño de mi imaginación bastante soñadora. Encomiéndeme, Madre mía, y pese ante Jesús Sacramentado lo que le digo en muy secreta confidencia; y si Él le inspira algo, aquí aguarda su hija si no, por favor, sea vuestra merced la primera en desengañarme”.

Un mes más tarde escribe en el mismo sentido al P. Azcárate. También recibe su confidencia su confesor. Como es de comprender, todos se mostraron reticentes, aconsejándole prudencia y obediencia y negándole finalmente el permiso. Entonces comprendió de improviso que la obediencia era el holocausto más perfecto Y que la profesión religiosa significaba ya la entrega total y que no requería otro voto suplementario para llegara ser aquella víctima “pequeña e ignorada” que ansiaba ser. Al P. Azcárate le comunicaba, tiempo después de sus primeros votos:

“Firmemente resuelta como estoy a hacer la voluntad de Dios, me he sujetado a los consejos de sus representantes, sin decaer en mi intento, y así, en el momento en que por los votos me consagré al Señor, me ofrecí a Él en unión con Jesús, como holocausto, en una entrega total sin reservarme nada. Le pedí que, si acaso es agradable, nos dé a todos las luces necesarias para que tampoco -lo que Dios no permita- por un temor de que sea demasiado, frustremos los divinos designios, ya que de la criatura más débil puede, si Él quiere, hacer un instrumento capaz”.

Por encima de los cálculos humanos Jesús aceptó la ofrenda que le era había presentada con la humilde porfía de las personas verdaderamente inspiradas. Sor Gertrudis de Luján, que en su noviciado había gozado de salud estable y que incluso había conseguido subir de peso, después de sus primeros votos comenzó a sentirse aquejada de una tos persistente, que pronto derivó en afonía. Nunca pidió nada especial, quería pasar inadvertida incluso en su enfermedad. Asistía a los ensayos de canto, a pesar de su afonía.

El 21 de noviembre de 1931 en la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen hizo sus votos solemnes; le quedarían sólo dos años de vida y un poco más. Nada le haría desistir de su propósito de “sufrir mucho en poco tiempo, sin buscar consuelos ni apoyos humanos, para ser pronto una nota



armoniosa en el concierto de la creación”. Citaba, como expresión de su estado de ánimo el versículo del salmo 141: “Sácame de la prisión, y daré gracias a tu nombre”.

Tal como ella lo deseaba, sus sufrimientos fueron intensos y no solo los de orden físico, sino ante todo los provenientes de las purificaciones del alma. Poseemos un valioso testimonio del P. Julián Alameda sobre esta última y dolorosa noche oscura de Sor Gertrudis. En carta al P. Azcárate revela:

“El primer año que di los ejercicios (en Estrella), en el rato que Sor Gertrudis pasó conmigo, no muy largo, saqué la convicción de que era un alma escogida, no porque me revelase cosas extraordinarias que pasasen por su interior, o dones extraordinarios. Al contrario. Pero palpé que era un alma enteramente olvidada de sí, humilde, con sed de solo Dios y con el único temor de ofenderle. *Pasaba entonces por unas tinieblas muy densas.* Y a pesar de que era claro como la luz del mediodía que no había motivo para aquellas congojas, todas las razones vi que resultaban estériles. *Comprendí con esto que se trataba de purificaciones pasivas de orden místico y no insistí*”.

Su unión con Cristo Crucificado se hizo intensísima el Viernes Santo de 1934, estando ya postrada en cama. A la hora del mediodía sufrió un abatimiento terrible, que le impulsó a pedir lo que no había hecho nunca: la compañía de una hermana. Alarmados le llevaron el viático. Sor Gertrudis sentía una sed devoradora y un dolor muy agudo en la garganta, junto con dificultades en la respiración. No faltó ni siquiera este significativo detalle atmosférico: el día había sido hermoso, pero súbitamente una terrible tormenta de viento y agua cayó sobre la ciudad. El capellán administró a la enferma la unción de los enfermos. Su muerte se produjo al día siguiente, durante la misa de gloria del Sábado Santo, mientras la comunidad entonaba el *Aleluya* pascual. Una vez constatado su deceso el capellán, en vez de entonar el tradicional “De profundis”, hizo que todas las religiosas presentes cantasen el “Te Deum”. En el mismo instante las campanas de la ciudad tocaban a gloria.

Sor Gertrudis de Luján había dicho cierta vez: “Debo ser como el incienso: aunque feo y tosco antes de ser quemado, sube al contacto del fuego su grato aroma y no tiene absolutamente otro objeto que el que presta en el culto divino. Me parece que todo mi ser debe ser consumido, pero enteramente como alabanza”.

Podemos concluir esta superficial reseña de una vida extraordinaria constatando con mirada de fe que cuando el Sábado Santo 31 de marzo de 1934 Sor Elena Gertrudis de Nuestra Señora de Luján Santangelo Vassolo, a los treinta y tres años de edad y seis de santo hábito, entregó su valiente alma al Señor, se había colocado en realidad la primera piedra del monasterio de Santa Escolástica de Buenos Aires, cinco años antes de que el 8 de diciembre de 1939 tuviera lugar ese acto en lo que llamamos la historia “real”. Al igual que D. Pedro Subercaseaux en Chile, Sor Gertrudis de Luján, dio lo más precioso de sí para que hubiese un monasterio de alabanza divina. Ambos son “fundamentos” en el mejor sentido de la palabra Y sus acciones ahora casi legendarias, siguen engendrando vida, no sólo en Las Condes Y en Santa Escolástica, sino en todos los monasterios del Cono Sur.

Pero volvamos al hilo de nuestra historia: El estallido de la guerra civil española en 1936, obligó al P. Azcárate a recurrir a otra casa benedictina patrocinadora de las primeras vocaciones argentinas y esta fue la abadía de Santa María de Sao Paulo, Brasil. A partir de 1937 se habían establecido los contactos epistolares con aquella casa, después que la donación de una manzana de terreno en Punta Chica, Victoria, por parte de la señora María Ester Peralta Martínez de Marín, en septiembre de 1936, había abierto la posibilidad de edificar un monasterio. Por fin, el 25 de abril de 1939 partía para Santa María el primer grupo de postulantes integrado por Matilde Santangelo, hermana de la primera benedictina argentina, Marta Saralegui, Marta Pasman, Britta Goldkuhl, María Rosa de Navares y María Crespo. Después de la misa de despedida en la capilla del Santo Cristo de la calle Villanueva, la señora de Marían regalaba otra hectárea de terreno, junto a la anterior. El 1 de mayo de 1939 ingresaban las postulantes en Santa María, donde las había precedido Hildegardis Pasch dos meses antes. Posteriormente se agregarían al grupo de São Paulo las postulantes Celina Zuberbühler, María Cristina Llosa y Ernestina Ricci.

En São Paulo fueron recibidas con intensa caridad materna por la Rvma. Madre abadesa Gertrudis Cecilia da Silva Prado, fundadora a su vez de la abadía de Santa María. A través de esta casa madre paulina la futura abadía de Santa Escolástica se iba a entroncar con un árbol genealógico benedictino de los más gloriosos. Séanos permitido remontarlo, aunque sea someramente, para aquilatar la herencia espiritual de la abadía femenina bonaerense:

En 1623 Catalina de Gascoigne, hermana de dos monjes ingleses de la abadía exilada de Douai se reunía en Cambrai con Elena More, tataranieta de santo Tomás Moro y siete otras jóvenes para formar un monasterio de monjas benedictinas. El 31 de diciembre de 1623 fue el día de su toma de hábito y en 1629 Catalina se convertía en la primera abadesa de lo que se llamaría el Monasterio de Nuestra Señora de la Consolación. Su largo y fecundo abadiado alcanzó hasta el año 1673, plasmando, con su director espiritual, el famoso monje Dom Agustín Baker, OSB, el perfil espiritual de aquella comunidad. En 1793; durante la Revolución francesa, las monjas benedictinas son internadas junto con las carmelitas en Compiègne, escapando en 1795 a Inglaterra, su patria de origen. En 1823 recuperan el derecho de usar el hábito, que la sociedad protestante de su tiempo les vedaba; en 1835 adquieren la propiedad de Stanbrook, pero recién en 1838 pueden trasladarse a ella. En 1871 tiene lugar la consagración de la iglesia de la abadía de Nuestra Señora de la Consolación y se puede por fin establecer la clausura regular. Se establecen contactos con la abadía solesmense de Santa Cecilia y varias monjas de Stanbrook recibirán su formación en aquel monasterio, bajo el influjo del mismo Dom Guéranger.

D. Miguel Kruse, abad de la restaurada abadía de São Paulo en el Brasil había tenido noticias de aquella casa benedictina inglesa y al presentarse la primera postulante, Gertrudis da Silva Prado, en 1907 decidió enviarla a ella para hacer su noviciado. En 1909 se agregaba a esta primera novicia benedictina brasilera la señorita Elena Ariani, oriunda de Bahía y al año siguiente la señorita María José de Oliveira, de familia carioca, que con el nombre de M. Plácida de Oliveira iba a convertirse muchos años más tarde en la primera abadesa de Santa Escolástica. En 1911 el grupo de monjas retornaba al Brasil con la intención de fundar en São Paulo la primera casa monástica femenina bajo la Regla de San Benito. Desgraciadamente falleció durante el viaje la superiora inglesa, de modo que la Madre Gertrudis da Silva Prado se convirtió en primera superiora y en 1918 en primera abadesa de Santa María de São Paulo. Fue ella, pues, la que como dijimos, recibió a las primeras postulantes argentinas en 1939 y la que les dio a su retorno en 1941 como superiora su propia maestra de novicias, la M. Plácida de Oliveira.

Las postulantes argentinas recibieron en Sao Paulo una formación monástica muy completa. Tres monjes de São Bento les dieron clases de historia eclesiástica y monástica, además de latín. Mientras la segunda guerra mundial devastaba Europa, en Buenos Aires y Sao Paulo se desarrollaban singulares sucesos de paz y gracia en torno a la futura fundación. El diario que D. Andrés Azcárate llevaba -y que es otro de aquellos documentos monásticos básicos que requieren ser publicados algún día- nos ilustra fehacientemente sobre aquellas silenciosas bendiciones. Por un lado en Buenos Aires D. Andrés se afanaba diariamente por todos los detalles de la construcción de la futura abadía en el predio de Victoria en los suburbios de la capital, viviendo de apremios, desengaños, soledades y súbitos auxilios; por el otro lado, en São Paulo el grupo de las postulantes y novicias argentinas se entregaba tan de lleno a su alta vocación que no daba que hablar más que para bien y encomio. Ambos sucesos se entrelazan misteriosamente: la oscura perseverancia de D. Andrés Azcárate entre ladrillos, sacos de cemento y constructores que le presentaban cuentas que a veces no sabía cómo saldar y allá lejos la serena firmeza de las jóvenes religiosas que seguían su camino “recto tramite”, sin que fallase una sola. La historia inicial de Santa Escolástica carece de aquel cúmulo de falencias, cobardías y capitulaciones ante el tentador que tantas veces se entremezclan con las acciones más heroicas de una época de fundación monástica. Alegres y gozosas partieron al Brasil dejándolo todo, sin rodeos se enderezaron a sus primeros votos y una vez depositada su ofrenda primicial en el altar de Santa María de São Paulo volvieron a la Argentina para comenzar sin titubeos su vida de benedictinas. Esto último ocurría el 16 de setiembre de 1941. El pequeño grupo, encabezado por la Rvda. M. Piora Plácida de Oliveira y la maestra de novicias M. Mectildis Medeiro do Paço y formado por siete monjas

argentinas, cinco brasileras y una alemana, la Hna. Hildegardis Pasch, fue recibido con entusiasmo en el puerto por gran cantidad de familiares y amigos. A su llegada al monasterio Mons. Cabo Montilla las saludó en nombre del señor arzobispo de La Plata y con emocionadas palabras les expresó la alegría de la diócesis por contar con un nuevo centro de oración y alabanza divina. Lo hizo con la cita del profeta Isaías: “Cuán hermosos son los pasos de los que anuncian la Buena Nueva, de los que anuncian la paz”. Luego el P. Azcárate leyó la carta de donación del monasterio y las monjas entraron en la nueva morada que con tanto desprendimiento y sacrificio les había levantado el padre prior de San Benito de Buenos Aires. El 16 de septiembre de 1941, con la hora de Completas comenzó la alabanza divina en Santa Escolástica. Las fundadoras encontraron un monasterio casi totalmente construido, formado por toda la planta baja, el claustro y las dependencias que lo rodean. El día 8 de diciembre de 1939 se había colocado la piedra fundamental. “Me acompañaron en la ceremonia - escribe el P. Azcárate- de diácono y subdiácono respectivamente los PP. Javier Gelós, prior de la abadía del Niño Dios y Fermín de Melchor, subprior de San Benito. En 1945 se terminaría la construcción de la iglesia abacial, donación de los esposos Mauricio Marsengo y Sara Wilkinson. La consagraría el 26 de mayo de 1945 el archiabado de la Congregación brasilerá, D. Lorenzo Zeller, dedicándola a Nuestra Señora de la Paz.

En Buenos Aires las monjas continuaron en su labor de formación monástica. Además de las clases de sus propias maestras recibieron clases de Sagrada Escritura dictadas por el P. Eleuterio González, conferencias sobre la vida monástica del P. Azcárate y Bruno Ávila y clases de canto del P. Nicolás Rubín. La semilla benedictina femenina comenzaba a crecer silenciosa y rápidamente, más rápidamente -justicia es reconocerlo- que en los monasterios de monjes. Una ruda decepción herirá sin embargo el generoso corazón del P. Azcárate: el habría querido formar con sus primeras monjas y el monasterio de San Benito (quizás también con el de Las Condes, que por esa época comenzaba a sentirse desamparado por Solesmes) algo nuevo: una congregación benedictina hispanoamericana o argentina. Las autoridades brasileras en cambio -y esto es comprensible- consideraban la fundación de Santa Escolástica como primer retoño del monacato femenino brasileró y la enmarcaron firmemente dentro de las estructuras jurídicas de la congregación benedictina del Brasil. Como lógica consecuencia de esto el promotor y fundador de la vida benedictina femenina en la Argentina quedaba más y más marginado de su obra preciosa y querida sobre todas. Sin embargo, en su retiro de ancianidad en el monasterio de Leyre, el P. Azcárate vería cumplirse un día también ese anhelo; con la formación de la Congregación benedictina del Cono Sur a partir de 1970 y de su oficialización en 1976, Santa Escolástica y sus fundaciones pasaban a formar parte de aquella organización monástica prevista con mirada de precursor por el P. Azcárate.

Mientras tanto el crecimiento de la comunidad iba encontrando también su confirmación externa y el 15 de enero de 1947 se firmaba en Roma el decreto de la erección del priorato de Santa Escolástica en abadía. La noticia llegaba al monasterio el 10 de febrero, día en que las comunidades de San Benito y Santa Escolástica celebraban juntas la fiesta de la hermana de Benito. El 13 de abril del mismo año recibió la bendición abacial la M. Plácida de Oliveira.

#### *2.4.1.1. La primera abadesa, M. Plácida de Oliveira (1947-48)<sup>88</sup>*

Había nacido el 28 de noviembre de 1886 en Río de Janeiro en el seno de una distinguida familia. A los veintitrés años dejó su patria para ingresar en la abadía de Nuestra Señora de la Consolación de Stanbrook, Inglaterra (1909) y en 1911 volvía a su patria en el grupo de monjas que bajo la dirección de la M. Gertrudis Cecilia da Silva Prado iba a echar los cimientos de la primera abadía de monjas benedictinas de América Latina, es decir, la abadía de Santa María de São Paulo. Su celo e iniciativa la destacaron siempre para ocupar cargos de confianza y responsabilidad y así fue maestra de novicias de la primera generación de jóvenes argentinas y cuando se trató de hacer la fundación de Buenos Aires ella fue nombrada priora. Con este cargo dirigió el monasterio de Santa Escolástica desde sus comienzos en 1941 y en 1947 fue nombrada abadesa.

---

<sup>88</sup> Cf. Inés MARTÍNEZ ECHENIQUE, *Trazos biográficos de la Madre Plácida María José de Oliveira*, Buenos Aires 1968.

En los primeros años de la fundación la M. Plácida no sólo debía implantar la vida monástica en esta nueva casa, sino también acabar de formar a las profesas trienales que constituían la mayor parte de la comunidad. Su certera visión hizo que Santa Escolástica fuera desde el primer momento un monasterio argentino. Supo armonizar la formación monástica con la adaptación al lugar, usos, modalidades y circunstancias de este país.

La consagración de la iglesia fue una de las principales metas de su vida en la Argentina. Según una inspiración suya una monja hizo el boceto del mosaico de la Reina de la Paz que luciría en el frente de la iglesia. Con sus propias manos hizo el molde del nuevo sagrario, que debía tener la forma de tienda para simbolizar la morada del que se encarnó y “puso su tienda entre nosotros”. Por su indicación se diseñaron los bajorrelieves que figurarían en los capiteles y los vitrales. Impulsaba todos los trabajos. Disponía, dirigía, elegía, inspiraba; hablaba con el arquitecto, el orfebre, los pintores; toda su alma estaba puesta en aquella construcción.

Tenía la M. Plácida una hondura espiritual extraordinaria, cimentada en la lectura de la Palabra de Dios, de los Santos Padres, en el estudio atento de la liturgia. Esto, unido a su temperamento alegre, picaresco, plácido, a su agudeza e intuición, su capacidad de amistad, la hacía persona atrayente y permanentemente joven. Según testimonio de una de sus hijas religiosas se percibían en ella con abundancia los frutos del Espíritu: magnanimidad, benignidad, tolerancia, paz y sobre todo irradiación de alegría dentro de una gran libertad espiritual. Vibraba con la vida de la Iglesia. Cuando su “querido Pío XII” nombró treinta y dos cardenales al término de la guerra mundial escribió: “Esto llenó de gozo mi corazón, pensando en la grandeza -de la Santa Iglesia, única que en este mundo de tantos odios y divisiones, reúne en su seno todas las naciones... Ahora, con estos nuevos cardenales pienso que no tardará el Concilio Ecuménico y la proclamación del dogma de la Asunción de la Virgen, pero también creo que por entonces no estaré viva, puesto que ofrecí mi vida por la proclamación de este dogma. Ven Señor Jesús, no tardes. Pero tengo las manos vacías... *In te Domine speravi*”.

Poco antes de cumplir un año de su elección como abadesa, el Señor vino a buscar su alma enriquecida de méritos y gracias, para llevarla a gozar de la recompensa eterna. La Reina de la Paz, titular de la iglesia abacial en cuya consagración y embellecimiento había puesto tanto empeño fue la celestial embajadora de este dichoso tránsito. En efecto, su fiesta, el 24 de enero, se convirtió para la primera abadesa de Santa Escolástica en aurora de la paz eterna. Con clarividencia de santa había hecho dibujar la imagen de Nuestra Señora de la Paz con las palabras “Maranathá”. Sus restos descansan a la sombra de la imagen de esta advocación que se venera en el claustro del monasterio. Durante su gobierno se construyó y se consagró la iglesia abacial y se edificó el primer piso del noviciado y el cuerpo de edificio para las hermanas externas. Entre los trabajos de las monjas se destacó desde un principio el taller de ornamentos sagrados y el comienzo de la imaginería (sólo estampas). Con la llegada de nuevas candidatas argentinas la mayoría de las brasileras retornaron a Santa María, quedando en Victoria como únicas brasileras la madre abadesa y la priora M Bonifacia Diniz Barreto. En 1948 eran ya diecisiete las profesas argentinas y tres las novicias.

#### *2.4.1.2. La segunda abadesa, M. Mectildis Cecilia Santangelo (1948-1977)*

Desde que los padres benedictinos se instalaron en Olleros 2342, muy cerca del hogar de la familia Santangelo, Mectildis, al igual que su hermana mayor Elena participó ampliamente de las actividades parroquiales, colaborando sobre todo en la liturgia. Desde muy joven (había nacido en 1903) se inició en el canto gregoriano, dirigida por el P. Nicolás Rubín y fue directora de coro muchos años. Cuando dejó Buenos Aires para ingresar a Santa María la sucedió en ese cargo María Elena Lagos, que pocos años después pasaría a integrar la comunidad de Santa Escolástica. Había hecho su noviciado en el Brasil y su profesión solemne el 21 de noviembre de 1943, junto con las otras seis fundadoras argentinas. Fue nombrada subpriora en 1945 y priora en 1947 cuando se erigió en abadía el priorato simple. Fue elegida abadesa el 22 de febrero de 1948 y bendecida el 14 de abril del mismo año por el nuncio Mons. José Fietta, el mismo que tantos méritos tuvo en la fundación del monasterio de Los

Toldos. Después de un fecundo abadiado de casi treinta años renunció a su cargo el 10 de abril de 1977.

Siguió y desarrolló en su gobierno la línea esbozada por la M. Plácida, ante todo en el aspecto del amor y de la obediencia a la Iglesia en sus pastores, en la preocupación por una ejecución digna y hermosa del oficio divino, en la formación espiritual e intelectual de sus monjas. El amplio programa de clases que se había inaugurado casi junto con la llegada de las fundadoras a Victoria, siguió desarrollándose con la ayuda de los Padres de San Benito y también de la abadía del Niño Dios. Es de destacar la dedicación del P. Pedro Dessein de la abadía victoriense quien pasaba sus “vacaciones en Santa Escolástica”, haciendo de capellán y siempre a disposición de todas. Fue también muy apreciada la enseñanza de teología que brindó durante muchos años el R. P. Luis Faulconier, O.P. En el año 1957 la M. María Cándida Cymbalista comenzó a dar clases a la comunidad, con lo cual se elevó la formación de muchas hermanas y se desarrollaron estudios de filosofía, patología, teología, sicología, ética y metafísica. Ella fue la eficaz colaboradora de la M. Mectildis en el estudio y comentario a la comunidad de los documentos de la Iglesia, particularmente los del Concilio Vaticano II. Todo ello configuró una línea firme, segura y constante en la espiritualidad del monasterio. Esto hizo posible que las monjas de Santa Escolástica asumieran la dirección de la revista “Cuadernos monásticos” en 1969, aunque habían colaborado en ella desde su fundación en 1966; más tarde emprendieron la traducción de los textos patrísticos para el oficio de lecturas de la Liturgia de las Horas; colaboraron con los padres trapenses de Azul en la traducción de las obras de los padres cirtercienses; con la Comisión de Liturgia en la traducción de las oraciones del Misal del Altar. Posteriormente agregaron los trabajos de traducción y selección de textos patrísticos para la Editora “Patria Grande”.

De acuerdo con la tradición espiritual benedictina, junto a esta actividad intelectual de alto nivel se desarrolló en Santa Escolástica el humilde trabajo manual de los talleres. Al taller de ornamentos y de imaginería se agregaron por aquellos años la zapatería, la panadería, la encuadernación, el taller de tejidos, el de mecanografía. El taller de arte se diversificó en la producción de estampas, de textos impresos, de íconos, rosarios y cruces. La Hna. externa María José Lambert tomó a su cargo la preparación de niños para la Primera Comunión y para la Confirmación, con un promedio anual de sesenta a ochenta niños para la Comunión y de treinta para la Confirmación y una marcada tendencia al aumento. En 1955 el capellán P. Emilio Santamaría OSB de San Benito comenzó a organizar las oblatas. De veintiuna personas pasaron a cincuenta y siete, para mantenerse actualmente en el nivel de la treintena.

En materia de construcciones también hubo avances notables bajo el gobierno de la M. Mectildis: en 1953 se construyó otra ala de celdas; en 1958, locales adecuados para los talleres; en 1959 nuevamente un ala de celdas. En 1966 se efectuó la remodelación del presbiterio de acuerdo con las normas del Concilio. Por último hay que mencionar los trabajos de la sacristía y de la hospedería.

El crecimiento de la comunidad en estos años fue constante. Al morir la primera abadesa M. Plácida había diecisiete profesas y cinco novicias (incluidas las de hermanas externas). En 1955 fueron treinta y seis las profesas y tres las novicias; en 1965 se llegó a la cúspide con setenta y cinco profesas y seis novicias. Como en aquel año se hizo la fundación del Uruguay en los años siguientes el número de profesas bajó a sesenta y uno.

Sin duda que lo que más marcó el tiempo del gobierno de la M. abadesa Mectildis, especialmente en su segunda época, fue el Concilio Vaticano II. Demás está decir que la comunidad se dedicó asiduamente al estudio de los documentos conciliares y a su aplicación inmediata y constante. La renovación se realizó progresivamente, pero sin pausa, evitándose así los desmantelamientos apresurados que tanto daño hicieron en otras comunidades. En el oficio divino se adaptó la nueva distribución de los salmos llamada al principio “sistema Füglistner” y oficializado en 1977 en el “Thesaurus liturgiae horarum monasticae” con el nombre de “Esquema B”. Esta distribución se adoptó en casi todos los monasterios del Cono Sur. Junto con la nueva distribución de los salmos se introdujo el uso del castellano, sin dejar de mano totalmente el gregoriano en latín, sobre todo en la Misa dominical y diaria. Esa adaptación fue posible gracias al exquisito talento musical de la M. Mectildis y

a su capacidad para la composición de música inspirada en melodías y ritmo gregoriano o surgida de su propia inspiración, pero conservando siempre ese ritmo libre que da tanta agilidad y vuelo al canto gregoriano. Se conservó el canto de -las vísperas en latín una vez por semana.

Obedeciendo al decreto “Perfectae caritatis” n° 15, se realizó la unificación de la comunidad, que ya había comenzado, suprimiendo algunas costumbres por las que se hacía más notoria la división entre monjas conversas y de coro o capitulares. Actualmente todas las religiosas de la comunidad tienen los mismos derechos y deberes. También se retiraron de los locutorios la doble reja que los dividía, conservando la separación prescrita por la Iglesia.

No acaba en esto la transformación interior y exterior obrada en los años sesenta. Por orden cronológico queremos mencionar aquí: a) las fundaciones de Santa Escolástica en dicha época y b) su integración en el movimiento monástico del Cono Sur

a) *Las fundaciones*: El crecimiento constante de la comunidad suscitó un sentido de responsabilidad por otros países y monasterios. La primera tarea externa que asumió la M. Mectildis fue el auxilio a la comunidad de monjas bernardas de Lima, que constituían un monasterio, el de la Sma. Trinidad, fundado en 1584 bajo la Regla de San Benito. Más adelante, al tratar los monasterios femeninos circitercienses, nos referiremos con más detalle a esta singular fundación. El hecho es que con el correr de los siglos aquel monasterio fue viniendo a menos y haciendo más necesario el recurso a una ayuda externa. Las pocas monjas que aún residían en el monasterio se dirigieron al abad primado de la Orden benedictina D. Benno Gut, quien en 1961 decidió poner el asunto en manos del P. Azcárate. Este ya había tenido contactos con la comunidad desde el año 1946. La magnanimidad y el sentido eclesial del padre abad de San Benito de Buenos Aires y de la madre abadesa de Santa Escolástica lo hizo decidirse en favor de aquella difícil empresa de restauración de la vida monástica en la ciudad virreinal. El 23 de julio de 1962, siete monjas argentinas, encabezadas por la R.M. María Josefina Acevedo Sojo, partieron rumbo a Lima, acompañadas por el Rvmo. P. Azcárate. El 30 del mismo mes las siete monjas peruanas quedaban oficialmente incorporadas a la nueva comunidad benedictina. Desafortunadamente una serie de circunstancias adversas, entre ellas la renuncia y partida a España del P. Azcárate el año 1963 y la inexistencia por aquel entonces de la Congregación del Cono Sur que podría haber respaldado con más recursos aquella delicada misión limeña, frustraron a los pocos años la buena voluntad de las monjas argentinas. Junto con ellas retornaron a Santa Escolástica algunas de las monjas peruanas.

En contraste, fue muy feliz la implantación en el Uruguay. El 29 de enero de 1965 partían rumbo al Uruguay, acompañadas por el Rvmo. P. abad Lorenzo Molinero de San Benito de Buenos Aires, cuatro monjas argentinas y cinco uruguayas. Al día siguiente, 30 de enero, Mons. Orestes Nuti, SDB, obispo de Canelones, inauguraba oficialmente la fundación bajo la advocación de Santa María, Madre de la Iglesia. En su lugar hablaremos más extensamente del primer monasterio benedictino en la República oriental.

Sin ser fundaciones propiamente tales, manifiestan también el sentido eclesial de la madre abadesa Mectildis la ayuda personal prestada primero al monasterio de Santa María Madre de la Unidad, de monjas benedictinas italianas, en Santiago del Estero y a partir de 1970, al monasterio de Santa María de Guadalupe en Cuernavaca, México. En esta última casa colaboran actualmente dos religiosas de Santa Escolástica.

b) *Movimiento monástico del Cono Sur*: Una de las más fecundas proyecciones del Concilio fue el acercamiento de los monasterios del Cono Sur entre sí y la constitución en marzo de 1966 de una “Conferencia de superiores monásticos del Cono Sur” que en 1969 pasó a llamarse “Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur” y que agrupa los monasterios benedictinos y circitercienses, tanto masculinos como femeninos de Argentina, Chile y Uruguay. Santa Escolástica colaboró desde el primer momento con dicha institución, la que a partir de 1966 ha realizado encuentros monásticos anuales y desde la misma fecha ha patrocinado la revista “Cuadernos monásticos”. Dicha revista es

editada en Santa Escolástica, siendo su directora a partir de 1969 la M. María Cándida Cymbalista, OSB.

Igualmente prolífica fue la colaboración de la abadía en la Pre-congregación del Cono Sur, a partir de su formación en 1970 y su integración a la Congregación del mismo nombre oficialmente aprobada por Roma en 1976.

#### *2.4.1.3. La tercera abadesa, M. María Leticia Riquelme (a partir de 1977)*

Dos detalladas crónicas en la revista “Cuadernos monásticos” (1977, pp. 247 y 357) dieron cuenta de la elección y bendición de la tercera abadesa de Santa Escolástica. Extractaremos de ellas lo más útil para nuestra recopilación. El día 25 de abril se realizó la votación, presidida por el Sr. obispo auxiliar de San Isidro, Mons. Justo Oscar Laguna, acompañado por el padre abad presidente de la Congregación del Cono Sur, D. Eduardo Ghiotto, OSB. Actuaron como escrutadores el R. P. Prior de Luján, D. Martín de Elizalde y el R. P. Gabino Mendía, del mismo monasterio. Resultó electa la M. María Leticia Riquelme, quien hasta ese momento se desempeñaba como vice-priora y auxiliar del noviciado. Teniendo sólo treinta y cuatro años, debió ser postulada, por lo cual recién pudo ser confirmada el 28 de abril. Ese mismo día el P. Prior de Elizalde presidió la ceremonia de la instalación de la nueva abadesa. La bendición abacial tuvo lugar el 5 de junio del mismo año, domingo de la Santísima Trinidad, presidiendo la concelebración el Sr. obispo auxiliar de San Isidro, Mons. Justo Oscar Laguna, junto al padre abad presidente de la Congregación del Cono Sur, D. Eduardo Ghiotto, los superiores monásticos de todas las casas del Cono Sur y más de veinte sacerdotes del clero secular y regular. El lema elegido por la nueva abadesa era “Abrazados a la verdad, crezcamos en la caridad”.

La M. María Leticia Riquelme nació en Asunción del Paraguay el 6 de junio de 1943 y siendo aún niña se trasladó con toda su familia a la Argentina. Hizo sus estudios en el colegio de las Hermanas de la Misericordia y luego cursó filosofía en la Universidad Católica Argentina. Interrumpió estos estudios para ingresar a la abadía de Santa Escolástica el 25 de enero de 1965, donde hizo su profesión solemne el 25 de marzo de 1971. Poco después de esta fecha fue elegida consejera y en 1974 vice-priora. Puede decirse que recibió su principal formación en el monasterio a través de la M. María Cándida Cymbalista, quien desde 1964 ocupa el cargo de maestra de novicias, además de priora.

Bajo la nueva abadesa se continuó con la actividad intelectual tan destacada en Santa Escolástica. A las reuniones de toda la comunidad para estudiar y releer la Regla de San Benito se agregan las clases de teología dictadas por el R. P. Domingo Basso, O.P., las de filosofía por el profesor Emilio Komar y las clases de metafísica para el noviciado por parte de la profesora Guadalupe Ojea Quintana.

En materia de edificación en el año 1978 se volvió a remodelar el presbiterio y el coro de las hermanas. Se abrió una amplia puerta en la reja para facilitar la participación en la celebración eucarística.

Sin duda que lo más notable de este tercer período abacial es la generosa empresa de fundaciones de Santa Escolástica realizadas con cortos intervalos en 1977 en San Luis, en 1978 en Rafaela y en 1979 en Córdoba. Con ello el número de monjas profesas en la abadía quedó reducido a treinta y nueve; sin embargo, la afluencia de nuevas vocaciones da fundadas esperanzas de recuperación. En su lugar trataremos de cada una de las tres casas fundadas por Santa Escolástica. La madre abadesa viajó personalmente a cada uno de los lugares señalados y organizó con juvenil energía la magna labor de la triple implantación. Todas las fundaciones fueron recibidas con alegría y agradecimiento por parte de los habitantes de los lugares en que se radicaron y cuentan con el apoyo decidido de los respectivos obispos y sacerdotes. Las tres comunidades se están “haciendo” en la paz y en la alegría.

#### *2.4.2. Monasterio “Santa María Madre de la Iglesia”, Uruguay (1965)*

En la génesis del primer monasterio benedictino del Uruguay uno de los más abnegados promotores fue el benemérito sacerdote salesiano P. Arturo Mossman Gros, asesor de la “Asociación de estudiantes y profesionales católicas” de Montevideo. Fue él quien orientó a las primeras vocaciones uruguayas a la abadía de Santa Escolástica desde los tiempos de la primera abadesa M. Plácida de Oliveira. Fue así que en 1945 ingresó al noviciado Sor Águeda Fernández y dos años más tarde (aunque su primer llamado fue anterior) Sor Maura Esteban, que profesaron respectivamente en 1947 y 1948. El móvil de su entrada en religión había sido la vida contemplativa y la liturgia, sin ninguna intención de retornar a su patria. Sin embargo, el círculo de familiares y amigos de las novicias uruguayas, encabezado por el P. Mossman y las señoritas Teresa y Adelina Hughes García Lagos, se dispusieron desde el primer momento a promover una futura fundación, formando para ese efecto el llamado “Círculo benedictino”. Una de las características más hermosas de las fundaciones monásticas del Uruguay sería el activo empeño y la sacrificada colaboración para lograrlas de este y otros grupos de laicos. A las dos primeras vocaciones orientales vinieron a juntarse con el correr del tiempo otras tres.

Hasta fines de 1955 todo estuvo en pedir, rezar y esperar la anhelada fundación. En enero de 1956, la madre abadesa Mectildis, acompañada por Sor Maura Esteban, viajó por primera vez a Montevideo, para gran felicidad del Círculo benedictino y del P. Mossman. Las señoritas Teresa y Adelina Hughes García Lagos prepararon una entrevista con, una prima de ellas, Manuelita Sanguinetti García Lagos, dueña de algunos terrenos en El Pinar, y que les había manifestado el deseo de hacer una donación para una obra de la Iglesia. Enamorada de la espiritualidad benedictina, que conocía a través de los libros de D. Columba Marmion, vio con alegría que se presentaba la oportunidad de realizar sus deseos. “Madre Mectildis y yo -escribe Sor Maura Esteban- acompañadas de mis amigas fuimos a La Floresta y allí, en la playa, Manuelita Sanguinetti le prometió a la M. Mectildis darle parte de un terreno suyo para la fundación. Este terreno era un gran arenal plantado de pinos”.

Transcurren tres años. Teresa y Adelina Hughes venden estampas y objetos confeccionados en Santa Escolástica y junto con el P. Mossman mantienen viva la llama perseverante del “Círculo benedictino”. En 1959 la madre abadesa Mectildis volvía a Montevideo, esta vez acompañada de Sor Brígida. Se confirmó la donación del terreno y de parte de la madre abadesa la promesa de la fundación. En noviembre de aquel año se llenan las formalidades del caso y las tres hectáreas del Pinar pasan a ser propiedad del monasterio de Santa Escolástica, destinado a la fundación. Pocos días después, Manuelita Sanguinetti, quien hacía tiempo estaba muy enferma, falleció. La muerte de esta entusiasta colaboradora parecía que iba a detener el primer impulso, pues además de la donación del terreno ella pensaba continuar ayudando a la obra. Pero Teresa y Adelina Hughes no se desanimaron: sostenidas por el consejo y la dirección del P. Mossman, comenzaron a hacer reuniones en su casa con los familiares y amigos de las monjas y todos los que se interesaban por la espiritualidad benedictina. Estas reuniones se hacían con toda regularidad, se rezaba un salmo que comentaba el P. Mossman, se hacía la lectura de un capítulo y se conversaba acerca del modo de obtener los medios necesarios para ayudar a la fundación.

En 1961 vino a Montevideo a predicar un retiro el P. Luis Cazalou, OSB, de San Benito de Buenos Aires y, puesto en contacto con el Círculo benedictino, procedió a solicitar entrevista con el Sr. Cardenal arzobispo de Montevideo Antonio María Barbieri, para tratar de la fundación. La entrevista fue muy auspiciosa y el Sr. Cardenal manifestó su vivo interés por el proyecto. El P. Cazalou, junto con informar al Círculo benedictino, dio su consejo sobre la manera de organizar los trabajos para obtener fondos. De inmediato se organizó un comité que hizo prodigios de orden, trabajo y buena voluntad. Se acumularon donaciones grandes y entre ellas -el rasgo merece una mención especial- la de un niño que se privaba de tomar Coca-Cola para contribuir con esos “fondos” al proyecto de los grandes.

En un viaje que las señoritas Hughes hicieron a Buenos Aires conversaron de su: campaña pro-fundación con el P. Azcárate. Éste les sugirió que para apresurar la fundación se desistiese por el momento de edificar en el terreno donado por Manuelita Sanguinetti y se buscara una casa alquilada. Esto dio nuevas alas a los laicos benedictinos, verdaderos oblatos “avant la lettre”, para agilizar sus



diligencias. En 1963, después de muchos y admirables afanes, se encontró por fin una casa apropiada en la región de Barros Blancos, Pando. Primero se pensó en alquilarla, pero al surgir el problema del muro de clausura, que según comunicación del padre abad presidente de la Congregación del Brasil era imprescindible, se hizo el esfuerzo -compartido nuevamente por muchos- de comprar la casa. Las HH. Maura Esteban y María Inés Escudero, ambas uruguayas, fueron encargadas de viajar a la banda oriental para inspeccionar el futuro hogar de las benedictinas. El P. Mossman ya estaba muy enfermo y, presintiendo su fin, trataba de urgir las soluciones. El 16 de marzo de 1964 aquel infatigable Juan Bautista de la fundación se durmió en la paz del Señor. El grupo benedictino, animado con su recuerdo, su enseñanza y su ejemplo, siguió adelante.

Otro hijo de San Juan Bosco, el señor obispo de Canelones, Mons. Santiago Orestes Nuti, continuó, y en forma aún más decisiva, la misión del fallecido P. Mossman. Tanto la casa de Barros Blancos como el terreno donado en el Pinar estaban situados en su diócesis, de modo que fue este pastor el que el 30 de enero de 1965 dio la bienvenida al grupo de fundadoras, que el día anterior había partido de Santa Escolástica. Emociona recordar que el mismo sería el que recibiría en su diócesis a los monjes benedictinos cuando estos vinieron a fundar en diciembre de 1976 el monasterio de La Pascua. Mons. Nuti había estado visitando la abadía de Santa Escolástica, como más tarde visitaría la del Niño Dios, para alentar y auxiliar los retoños monásticos en su jurisdicción. Dada la importancia de Mons. Nuti en esta modesta historia creemos de valor citar textualmente el testimonio de una de las monjas benedictinas:

“Un rasgo habría que destacar: la asistencia discreta y eficaz de Mons. Nuti en todas y cada una de las etapas de nuestra historia. Comienza aceptándonos gozosamente en su diócesis. Alienta y apoya en todo momento al grupo de amigos que forma el círculo benedictino Arturo Mossman. Nunca pone el menor obstáculo en lo referente a permisos, autorizaciones etc., y en todo lo que está a su alcance, facilita lo necesario para que la fundación sea realidad. Recibe paternal y alegremente al grupo fundador y en los primeros tiempos su presencia amiga es una fuerza con la que todos sabemos, se puede contar. Su consejo prudente su información exacta, su cariño por la obra, su aprecio nada común por la vida monástica, hacen de él el Padre, el pastor imponderable de los primeros tiempos y de siempre”.

El contingente fundador estaba integrado por las siguientes monjas: Hna. Maura Esteban, uruguaya y primera priora; Hna. Marta María Caviglia, uruguaya, vicepriora; Hna. María Julia Sánchez Terrero, argentina; Hna. Agueda Fernández, uruguaya; Hna. Mónica Hegoito, uruguaya, Hna. Catalina Gómez, argentina; Hna. Ana Gabriela Casalá, argentina; Hna. María Inés Escudero, uruguaya; Hna. María del Carmen Ferraro, argentina. Luego se agregaron a la comunidad: Hna. Plácida María Zorrilla, en 1965; Hna. María Susana Bove, en 1966; Hna. Matilde Soldo, en 1968; Hna. María Eugenia Suárez, en 1969; Hna. Inés Martínez Echenique, en 1969; Hna. María Estefanía Tamburini, en 1970. Algunas de ellas regresaron posteriormente a la casa madre.

El nuevo monasterio recibió el nombre de “Santa María, Madre de la Iglesia”, por el hecho de que el Papa Pablo VI había oficializado aquella advocación de la Santísima Virgen en la penúltima sesión del Concilio, la de 1964, y ello manifiesta la sensibilidad eclesial de la abadía de Santa Escolástica.

Los primeros años, fecundos y dolorosos como en la historia de todos los monasterios, se circunscriben en el caso de “Madre de la Iglesia” a un lugar y un tiempo muy definidos: Barros Blancos, desde enero de 1965 a diciembre de 1969, en que se realizó el traslado al lugar definitivo en El Pinar. Lo mejor será escuchar el relato de una de las monjas fundadoras:

“Pasados los primeros días fue necesario enfrentarnos con la realidad concreta que se presentaba ante nosotras. Deseábamos y teníamos que vivir de nuestro trabajo. El Círculo benedictino nos había regalado la casa y el campo; la abadía madre contribuyó costeadando las adaptaciones necesarias de la casa y durante el primer tiempo nos envió una mensualidad. Ante nuestra inexperiencia se abría un amplio horizonte. ¿Qué hacer? ¿Cómo hacerlo?

“La casa, situada en una zona pobre y rural, estaba enclavada en el centro de un campo de nueve hectáreas, en el Uruguay de 1965 en donde ya se perfilaba el duro período

socioeconómico que tendría que vivirse en los años siguientes. Los amigos de la primera hora comprendieron que la mejor manera de ayudarnos era conseguirnos un trabajo adecuado. Fue así como una amiga nos regaló una máquina de tejer y otra nos enseñó a manejarla y nos consiguió mercado para los tejidos. Otra amiga consiguió una moto niveladora, un tractor. Luego un vecino aró parte del campo y sembramos algunas hectáreas con maíz, zapallos y otras verduras. Nos regalaron los primeros pollos, rudimento de un soñado “gallinero modelo” que no llegó a concretarse totalmente. Una vaca, prestada por otro amigo, ayudaba a nuestra alimentación.

“Después de muchos tanteos, lentamente se fueron perfilando los trabajos que actualmente son la base de nuestra economía: alfajores, tejidos, miel y luego la hospedería. en donde pensamos se realiza de un modo particular nuestro servicio a la Iglesia local.

“La Providencia nos regaló desde el primer momento una buena asistencia espiritual Nuestros primeros capellanes fueron los salesianos de la casa de formación del Manga. Las celebraciones diarias de la Eucaristía eran el alimento sólido que centraba y alentaba nuestras jornadas. Luego tuvimos como capellanes a los Padres redentoristas canadienses y hoy día a un Padre franciscano.

“En resumen: dos cosas hemos buscado desde los primeros días de Barros Blancos: a) Ser una comunidad orante, como claramente nos lo había pedido la Iglesia local a través de su obispo; ser una comunidad donde los sacerdotes, seminaristas, religiosos y todo el pueblo de Dios pudiesen encontrar la oración vivida diariamente; b) Tener un trabajo serio y rentable que permitiera vivir sencilla y decorosamente”.

Durante el año 1967 maduró la idea de edificar un nuevo monasterio en El Pinar, en los terrenos donados por Manuelita Sanguinetti. Aunque se apreciaba mucho la zona de Barros Blancos, la chacra y la casa que con tanto amor había conseguido y regalado el Círculo benedictino, se veía la dificultad de ampliar la construcción primitiva, que era una casa de familia y el beneficio que suponía construir, partiendo de cero, un monasterio de acuerdo al estilo de vida benedictino.

Era indispensable vender la chacra para poder construir el nuevo monasterio. En enero de 1968 aparecía el primer interesado por la compra de la casa. Desde ese día hasta el 19 de agosto de 1969 se vivió intensamente la problemática de tal situación, con las visitas de los posibles compradores.

Confiado en la Providencia de Dios, se decidió de todas maneras comenzar la obra y se pidió también una contribución a *Adveniat* a través de Mons. Nuti. El arquitecto Fernández Capurro, cuñado de Sor María Inés, asumió la dirección de la obra y trabajó en el proyecto del monasterio, que fue luego considerado en comunidad.

El 21 de abril de 1968, fiesta de san Anselmo y sábado anterior al Domingo in Albis, se colocó la piedra fundamental del nuevo monasterio en una hermosa celebración que presidió Mons. Nuti y a la que asistió toda la comunidad y numerosos amigos y bienhechores. A los dos días, el lunes 23 de abril, se comenzó la construcción, gracias a la generosidad de la abadía madre de Santa Escolástica, que había donado la herencia de dos hermanas con ese fin.

Transcurrió el año 1968 en la alegría de saber que se estaban cavando los cimientos de la nueva casa y en la preocupación por la dificultad que se encontraba para vender la chacra de Barros Blancos. Por fin, al terminar unas rogativas que se habían rezado por esa intención, el 27 de junio de 1969, llegó la carta de *Adveniat*, concediendo 45.000 marcos y al mes siguiente, 31 de julio, apareció el comprador de la chacra, que concretó el negocio el día 19 de agosto. La construcción, que por falta de recursos había tenido que detenerse por unos meses, volvió a cobrar vida y siguió a toda marcha hasta que el 16 de diciembre de 1969 la comunidad pudo mudarse al nuevo monasterio. Unos días antes parte de la comunidad se había turnado en pasar el día en el monasterio del Palmar para hacer las limpiezas y ordenar la casa, preparándola lo mejor posible para su bendición. Ésta se realizó el 29 de noviembre, presidida nuevamente por Mons. Nuti, en un clima de verdadero asombro y alabanza a Dios por ver ante los ojos de todos el sencillo monasterio de ladrillos y tejas rojas, que un año antes había sido un difuso sueño.

Con el envío de *Adveniat* se pudo completar el proyecto inicial, que comprendía las tres alas de que consta el monasterio. Como oratorio se usó durante un período de cuatro años (1969-1974) un salón que estaba planificado para la hospedería en una posible ampliación posterior.

El traslado a la sede definitiva del monasterio Madre de la Iglesia hizo posible una irradiación más pronunciada de los ideales monásticos. El 3 de enero de 1970 se realizó en el nuevo monasterio la primera reunión de todas las contemplativas del Uruguay, que se constituyeron en el URCU, Unión de Religiosas Contemplativas del Uruguay. La idea había sido de Mons. Nuti y participaron las monjas clarisas, carmelitas, salesas y benedictinas.

Del 20 al 25 de octubre de 1971 sesionó en “Madre de la Iglesia” la VI Reunión de la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur, con el tema de “La oración monástica, hoy”. La reunión fue una de las más cordiales y fructíferas, significó un enriquecimiento espiritual para la comunidad anfitriona e incentivó el movimiento en favor de una fundación de monjes. En esta ocasión se tuvo algo así como un primer capítulo general de la incipiente Pre-congregación del Cono Sur, inaugurada en 1970. Al término de aquellos inolvidables días de fraternidad e intercambio se realizó la visita canónica por parte del P. Eduardo Lagos, prior de Las Condes y presidente de la Pre-congregación. En aquella visita se resolvió pedir a la Santa Sede la erección canónica como priorato conventual.

El 16 de setiembre de 1972 el monasterio “Madre de la Iglesia” era erigido en priorato conventual. Por la mañana, en capítulo, la madre abadesa Mectildis Santangelo nombraba priora conventual a la M. Plácida María Zorrilla y recibía de las monjas el pedido de traslado de su estabilidad de Santa Escolástica a Madre de la Iglesia. Por la tarde una Misa concelebrada, presidida por Mons. Nuti, realzaba aquel acontecimiento.

Quizás en ninguna otra fundación se hizo esperar tanto la llegada de las primeras vocaciones autóctonas. El 16 de marzo de 1973 -novenio aniversario del fallecimiento del P. Mossman- se abrió el noviciado con la primera candidata y el 5 de enero de 1977 tenía lugar la primera profesión simple.

Una etapa importantísima en la historia del monasterio fueron los años 1973-1974, con la construcción del nuevo oratorio y de la hospedería. En ella fue decisiva la acción del P. Eduardo Lagos. En sus visitas el Presidente de la Pre-congregación se convenció de la necesidad de que el monasterio dispusiera de una hospedería con mayor capacidad que la de la única habitación que tenía hasta entonces; pero para este efecto había que disponer del espacio que ocupaba el oratorio. A fines de 1972 la comunidad pedía al arquitecto Fernández Capurro que hiciera el presupuesto. El mismo arquitecto había hecho antes las reformas necesarias en la primera casa de Barros Blancos y después había construido el nuevo monasterio. Aunque la perspectiva de poder edificar nuevamente parecía utópica, dada la situación económica del país, las monjas hicieron caso al P. Lagos y le comunicaron la suma aproximada de lo que podría costar una construcción sencilla. El P. Lagos viajó a Europa para el Congreso de abades de 1973, con la idea de conseguir de algún modo el dinero necesario. Terminado el Congreso, visitó la abadía de Egmond, en Holanda, donde en una conversación refirió el caso del monasterio “Madre de la Iglesia” del Uruguay. Providencialmente el padre abad podía disponer en esos días del legado familiar de uno de sus monjes y así aquella abadía holandesa ofreció generosamente la ayuda. En octubre del mismo año el P. Lagos, en el locutorio de “Madre de la Iglesia”, entregaba a la alborozada comunidad el dinero regalado por los monjes de Egmond. Lo que siguió fue “edificante” en el mejor sentido de la palabra: la comunidad en varias reuniones familiares planificó e ideó el oratorio, como centro vital del monasterio y de la vida de cada una de las monjas. El arquitecto Fernández Capurro pudo comenzar en abril de 1974 la construcción. En mayo visitaba la comunidad el que escribe estas líneas, para predicar el retiro anual. Se convino en centrar ese retiro en el tema del “Templo” y de la “casa de Dios”, con el objeto de disponerse espiritualmente a la Dedicación de la iglesia, que se fijó para el 28 de setiembre del mismo año. En varias charlas se preparó posteriormente a los obreros de la construcción y a todos los fieles amigos del monasterio para la liturgia de la Dedicación. Ésta se realizó de acuerdo con el ritual reformado del Vaticano II que aparecía por esos mismos días y fue un prodigio de preparación cuidadosísima y de alegre

colaboración de todos. Para mayor exactitud insertamos de nuevo el testimonio de una de las religiosas:

“Llegó el 28 de septiembre. La víspera se hizo la mudanza al nuevo oratorio, terminado en un tiempo récord, y se cantó como primera hora canónica la de Sexta. En Completas participó de nuestra oración el arquitecto que había pasado para apreciar la iluminación y la acústica. El 27 tuvimos oficio de mártires en el locutorio grande, frente a las reliquias de los santos Severo, Elpidia y Gracia, que el P. Lorenzo Molinero, ex-abad de San Benito de Buenos Aires, nos había regalado. El 28 por la mañana tuvimos en el nuevo oratorio el oficio de Laudes de la Dedicación y luego se rezó Tercia, uniendo a esta hora un acto penitencial del que participaron el P. Eduardo Lagos, el P. Mauro y el P. capellán Josu, que hicieron de confesores en el mismo.

“El 28 por la tarde, a las 16 horas, empezó la liturgia de la Dedicación. Se había previsto que en el parquecito frente al monasterio hubiera lugares para los que deseaban confesarse y de hecho hubieron muchas confesiones. En la mañana había llovido, pero en ese instante empezó a despejarse el tiempo y a salir el sol. La procesión se inició en el camino de acceso al monasterio. Veníamos cantando y llevando las reliquias de los mártires que habían estado expuestas a la veneración de los fieles, desde la mañana. En el atrio estaban esperando los obreros y el arquitecto, que debía hacer entrega del edificio al obispo, que era Mons. Nuti. Éste, a su vez, entregaba las llaves del oratorio a la madre priora, para que abriera las puertas, que hasta ese momento habían permanecido cerradas. Con el canto del salmo 23 entramos a la nueva casa de Dios, nueva y reluciente. No detallamos todo el resto del rito de la consagración, que se destaca por ser una verdadera catequesis sobre el sentido de la Iglesia y por su gran belleza plástica. Jamás habíamos tenido una celebración como aquella, tan plena y tan participada. Al final hubo un gesto muy espontáneo de un hermano holandés protestante, que pidió poder plantar un arbolito al costado del oratorio, en recuerdo de aquel día. Con la misma espontaneidad el señor obispo hizo salir a toda la concurrencia, que en el lado de afuera formó un círculo alrededor del hermano, y éste, con gran alegría, plantó su arbolito”.

Terminado el oratorio se podía pensar en el arreglo de la hospedería. De nuevo se elaboraron en varias sesiones comunitarias las pautas que se presentaron y consultaron con el arquitecto. De nuevo, una ayuda de *Adveniat* venía a facilitar el lado financiero del proyecto. Se levantaron los tabiques, aprovechando la estructura exterior que ya estaba hecha. Las ventanas sirvieron tal como estaban y se abrió una puerta al exterior para los huéspedes. Resultó una hospedería de cinco habitaciones, dos baños, un comedor y office, además de la pieza de huéspedes con baño privado, que existía desde antes. Así en 1975-76 entró en funciones esta nueva hospedería.

La fundación del monasterio “Madre de la Iglesia” había coincidido con la clausura del Concilio Vaticano II y por lo tanto con toda la renovación litúrgica por él impulsada. El monasterio creció en medio del dinamismo de una liturgia renovada: la proclamación de la Palabra de Dios en nuestra lengua, las primeras concelebraciones, la comunión bajo las dos especies, la homilía diaria, fueron las primicias iniciales de la laboriosa renovación que iba enriqueciendo y conformando los primeros pasos de la vida comunitaria. La aparición del salterio en traducción del P. Luis Alonso Schökel, la nueva distribución de los salmos y la adaptación de los modos gregorianos realizada por el P. Meinrado Hux de Los Toldos y la madre abadesa de Santa Escolástica abrieron la puerta a una renovada oración del oficio divino. Así, poco a poco, iba surgiendo, junto con la comunidad, la forma de su alabanza.

Un acontecimiento gozoso e importante para la comunidad fue la llegada, el 9 de diciembre de 1976, de los monjes benedictinos de la abadía del Niño Dios, para hacer una fundación en la misma diócesis de Canelones.

El 19 de julio de 1977 tuvo lugar la visita del Sr. Cardenal Pironio, Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos. Con motivo de ella se reunieron en “Madre de la Iglesia” todas las religiosas contemplativas del Uruguay.

El año 1978 significó un nuevo avance: la elección de la primera madre abadesa. Reproducimos el hermoso aviso que comunicaba esta buena noticia a los demás monasterios:

“La comunidad del monasterio Santa María, Madre de la Iglesia, quiere decirles su gran alegría. Su Madre Priora, Plácida María Zorrilla, desde el Jueves Santo, es su primera Abadesa y la bendición abacial le será conferida por nuestro obispo el día 8 de mayo, en la fiesta de Nuestra Señora de Luján, a las 9 horas. Que Jesús Resucitado nos bendiga y nos colme a todos con su paz”.

En la Eucaristía de ese día 8 de mayo, presidida por Mons. Nuti, concelebraron también Mons. Nicolini y varios monjes y sacerdotes amigos. En el Tercer Encuentro Monástico Latinoamericano, que tuvo lugar en Buenos Aires a fines de ese año, la M. Plácida María Zorrilla participaba ya en calidad de abadesa.

La sucesión de las superiores antes de la M. Zorrilla fue la siguiente: M. Maura Esteban (1965); M. Plácida Zorrilla (1965-1967); M. Marta María Caviglia (1967-1969); M. María Inés Martínez Echenique (1969-1972); M. Plácida Zorrilla (1972).

Muchos otros acontecimientos que configuran la trama de la historia de Santa María, Madre de la Iglesia, grandes y pequeños, han sido omitidos. Con los que hemos allegado a esta crónica creemos que es posible formarse una idea de lo que las monjas benedictinas aportaron al Uruguay, más aún a todo el Cono Sur, ya que es una de las gracias de esta comunidad el haber servido, quizás mejor que ninguna otra, a aunar la caridad fraterna de los monjes argentinos, chilenos y uruguayos, ya que todos ellos han podido dar su aporte y ser integrados de algún modo en este hermoso don de Dios a las tierras americanas que se llama “Santa María, Madre de la Iglesia”.

#### *2.4.3. Monasterio Nuestra Señora de la Fidelidad, San Luis (1977)*

Apenas elegida la madre abadesa M. María Leticia Riquelme, el Sr. obispo de San Luis, Mons. Juan Rodolfo Laise, OFM Cap., hizo un pedido de fundación a la abadía de Santa Escolástica. La diócesis de San Luis había sido erigida y constituida por la bula “Nobilis Argentinae nationes Ecclesia”, del 20 de abril de 1934. Fue su primer obispo Mons. Pedro Dionisio Tibiletti, quien tomó posesión de la nueva diócesis el 24 de febrero de 1935. Su segundo obispo fue Mons. Emilio A. di Pasquo, el tercero Mons. Carlos María Cafferata y el cuarto el actual.

El 9 de julio de aquel año, poco después de ser bendecida como abadesa. la M. María Leticia, acompañada por la M. Priora María Cándida Cymbalista, la Hna. María Yvette Aguerre y por el padre abad presidente de la Congregación del Cono Sur, D. Eduardo Ghiotto, visitaron “Villa Fátima”, casita que el obispo ofrecía para iniciar la fundación, antes que se procediese a encontrar el lugar para edificar el monasterio definitivo. No sólo aprobaron aquella casa, sino que experimentaron la fe y caridad de los puntanos. Entre los varios laicos que colaboraron activamente en que se concretase la fundación se destacó y se destaca la familia Abdala.

El 15 de agosto, después de haber hecho los trámites de la fundación, la madre abadesa comunicaba la nómina de las monjas destinadas a San Luis. Eran la M. María Gloria Zapata como priora y las MM.: Basilia Portillo como vice priora, María Crespo Victoria, María Mercedes del Carril, Pía Zanini, María de Luján López Guerra y Beatriz Ponce. Desde aquel mismo día ellas hicieron empeño en formar comunidad en torno al nombre-programa de la fundación “Nuestra Señora de la Fidelidad” con el lema de “Cantemos a la Roca que nos salva” y su escudo: una roca sobre fondo azul, dominada por una cruz.

El 6 de diciembre partía el grupo fundador en avión hacia San Luis. Recibidas por el Sr. obispo y alojadas en la casa de las Hermanas de Nuestra Señora del Rosario, las hermanas tomaban sus primeros contactos con el mundo puntano. El día 7 a las 20 horas tuvo lugar la solemne recepción en

la catedral de San Luis, repleta de fieles. Encabezaba la procesión de entrada el Sr. Obispo, acompañado de sus sacerdotes y del R. P. José Veronesi, OSB, superior de Nuestra Señora de la Paz, que con afecto de hermano acompañó a las fundadoras en los primeros días. Seguía después el grupo de las siete fundadoras encabezado por la madre priora, que llevaba la cruz de la fundación. Aquella cruz estuvo durante toda la misa sobre el altar.

“Al atravesar el atrio -relata una de las religiosas- empezaron a tocar las campanas y a aplaudir los fieles; pero dentro de la catedral sólo se oía el órgano y se respiraba silencio, reverencia, en una palabra, la religiosidad, la fe de este pueblo fiel de San Luis”.

Terminada la misa, se formó la caravana de automóviles en dirección a las sierras del Chorrillo. “Villa Fátima” estaba iluminada, colmada de religiosas, amigos, bienhechores y familiares. El Santísimo, traído desde la catedral, fue colocado en el sagrario. Cuando la concurrencia se retiró, las monjas inauguraron el oficio divino del nuevo monasterio con la oración de Completas. El día 8 de diciembre se celebró la primera misa, oficiada por Mons. Laise y el R.P. José Veronesi. Unos doscientos fieles habían venido a pie los siete kilómetros desde la ciudad, rezando el rosario y cantando a la Santísima Virgen.

Comenzó después de este gozoso comienzo la vida cotidiana en la pequeña casa de las monjas.. El Sr. obispo las visitaba a menudo. En 1978 recibieron la visita del padre abad primado D. Víctor Dammertz, OSB, acompañado del padre abad presidente Ghiotto y de nuestro procurador en Roma, P. Giuseppe Tamburrino. El P. Diego Correa, O.P., les hacía clases de patrología, el P. Francisco Robles, OSB, de Niño Dios, les dio un cursillo de liturgia; en 1978 les predicó los ejercicios espirituales el mismo P. Diego Correa, O.P., y en 1979 el P. Mauro Matthei, O.S.B.

El problema más importante que se planteó a la comunidad desde un principio fue la búsqueda de un lugar apropiado para edificar el futuro monasterio. Al principio se pensó en la región del Volcán, más tarde hubo-tratativas serias con respecto a ubicarlo en las mismas sierras de Chorrillo, para que en 1980 la decisión se hiciera por la región del Suyuque.

La historia de “Nuestra Señora de la Fidelidad” está aún por hacerse, pero quien conoce al pequeño grupo de las fundadoras sabe que todo se hará en la cotidiana perseverancia sobre aquella “Roca que nos salva”.

#### *2.4.4. Monasterio “Nuestra Señora de la Esperanza”, Rafaela (1978)*

El escudo de la tercera fundación de Santa Escolástica (y segunda bajo el gobierno de la madre abadesa María Leticia Riquelme) muestra el ancla, símbolo de la esperanza y su lema es “Alegres en la esperanza, constantes en la oración”. La ciudad de Rafaela en la provincia de Santa Fe, Argentina, próspera y activa, quizás estaba menos preparada para recibir un monasterio de monjas contemplativas, pero la extraordinaria actividad de su nuevo obispo, Mons. Jorge Casaretto, y la comisión por él formada de sacerdotes, laicos y religiosos, hizo posible no sólo la fundación del monasterio, sino también un recibimiento lleno de alegría, cordialidad, comprensión y amistad del grupo de las nueve monjas fundadoras.

Mons. Casaretto había solicitado esta fundación ya antes de su ordenación episcopal y había expresado: “En mi primer acto de gobierno quiero monjas benedictinas en Rafaela”. En el primer aniversario de su institución como obispo pudo ver realizado su deseo, gracias a su tesón y al dinamismo de la madre abadesa de Santa Escolástica, que se animó a nombrar un grupo de nueve religiosas fundadoras aún antes de que saliera de la abadía el grupo anterior, destinado a Nuestra Señora de la Fidelidad en San Luis. El 3 de marzo de 1978 salían de Santa Escolástica con rumbo a Rafaela: La M. Priora María Luisa Storni y las MM. Lucía Calderón, Ana María Santangelo, Bernarda Bianchi di Cárcano, María Sofía Bledel, Agustina Ozuna, María Francisca Leva y Lydia Hernández. Su instalación provisoria se hizo en la casa de retiros “El Encuentro”, de propiedad diocesana, situada

sobre la ruta 34 a diez kilómetros de Rafaela, con el ánimo de edificar posteriormente el monasterio definitivo en el fondo de la misma propiedad. En ese momento la casa de ejercicios quedaría de nuevo íntegramente dedicada a esa actividad.

El 5 de marzo de 1978, Domingo “Laetare”, quedaba inaugurado oficialmente el nuevo monasterio en una festiva concelebración eucarística presidida por el, obispo diocesano. Lo acompañaban Mons. Justo Oscar Laguna, obispo auxiliar de San Isidro quien también había estado en la ceremonia de despedida de las fundadoras en Santa Escolástica- Mons. Emilio Bianchi di Cárcano, obispo auxiliar de Azul, Mons. Edgardo Storni, obispo auxiliar de Santa Fe y el P. Eduardo Ghiotto, abad del Niño Dios y Presidente de la Congregación del Cono Sur. Participaban además treinta sacerdotes de la diócesis, otros sacerdotes amigos y varios monjes de la comunidad de Niño Dios.

“Hermanas -decía el obispo Mons. Casaretto en su homilía- ustedes han dicho que quieren ser en la diócesis los labios que cantan en nombre de toda creatura la oración de la iglesia, el corazón que medita en silencio la palabra de Dios y las manos que trabajan para ganarse el pan y para ayudar a los más necesitados”.

Y más adelante:

“La Iglesia diocesana adquiere hoy una dimensión que no tenía. En el monasterio la diócesis descansa, reza, alimenta su esperanza en la venida del Señor”.

Terminada la concelebración el Sr. obispo procedió a instalar el Santísimo Sacramento en el oratorio y, acompañado por la comunidad, recorrió el monasterio bendiciéndolo. Después de que los presentes saludaron a cada una de las religiosas el obispo diocesano se quedó con ellas para rezar la hora de Completas, con lo que quedaba inaugurado el oficio divino en la nueva casa de las hijas de san Benito en Rafaela.

*Adveniat*, que se ha mostrado tan generoso en todas las fundaciones benedictinas, ha colaborado también con Nuestra Señora de la Esperanza en la en la construcción de su nuevo monasterio, cuya primera ala quedaba terminada en 1979. A dos años de sus comienzos la comunidad rafaelina ya ha cobrado vigorosos impulsos convirtiéndose en un centro importante de oración y espiritualidad.

#### 2.4.5. Monasterio “Gozo de María”, San Antonio de Arredondo, Córdoba (1979)

Extractamos de una crónica de “Cuadernos monásticos” (Nº 50, p. 253) los datos más importantes para la historia de los comienzos de esta cuarta fundación de Santa Escolástica en la provincia de Córdoba, a cuarenta kilómetros de la capital provincial. Cuando en julio de 1977 la madre abadesa María Leticia recorrió los diferentes lugares que se habían señalado para posibles fundaciones, concretó en primer lugar la de Nuestra Señora de la Fidelidad en San Luis y la de Nuestra Señora de la Esperanza en Rafaela. Antes de regresar a Buenos Aires y acompañada por la madre Priora M. Cándida Cymbalista, la Hna. María Yvette Aguerre y el padre abad Presidente de la Congregación del Cono Sur, estimó útil hacer una visita a la reciente fundación de Nuestra Señora de La Paz en Calmayo y festejar con los hermanos de aquella casa el día 11 de julio, solemnidad de san Benito. El mismo día, pasando por la ciudad de Córdoba, la pequeña comitiva fue a saludar al Sr. Cardenal Raúl F. Primatesta. Al no encontrarlo en su residencia, fueron atendidos por uno de sus obispos auxiliares, Mons. Alfredo Disandro, actualmente obispo de Villa María. En el curso de la conversación surgió el equívoco de que Mons. Disandro pensó que las benedictinas venían a tratar una fundación en Córdoba. Tanto el padre abad Presidente como la madre abadesa aclararon varias veces que se acababan de hacer dos fundaciones y que por el momento no se podía pensar en una tercera. Con todo, a su vuelta a Buenos Aires, la madre abadesa recibió un pedido “muy hermoso a la vez que prácticamente irrecusable” del Sr. Cardenal Raúl F. Primatesta, pidiendo oficialmente la fundación, en una propiedad cercana a la de los PP. benedictinos en Calmayo. Sin saber aún cómo realizar esto en concreto, pero viendo en ello la voluntad de Dios, la comunidad de Santa Escolástica se movilizó para las diligencias

iniciales. Por parte de la curia cordobesa se nombró como representante al obispo auxiliar, Mons. Karlic, asistido por varios laicos. Se vio entonces que era más conveniente desplazar la fundación de la remota Calmayo a un lugar más accesible en San Antonio de Arredondo, a siete kilómetros de Villa Carlos Paz. Allí los PP. Franciscanos habían ofrecido una propiedad de seis hectáreas, en la cual se encontraba un viejo convento, edificado en 1891, que los Padres habían dejado para ocupar una casa más moderna y funcional. Este pequeño convento, de líneas arquitectónicas no exentas de rústica belleza, era cedido a las monjas en calidad de préstamo hasta que llegara el momento de hacer la casa definitiva, más en los fondos de la propiedad. El P. Provincial de los Franciscanos hacía notar en varias ocasiones que con esta donación devolvía a los benedictinos el regalo que éstos habían hecho a su Padre san Francisco al cederle la capilla de la Porciúncula.

Por tercera vez en tan poco tiempo, más exactamente el 22 de noviembre de 1978, se comunicaba en el capítulo de Santa Escolástica la nómina de las fundadoras. Eran éstas: M. María Cándida Cymbalista, como priora; la M. Gloria Elena Rams como vice-piora y las siguientes hermanas: Jerónima Portillo, María Verónica Zavalla, María Yvette Aguerre, Mabel del Castillo, Isabel Guiroy, Laura Kassabchi y Vera María Cueto. Este grupo partió el día de san José, 19 de marzo de 1979 a su nuevo destino. Costó un trabajo ingente refaccionar y hacer habitables las viejas estancias un tanto abandonadas, ya que no eran usadas por los Padres franciscanos en tiempo de verano. La fuerza aunada de la comisión presidida por Mons. Karlic, de las monjas mismas y de varios monasterios hermanos que prestaron generosa ayuda, hicieron posible esta obra verdaderamente cuaresmal. La erección canónica del monasterio se realizó el día 12 de mayo.

De común acuerdo con los Sres. Obispos se decidió que las monjas benedictinas, antes de ir a la catedral de Córdoba, pasarían una tarde de convivencia y oración intraclausura con las carmelitas de aquella ciudad, que con sus trescientos cincuenta y un años de existencia son el monasterio femenino más antiguo de la Argentina. Se unieron al grupo de las fundadoras en esta ocasión la madre abadesa de Santa Escolástica, M. María Leticia Riquelme, la madre abadesa Plácida Zorrilla de Madre de la Iglesia, Uruguay, y las madres prioras de los monasterios “Madre de la Unidad” de Santiago del Estero, M. María Irene Zeneboni, OSB, de “Nuestra Señora de la Esperanza”, de Rafaela, María Luisa Storni y varias hermanas de otros monasterios. Todas quedaron admiradas de la gran belleza y luminosidad de la vetusta clausura. En la capilla del monasterio oraron juntas las hijas de san Benito y las de santa Teresa, estableciéndose así un lazo de unión profunda entre el monasterio más antiguo y el más nuevo de la Argentina. Cuando faltaban pocos minutos para salir, reunidas ya en el claustro cercano a la puerta de clausura, la madre priora del Carmelo dirigió la palabra a las monjas benedictinas y expresó todo lo que para ellas y para los monasterios contemplativos significaba la nueva fundación, cuáles eran sus esperanzas y cuáles sus deseos.

Se abrió la puerta de clausura y en la entrada estaban esperando varios monjes benedictinos: el padre abad Presidente D. Eduardo Ghiotto, los padres superiores de La Paz, D. José Veronesi y de San Benito de Llú-Llú (Chile), los PP. José Boyle de La Paz y José Cherot del Niño Dios, presididos por el maestro de ceremonias P. Guillermo Cassone, hijo de uno de los matrimonios de la comisión promonasterio. Se formó una pequeña procesión durante la distancia de una cuadra que separaba el Carmelo de la Catedral. Las campanas del viejo campanario la saludaron con sus toques y se abrieron las puertas de la Catedral, donde estaba esperando el Sr. Cardenal Raúl F. Primatesta, con sus obispos auxiliares, numerosos sacerdotes y seminaristas de la diócesis. Terminada la solemne concelebración las hermanas fueron saludadas en el atrio de la Catedral por numerosos fieles. Se inició el traslado a San Antonio de Arredondo, en las sierras cordobesas. Más o menos a las 18 horas las monjas hacían su solemne entrada al claustro de su futuro monasterio, cantando el salmo 83 “Qué deseables son tus moradas”, casi sofocado por el sonar de las campanas y el alegre aplauso de la numerosa concurrencia. Luego se dio comienzo a las letanías y el Sr. Cardenal bendijo toda la casa. En seguida el P. Provincial de los Franciscanos, con visible emoción hizo pública entrega, en nombre de su Orden, de las seis hectáreas en las que se situará el nuevo monasterio, cediendo en calidad de préstamo el pequeño convento y su iglesia situadas al borde de la carretera. Después el secretario del Cardenal, P. Flores, leyó el acta de erección del monasterio “Gozo de María” y el Sr. Cardenal entregó la llave del mismo y el sello a la madre priora, M. María Cándida Cymbalista. A pesar de que el Sr. Cardenal ya había



hecho su homilía en la eucaristía celebrada en la Catedral quiso en este momento referirse de nuevo a lo que significaba el ideal monástico para su arquidiócesis. Terminó este emotivo encuentro con un rato de saludos mutuos y de conversación. Lo avanzado de la hora no permitió realizar una caminata hasta el fondo de la propiedad para inspeccionar el sitio en que se levantaría el futuro monasterio. Con la inauguración del monasterio “Gozo de María” Córdoba cuenta con cinco monasterios femeninos contemplativos: dos Carmelos, un convento de dominicas y otro de la rama contemplativa de la Sociedad del Verbo Divino.

La vida cotidiana de la comunidad del nuevo monasterio se vio interrumpida muy pronto por un acontecimiento festivo: la profesión de la Hna. Isabel Guiroy el 31 de mayo, fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen. La abadía-madre de Santa María de São Paulo había enviado pocos días antes un significativo regalo, símbolo de los lazos que unían a la proto-abadía femenina de América con su más reciente descendiente: los portavelas con los que fue consagrada la iglesia antigua (ahora demolida) de São Paulo y el corporal que se utilizó en la consagración de la actual. Fue bajo ese histórico corporal que la Hna. Isabel Guiroy pudo depositar su carta de profesión aquel 31 de mayo. Presidieron la celebración el Sr. Cardenal y Mons. Karlic, en unión con varios otros sacerdotes y el padre superior de Nuestra Señora de la Paz, D. José Veronesi, OSB. Todos ellos se quedaron después para el ágape en el monasterio, junto con los familiares de la nueva profesora. Quizás en ninguna otra fundación se haya tenido la alegría de rubricar tan pronto con una profesión monástica la implantación en la nueva Iglesia local.

La comunidad se encamina a vivir de su propio trabajo, ya que sus talleres comenzaron a producir desde los primeros días y la demanda afortunadamente no ha sido poca. Por el momento el monasterio recibe subsidios de la Comisión organizadora.

A partir de la segunda quincena de junio de 1979 empezó el programa de clases. Cada quince días el P. Antonio Paz, párroco de Cosquín viene a dar clases de gregoriano; una vez por semana viene Mons. Karlic para dar una clase de teología; el Sr. Cardenal también ha prometido clases de teología y otros profesores colaboran con diversas clases. Todo ello demuestra un conmovedor aprecio por la vida de las religiosas.

Terminamos nuestra reseña con la mención de la bendición de la piedra fundamental del nuevo monasterio, que tuvo lugar el 7 de diciembre de 1979.

#### *2.4.6. Monasterio “Madre de la Unidad”, Santiago del Estero (1965)*

Con este monasterio, de origen netamente italiano, nos separamos de la familia monástica engendrada y dada a luz por Santa Escolástica. Las benedictinas de “Mater Unitatis” nacieron el 29 de octubre de 1940, fiesta de Cristo Rey, en una modesta casita de cuatro habitaciones del pueblo de Olzai, diócesis de Nuoro, Cerdeña. Una monja, Madre María Giovanna Dore (actualmente abadesa de Olzai, de noventa y dos años de edad) con una joven amiga suya, se animaron a hacer aquella fundación, cuyos ideales en aquellos años eran bastante precursores:

Las benedictinas de “Madre de la Unidad” enfocan su misión en la Iglesia en una triple dimensión: monástica-ecuménica y misionera. *Monástica*: por seguir en todo la Regla de San Benito, Regla “unificante” de la comunidad y también de la Iglesia dividida; *Ecuménica*, en sintonía con el pensamiento de Paul Coutourier y su “Ecumenismo espiritual”: “Secundando la gracia que llama almas a compartir la pasión y acción de Cristo y de la Iglesia por la unidad; a invocar que desaparezca lo que divide y a esperar y preparar, aunque sea sólo en el deseo, el advenimiento de la unidad entre los redimidos”; *misionera*: “solamente con el alma se llega a cualquier lugar y se coopera en todo”. La vida monástica es evangelizadora por sí misma. por eso llevarla a todas partes, especialmente a tierras de misión, es evangelizar.

Entre las características de esta rama benedictina femenina, que fue agregada a la Confederación benedictina el 26 de septiembre de 1970, queremos señalar: a) La introducción, mucho antes del Concilio Vaticano II, de la unidad de la familia religiosa: todas son monjas de coro, con iguales derechos y deberes, cada una colabora según sus posibilidades y capacidades, como en una familia. b) En la aceptación de las candidatas prevalece el criterio de san Benito: “Si verdaderamente busca a Dios”, independientemente de las posibilidades económicas o condiciones personales. Se favorece las vocaciones provenientes de los medios pobres, apoyándose en la promesa evangélica: “Buscad primero el reino de Dios”. c) De los valores de la Regla de San Benito se pone énfasis en uno: el amor por el Oficio divino; amor por la Sagrada Escritura, los padres del monacato y de la iglesia; la práctica de la pobreza (el coro del pequeño monasterio de Olzai tenía mucha semejanza con el de Santa Clara, en San Damián de Asís); el amor al trabajo manual y a la hospitalidad, en un clima de sencillez.

Pasando ahora de los ideales monásticos a la historia real de estas hermanas benedictinas, el tiempo de la segunda guerra mundial fue su período de incubación, fecundo en jóvenes vocaciones. Al terminar la guerra, en 1946, salía de Olzai el primer grupo fundador de doce monjas, que llevó el ideal monástico-ecuménico de “Mater Unitatis” al vetusto monasterio de San Magno en Amelia (Terni). Les esperaba una comunidad reducida en número, pero decidida a continuar su vida orante. En pocos años la familia monástica robustecida en esta forma, pudo duplicarse.

En 1952 se realizó la primera fundación en tierras de misión. El obispo de Cilaw (Ceylán), Edmundo Peiris, deseaba la vida monástica en su diócesis y recurrió a la abadía San Andrés de Brujas; ésta a su vez, recomendó la casa de Olzai. Mater Unitatis respondió a este deseo y un grupito de monjas se radicó en Wennappuwa, Ceylán. El monasterio ha alcanzado un alto grado de desarrollo, contando en la actualidad con tres monjas italianas y veinte nativas.

El monasterio de Olzai contó con su casa propia desde fines de 1952. El 13 de agosto de 1953 llegó a ser “Priorato sui juris” y el 25 de agosto de 1958, abadía. En 1957 se abrió un pequeño monasterio en Thiesi, con la bendición del Sr. arzobispo de Sassari, cercano al monasterio de San Pietro in Sorres, al que recién habían llegado los benedictinos de Parma. En 1976, buscando una mejor ubicación del monasterio, las monjas se trasladaron a Oziera, siempre en la arquidiócesis de Sassari.

En 1963, en Dorgali, otro pueblo de la diócesis de Nuoro de la isla de Cerdeña, se repetía en cierto sentido la experiencia de los comienzos de Olzai: pocas monjas en una pobre casita. El amor a la vida monástica del párroco que llamó a las monjas (y que desde el cielo ha visto el cumplimiento completo de sus deseos), la tenaz voluntad del párroco que le sucedió, unida a la cooperación de todo el pueblo, hicieron el milagro de dar a la pequeña comunidad -que se había enriquecido con varias vocaciones- el hermoso monasterio de Santa Lucía, en el que se unen armónicamente la pobreza y la belleza.

El Concilio Vaticano también se hizo sentir en Cerdeña: pasaron obispos de todas las naciones, deseosos de tener vida monástica en su diócesis. Entre ellos se hallaba Mons. Tato, obispo de Santiago del Estero. Sus primeros contactos con Olzai fueron epistolares, pero en noviembre de 1964 pasó personalmente a Cerdeña. Producido el entendimiento entre el Sr. Obispo y la M. abadesa, en junio de 1965 salía de Génova un grupo de cinco monjas de “Mater Unitatis”, rumbo a Santiago del Estero, Argentina. Estaba formado por: Sor María Gabriela Lucesoli, priora; Sor María Elena Carboni; Sor Francisca María Sulis; Sor María Irene Zeneboni; Sor María Inmaculada Ibba. El 20 de junio de 1965 llegaban a Buenos Aires, donde las esperaba Mons. Manuel Tato. Él las condujo personalmente a la abadía de Santa Escolástica, donde recibieron cariñosa hospitalidad hasta el 6 de julio. En aquellas semanas se forjaron los lazos de fraternidad que unen a la casa de Santiago del Estero con la comunidad de Santa Escolástica.

El 7 de julio, acompañadas por el Sr. obispo y una hermana suya, las monjas llegaron a La Banda, donde las esperaban el Vicario General y otros sacerdotes de la diócesis, el Vice-cónsul de Italia y miembros de la colectividad italiana. Las Hermanas de Santa Dorotea les habían preparado alojamiento en el ex-seminario, en el que estuvieron todos los meses que se demoró la refacción de una vieja casona que las esperaba a cuatro kilómetros del centro de la ciudad de Santiago del Estero.

En aquel entonces era región de despoblado, sin agua ni luz, ahora ya es zona urbanizada. El 9 de diciembre de 1965 las fundadoras pudieron celebrar por fin la primera Eucaristía en su casa. La llegada de tres postulantes determinó la ampliación de la casona en el año 1967. Una sola, de las tres, perseveró y llegó a su profesión solemne el 21 de marzo de 1974; se trata de la Hna. María Teresa Liberti, que participó también en el Tercer Encuentro monástico latinoamericano a fines de 1978 en Buenos Aires.

Mientras tanto motivos de salud obligaron a la Hna. Francisca María a retornar a Olzai y el grupo seguía perseverando con sólo cinco hermanas, dando “testimonio de pobreza evangélica” según la expresión de Mons. Tato. En 1976 llegó refuerzo de Italia en la persona de dos nuevas hermanas y en 1979 entró otra postulante santiagueña, de modo que la comunidad se elevó al número de ocho religiosas. Todavía depende canónicamente de Olzai, cultivando lazos de fraternidad con los monasterios del Cono Sur, a cuyas reuniones y encuentros la comunidad de Santiago del Estero siempre ha asistido.

A fines de 1975 se inició parcialmente la edificación del nuevo monasterio en un terreno cercano a la casa, que había sido donado para ese fin. En esta edificación el monasterio “Madre de la Unidad” pudo contar con la valiosa y abnegada colaboración técnica del P. Juan Vicente García Genis OSB, del monasterio Cristo Rey del Siambón, donde había construido la iglesia y el monasterio en 1956-1957. Providencial fue la ayuda de *Adveniat*, de la A.I.M., de algunos monasterios italianos, de amistades argentinas e italianas y también de la ciudad de Santiago del Estero. La comunidad de Los Toldos se mostró particularmente generosa con las hermanas a través de su Hno. Luis María Gasparotti, arquitecto, quien preparó los planos del nuevo monasterio y del Hno. Urso Kilchherr, quien trabajó largo tiempo como carpintero en las instalaciones del nuevo monasterio. La misma comunidad de Los Toldos hizo a la de Madre de la Unidad una importante donación de madera.

La primera misa en el monasterio nuevo se celebró con gran gozo el 1° de diciembre de 1978. La casa anterior sirve desde entonces como taller para la fabricación de hostias y taller de costura. Hay una pequeña hospedería de dos celdas, siempre muy solicitada. En el monasterio se realizan retiros de oración y jornadas bíblicas con mucho éxito.

Desde la renuncia de la primera madre priora Madre María Gabriela Lucesoli en 1968, ocupa este cargo la M. María Irene Zeneboni, a cuyas gestiones se deben en gran parte los notorios avances de la pequeña comunidad.

#### *2.4.7. Hermanas benedictinas de la Epifanía (1956)*

Si queremos entender la espiritualidad y actividad de esta rama benedictina femenina completamente autóctona, debemos recurrir a la noción comparativa de oblatas. Fue éste también su nombre original: “Oblatas de la Epifanía”. Para su historia recurrimos a una visión panorámica elaborada por ellas mismas.

El 1° de julio de 1956 el Sr. Arzobispo de Santa Fe, Mons. Nicolás Fasolino, en sencilla ceremonia privada, autorizó a las tres primeras candidatas para sentar las bases de la futura congregación de las “Oblatas de la Epifanía”, nombrando superiora a María Leonor Lorenzo, a quien pertenecía la iniciativa. Estaba también presente la señorita Argentina Lens, que se incorporaría a la pequeña comunidad en agosto. Las oblatas de la Epifanía se entendían a sí mismas como fundación bajo la Regla de San Benito, con las modalidades y fines específicos que la fundadora deseaba darle. Tales fines estaban expresados con las Declaraciones a la Regla provisoriamente aprobadas para su experimentación por el padre abad D. Andrés Azcárate, a quien el Sr. Arzobispo había consultado sobre el particular. El P. Azcárate, después de detenido estudio de estas declaraciones, revisadas además por los Pbro. Sebastián Badino y Jorge Funoll, profesores del Seminario metropolitano y nombrados para el caso por el mismo Sr. arzobispo, dio su parecer favorable sobre las mismas en nota del 16 de mayo de 1956. Conforme a lo expresado en esa nota sobre la exigencia de la “Lex propria”

de la O.S.B. para una futura agregación, el Sr. arzobispo designó al Rvmo. P. Azcárate, abad tutelar de la naciente congregación. Algunos días más tarde el Sr. arzobispo autorizó la erección del oratorio en la residencia de la calle Buenos Aires N° 2737 de la ciudad de Santa Fe, que él mismo bendijo, celebrando la primera misa el día 27 de agosto de 1956.

Durante los años de residencia en Santa Fe, desde 1956 hasta comienzos de 1961, la comunidad se desarrolló con las dificultades propias de los comienzos. El problema de las vocaciones fue siempre el más agudo; varias aspirantes que se presentaron no perseveraron por razones de diversa índole. El padre abad Azcárate visitó en dos oportunidades a la comunidad, septiembre de 1958 y agosto de 1960, para imponerse de todo lo referente a la vida interna así como de la obra apostólica.

Las oblatas de la Epifanía prestaron su colaboración y apoyo a diversas instituciones católicas: universitarias de Acción Católica, la naciente Universidad Católica y especialmente la Escuela arquidiocesana de Música sagrada. Por su parte el Sr. arzobispo les confió la tarea de organizar el Secretariado de Defensa de la Fe, constituido por resolución del CELAM y depositó para su custodio y clasificación todo el material sobre el particular.

La fundación tiene además una finalidad apostólica que debe ser como el fruto y la proyección de su vida religiosa de oración: evangelización y catequesis, especialmente de adultos, que se realiza de preferencia fuera de la propia casa para preservar en ella la vida de oración y silencio, y que está dirigida a todos los ambientes. Este apostolado se propone enseñar lo mismo que enseñó Jesús y a la manera de Jesús.

La obra de la Epifanía del Señor tuvo como característica desde el comienzo, manifestar a Cristo a los que poco o nada lo conocen y esclarecerlo y glorificarlo siempre más entre aquellos que ya lo conocen, provocando en todos su amor y su alabanza.

En lo que respecta a la vida benedictina, desde el comienzo y paulatinamente, a medida que lo permitían las circunstancias, la incipiente comunidad fue poniendo en práctica las observancias de la RB y de las Declaraciones, así como algunas tradiciones de la Orden: el oficio divino, el silencio, el trabajo, el estudio. Dentro de este espíritu se dio también importancia a la hospedería, con el fin de proporcionar un ambiente de silencio y retiro a quienes lo desean, así como participación en la oración litúrgica de la comunidad.

Otra importante prioridad de la fundación fue la formación de una buena biblioteca con el fin de proveer a la comunidad de los instrumentos indispensables para su formación y para el alimento de su vida espiritual. Esta biblioteca se abre también a cuantos deseen frecuentarla para estudio o consulta.

Por consejo del P. Azcárate y con la aprobación del arzobispo Mons. Fasolino, la fundación se trasladó en 1961 a Buenos Aires. Los motivos que influyeron en esta determinación fueron ante todo las dificultades del reclutamiento vocacional, agravada por el desconocimiento casi total de la espiritualidad benedictina y el deseo de contar con un apoyo más directo del padre abad. Después de algunos meses de tomas de contacto en el ambiente con numerosas personas que frecuentaban la abadía de San Benito, se hizo la instalación definitiva a mediados de junio de 1961 en la calle Maure N° 2038, a poca distancia de la abadía de San Benito. Se contaba ya con una valiosa vocación: Helena Martínez y se insinuaba la segunda: María Irene Casal, las dos de formación benedictina y oblatas seglares de la abadía.

En 1962, al realizar la visita canónica a la parroquia de San Benito, Mons. M. Cárdenas, obispo auxiliar de Buenos Aires, visitó también a la comunidad y por sugerencia suya se solicitó a la curia y se obtuvo la erección del Oratorio.

En aquel mismo año y por sugerencia del padre abad Azcárate, se modificó la denominación de "Oblatas de la Epifanía", ya que podía ocasionar confusión sobre el carácter de la fundación, pues

existían las oblatas seglares de San Benito. La nueva denominación fue, pues, “Benedictinas de la Epifanía”.

El espíritu y la finalidad de la fundación no variaron en absoluto al trasladarse a Buenos Aires. Al renunciar el P. Azcárate el Rvmo. P. abad Lorenzo Molinero fue designado asesor eclesiástico de la fundación. Aunque lentamente, la comunidad iba aumentando en número. En diciembre de 1972 falleció la Hna. Helena, que integraba la comunidad desde febrero de 1961. Su vida, consagrada al Señor desde su juventud, se caracterizó por su espíritu de oración, una exquisita caridad y un amor activo a la Iglesia, a la Orden de San Benito, a la cual perteneció como oblata seglar por más de treinta años y a todos cuantos tenían contacto con ella. Un considerable legajo de testimonios ha sido ya presentado a la Curia metropolitana, solicitando la apertura de la causa para su beatificación, siendo postulador de la misma el R. P. Martín de Elizalde, OSB, Prior de San Benito.

En los primeros tiempos de su instalación en Buenos Aires, las benedictinas de la Epifanía se asociaron de modo especial a la vida litúrgica de la abadía participando en la misa conventual y en las vísperas cantadas; pero a medida que la comunidad se afianzaba comenzó en el propio oratorio el canto de vísperas y completas, así como de otras horas en las fiestas. Desde 1969 la festividad de la Epifanía se celebró solemnemente en la residencia, con la participación de muchos fieles. Se inició también la celebración anual de la fiesta de Nuestra Señora de la Epifanía, cuya advocación e imagen fueron aprobadas por la curia en 1962 y que se venera en la capilla.

Actualmente se canta la liturgia de las horas, habitualmente en castellano, pero en las solemnidades y en algunas fiestas se cantan *Laudes* y *Vísperas* en gregoriano. Del mismo modo, cuando las circunstancias lo permiten, se cantan partes de la misa y el *Kyriale* en gregoriano, para que, como lo han pedido el Vaticano II y los últimos Papas, se conserve en lo posible este tesoro de la Iglesia que es el canto litúrgico por excelencia.

En orden a capacitarse para su apostolado específico, las hermanas realizan estudios de diversas ciencias eclesiásticas, según sus aptitudes personales.

La comunidad ha recibido visitas de especial importancia que han contribuido no poco a afianzar el espíritu de esta fundación. Fueron particularmente alentadoras en este sentido las visitas del P. Jean Leclercq, O.S.B. en 1969 y la del Rvmo. P. Abad Primado de la Orden, Dom Rembert Weakland, acompañado por el R.P. Pablo Gordan, OSB. Éste último visitante no sólo alentó la fundación, sino que hizo algunas sugerencias para su futura inserción en la Confederación benedictina. También hay que mencionar las dos visitas del Rvmo. P. abad presidente de la Congregación de Solesmes, Dom Jean Prou, acompañado en una de esas oportunidades por el Rvmo. P. abad de Silos, España, Dom Pedro Alonso.

A partir de 1968 las benedictinas de la Epifanía fueron invitadas a formar parte de la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur, asistiendo a sus reuniones anuales.

En octubre de 1978 participaron en el Tercer Encuentro Monástico Latinoamericano (TEMLA), realizado en “El Cenáculo”, Pilar, provincia de Buenos Aires. Durante el transcurso del mismo y por mediación del R. P. Martín de Elizalde, prior de San Benito, hubo un contacto directo con el Rvmo. P. Abad Primado, Dom Víctor Dammertz y con el Procurador General de la Congregación del Cono Sur, R. P. Tamburrino, con el fin de hacerle conocer el espíritu y fines de la fundación y la situación en que se encontraban los trámites iniciados para el reconocimiento canónico. Ambos se mostraron favorablemente impresionados y dispuestos a dar el apoyo de la Orden. El P. Abad Primado visitó luego la residencia de la calle Maure, imponiéndose sobre el terreno de la forma de vida de las benedictinas de la Epifanía. Posteriormente envió desde Roma al R. P. Martín una declaración por la cual la Confederación benedictina reconoce que la fundación “Benedictinas de la Epifanía” se inserta legítimamente en el espíritu de la misma y solicita al R. P. Martín de Elizalde interesarse personalmente ante las autoridades jerárquicas, prestando además su asesoramiento.

Es difícil resumir todas las actividades realizadas en casi veinte años de labor en Buenos Aires, por ello mencionaremos sólo algunas: Grupos de estudio en casas de familia, algunos específicamente bíblicos o teológicos; cursos de teología de nivel superior para profesionales y estudiantes universitarios; cursos y cursillos de Sagrada Escritura y de Liturgia; evangelización en barrios obreros y catequesis en numerosas casas de familia de los mismos; catequesis en cárceles, a detenidos comunes; catequesis a enfermos en hospitales o en sus domicilios; catequesis para la recepción de los sacramentos; retiros para jóvenes, etc. También se han formado varias comunidades permanentes en torno a las benedictinas de la Epifanía. Por sobre todo su apostolado más permanente ha sido el de la música sagrada.

## 2.5. *Monasterios cistercienses (trapenses)*<sup>89</sup>

Los cistercienses o monjes blancos (para distinguirlos de los monjes benedictinos, negros) constituyen la más importante de las reformas monásticas, promovida a fines del siglo XI, tan fecunda en fundaciones y renovaciones de monasterios y desarrollada con pujanza en el siglo XII, que con razón podría llamarse “siglo cisterciense”. Alma de aquel decisivo movimiento monástico fue el retorno a la simplicidad y exacta observancia de la Regla de San Benito, en contraste con la exuberancia de la congregación de monasterios benedictinos encabezados por Cluny y fue su estrella rutilante san Bernardo de Claraval. Con el correr de los siglos también aquella reforma se vio necesitada de reforma y el que la llevó a cabo fue el abad de Rancé, en la Francia del siglo XVII. Ello dio origen a la rama trapense o cisterciense de la estricta observancia (OCSO), a la que se afiliaron la mayoría de los monasterios cistercienses. El resto de los monasterios cistercienses no trapenses se agruparon en la “Sagrada Orden Cisterciense” (SOC).

La implantación trapense en América fue una secuela de los exilios producidos por la Revolución francesa y la época napoleónica, no menos hostil a todo lo monástico. El abad Dom Augustin de Lestrange, que había encabezado el éxodo de los monjes trapenses de Francia, en 1803 envió a los Estados Unidos a su hombre de confianza Dom Urban Guillet, para explorar la posibilidad de establecerse en las playas más hospitalarias de América.

Dom Guillet tuvo dificultades para encontrar el ansiado refugio americano y cuando en 1813 el mismo Dom Augustin de Lestrange, acompañado de varios monjes, llegó a Nueva York, tampoco tuvo mejor fortuna. Al tener noticia de la caída de Napoleón, Dom Augustin retornó a Francia. En 1815 el último grupo de religiosos trapenses se embarcó en el Canadá con rumbo al Viejo Mundo, quedándose por accidente el P. Vicente de Paul Merle. Éste viajó en 1823 a Francia para visitar a D. de Lestrange en su Trapa de Bellefontaine. Fruto de esta visita fue que el mismo año Dom Vicente Merle pudo retornar al Canadá junto con cinco monjes de Bellefontaine. Con ellos fundó el 1° de septiembre de 1823 el monasterio de “Petit Clairvaux” en Tracadie, Nueva Escocia, Canadá. Dom Vicente Merle murió el 1° de enero de 1853. En 1876 Petit Clairvaux era elevado al rango de abadía con Dom Dominique Schietcatte de abad. En agosto del año 1900 la comunidad se trasladó a Valley Falls, Rhode Island, E. U. U. y el nuevo monasterio se llamó “Our Lady of the Valley”. En la noche del 21 de marzo de 1950 un incendio destruyó todos los edificios, lo que motivó un nuevo traslado de la comunidad a Spencer, Massachussetts. Allí el monasterio tomó el nombre de “Our Lady of St. Joseph”, o “St. Joseph's Abbey” y él es la casa madre de las dos fundaciones trapenses en el Cono Sur: Nuestra Señora de los Angeles, Azul, Argentina (1958) y Nuestra Señora de La Dehesa, Las Condes, Chile (1960).

Ya nos hemos referido en los capítulos introductorios a la figura precursora de la vida cisterciense en el Cono Sur, el primer trapense chileno, Fray Bernardo Sotomayor (1776-1829). Su agitada vida encontraba su meta de reposo en la Trapa de Santa Susana de España, precisamente en los mismos años en que D. Vicente Merle comenzaba la primera fundación trapense de América (1823-1829). Su espiritualidad, como la de todos los trapenses de la época, se caracterizó por una ruda austeridad y un

---

<sup>89</sup> Útiles para la historia cisterciense: Tomás MERTON, *Las Aguas de Siloé* y L. LEKAI, *Los cistercienses*.

ascetismo intransigente, rayano a veces en la inhumanidad. Cuando ciento treinta años más tarde se concretarían las fundaciones en Argentina y Chile los ideales trapenses habían ya alcanzado o recobrado su equilibrio cisterciense. Se encendían las luces alborales del Vaticano II y el Papa Juan XXIII daba la tónica de futuros cambios.

En esa atmósfera, inmediatamente anterior al Concilio, fecunda en reflexiones e iniciativas, se publicaba en la revista bonaerense “Estudios teológicos y filosóficos” 2 (1960) pp. 19 y ss. una vibrante llamada de atención sobre el valor de la vida monástica en la Iglesia, que a pesar de los veinte años que han transcurrido desde entonces, no ha perdido nada de su actualidad: la “Carta a un trapense” del dominico argentino P. Mario José Petit de Murat podrá parecer a algunos vehemente y excesivamente rotunda en sus afirmaciones; pero si se considera la casi total ignorancia de la espiritualidad monástica en el catolicismo latinoamericano y las claudicaciones de algunos benedictinos ante el activismo y otras urgencias contemporáneas -lo que el P. Petit de Murat reprochaba con severidad de amor-, se podrá comprender mejor la razón de aquel énfasis profético. De todos modos, le que salió de la pluma ligeramente irritada del religioso dominico es quizás la contribución criolla más seria sobre el fenómeno monástico en la Iglesia de los países del Cono Sur. Por ello no podemos eludir el recurso a ella, ante todo si queremos que nuestra historia no se limite a la mera enumeración de hechos o al retrato de algunas personalidades descollantes, sino que además de todo ello nos dé indicios sobre la espiritualidad monástica en nuestros países.

Dirigida al P. Hermenegildo, monje trapense español que en aquel año había visitado la Argentina para explorar la posibilidad de una fundación<sup>90</sup>, la carta expresa la insatisfacción de su autor, quien después de trece años de sacerdocio y veintiuno de profesión como religioso dominico, había llegado a la conclusión de que la oración y el silencio lograban más fruto que tanto apostolado agitado y multiplicador inútil de instituciones y actividades que se sobreponen unas a otras. La actividad seca el espíritu. Cualquiera se siente llamado a convertir a los demás, sin tener aún dominados sus propios vicios. Se elaboran sincretismos con doctrinas enemigas de la Iglesia, los espíritus están tornadizos, con sus antenas desplegadas para captar cualquier onda y se multiplica la hojarasca de los apostolados superficiales, las imitaciones de las propagandas del mundo: mar de palabras, multitud de “equipos”, y vacío de Jesús. Verdad profunda es aquella de que “Cuando el hombre habla, Dios calla; cuando el hombre calla, Dios habla”. La actividad sin la contemplación de Cristo y sus misterios es impotente. Con ello la Iglesia gana afiliados, pero no hijos de Dios, ni menos hombres nuevos. No se puede servir a Dios, sin antes buscar a Dios.

El bautismo y los sacramentos necesitan de un clima, de un ambiente, para desarrollarse. “La vida monástica es la única que los da a cabales, tal como el don de Dios los merece”. La respuesta del monje es la que corresponde frente al requerimiento de un Dios hecho hombre por nosotros. ¿Qué menos se puede hacer ante semejante Visitación y Oportunidad sino apartarse de todo para convertirse en intensa receptividad de ese Dios, de su luz y su voluntad?

El monje es el que dentro de la Iglesia ha escogido los medios “simpliciter” sobrenaturales. Los otros recurren en parte a medios que no son santificantes en sí, sino solamente santificables. Antes esto era factible, porque había un monacato vigoroso que cultivaba la parte de María para toda la Iglesia; pero ahora la situación ha cambiado: se está sobrevalorando la acción humana, y la actitud y porción de María, la del grano de trigo que se sepulta en el silencio y la adoración para llevar fruto, resulta anacrónica e ingenua. ¿Cómo se puede olvidar tanto la enseñanza de Jesús sobre Marta y María? ¿Cómo se puede desarrollar tanto lo que Jesús reprochó en Marta y despreciar lo que alabó y prefirió en María?

En resumen: Así como la Santísima Virgen, al hacerse pura receptividad en Dios permitió que el Verbo eterno tuviera aposento en la tierra para salvación de los hombres, así también el monacato vive con total entrega su profesión de fe, proporciona al Señor la morada de sus complacencias y adquiere el “unicum necessarium” para toda la iglesia.

---

<sup>90</sup> Los trapenses españoles prescindieron de la fundación en vista de que la abadía de Spencer ya había hecho la suya en Azul.

Con los citados argumentos termina Petit de Murat la primera rueda de su alegato en favor de la vida monástica. Sigue ahora la segunda:

El concepto de Cuerpo místico nos lleva a reconocer el lugar que cada Orden o Congregación ocupa en el Cuerpo de Cristo, complementándose con las otras. Parece que hoy cada instituto se considera una sociedad perfecta y cada cual parece querer alcanzar la caridad perfecta prescindiendo del otro. Los monjes deben dejar su ensimismamiento para entender que ellos pertenecen a toda la Iglesia. Como los monjes irlandeses del siglo VII deben regar el mundo con la savia del Evangelio.

“He aquí su pura pasión, la de santificar la tierra y la Iglesia, no sólo con los méritos de la callada oración, sino también poniendo adoración, silencio, ejemplaridad en estos campos y pueblos concretos. Frente a la plenitud de sacramentalidad y potestad salvíficas del obispo - que representa a Jesús- está la plenitud receptiva de la vida monástica -que prolonga la vida de María en la Iglesia” (p. 26).

Los medios de santificación monásticos: apartamiento del mundo, silencio, votos solemnes, culto divino, trabajo manual, comunidad y soledad, son los dispositivos más excelentes que la Iglesia puede proponer a las almas. El ejercicio de ellos nos habitúa a la eternidad como ningún otro medio lo puede hacer.

“En el sosiego de las pasiones, retornadas por la verdad a su justa medida, el bautizado abre la corola sedienta de su receptividad interior y la colma en Aquél que ha querido concedernos, dentro, su amistad” (p. 27).

Éste es el comportamiento de María, éste debe ser el comportamiento del monje.

En consecuencia las demás órdenes religiosas y el clero secular deben reconocer el lugar central que ocupa el monacato dentro del Cuerpo místico y vigorizar en ellos mismos los medios que llevan al silencio, al desarrollo de la vida interior, ya que del desierto nos viene la salud. Como el hijo pródigo retornó a su padre, así es necesario suscitar en la hora actual un movimiento de retorno a la vida monástica y a sus valores, purificando a la Iglesia de las idolatrías del activismo y haciendo cesar la agitación centrífuga del cristianismo moderno, que amenaza con dejar sin raíz a los institutos religiosos de vida activa. Así Petit de Murat, cuando muchas órdenes y congregaciones propiciaban la eliminación de los residuos monásticos en su legislación y espiritualidad, preconizaba la necesidad de una remonastización no sólo de los religiosos en general, sino incluso del clero secular.

Insistiendo en la necesidad de la connaturalidad con lo eterno en la Iglesia peregrina, el dominico argentino, pasa en seguida al tercer grupo de argumentos: Toda cosa, para que dure, debe tener relación con la eternidad de Dios. El mundo moderno, al romper su relación con lo eterno, cae en la vorágine de lo pasajero, en la “cadena de indigencias”. La Iglesia en parte, al acentuar la teología de las realidades terrenas, cae en la tiranía de lo caduco y en la imposibilidad de transfigurar lo cotidiano. El monasterio tiene la “aptitud para la asunción de lo temporal por lo eterno”, porque en él todo se refiere permanentemente a la eternidad, al Cristo que no pasa. Esto es fundar sobre “piedra firme”, no sobre las cosas que van a la deriva. Esto lo lleva a reflexionar en la siguiente forma sobre la historia de la Iglesia en América Latina: “La poderosa corriente misionera española se frustró, en parte; al no consumarse en su fruto lógico, la fundación de monasterios, la Iglesia tampoco se estabilizó en una posesión definitiva de lo temporal para Cristo”. La acción misionera que no desemboca en fundaciones monásticas, a la corta o a la larga, no añade a la Iglesia ningún santo sino solamente simpatizantes. En Europa, en Rusia, la presencia activa de los monasterios ha ayudado para llevar al cristianismo hasta la médula de sus pueblos. En cambio, en América parece que “la eternidad nunca ha sido tomada ardientemente en serio”.

Después de esta sorprendente afirmación Petit de Murat se refiere particularmente a tres puntos:



1. El hombre tiene necesidad de compenetrarse con la tierra, todas las culturas tienen un origen telúrico. El monje vive en este contacto vivificante con la tierra. Esto es importante en un país que como la Argentina ha reducido la tierra a una categoría meramente económica y se asfixia en las ciudades.

2. La única predicación verdaderamente eficaz será el silencio, la disciplina, el ejemplo del monje. El pueblo está harto de palabras. “No hay mayor llamamiento a la verdad que el bálsamo del silencio”. La presencia que puebla el sagrado silencio es la única noticia de Cristo que lo predica. El monje, por su silencio ha retornado a lo esencial.

3. El monasterio realiza la evangelización del campo a través de muchos años de lenta compenetración con él. Esto es muy diferente a las misiones de algunos días que en general se estilan en la pastoral rural. La sociedad actual arrastra al hombre a las ciudades. Allí, en esos amontonamientos de hombres, sin sentido ni meta, llevan una vida en apariencia fácil y libre; en realidad baja, despojada cada día más de los auténticos valores, no sólo divinos, sino también humanos. La vida monástica despierta de nuevo el sentido sacral de la tierra.

Concluye el P. Petit de Murat afirmando que no hay tiempo que perder, pues es la hora propicia para los monjes: “La situación histórica actual de la Argentina llama al monacato como la tierra roturada llama a la semilla”. Un monasterio es “la fuerza de Dios injertada en la tierra, como el cuerpo de Jesús en el pan de la Eucaristía y el Verbo en las entrañas de María”. ¿Cómo se puede hablar de iglesia, si no hay un seno de profundo silencio en su centro? “La Iglesia comienza donde comienza María y María comienza donde comienza el silencio” (p. 34).

Si un monje hubiera escrito estas líneas lo habríamos tachado de triunfalista; pero como el testimonio proviene de un religioso dominico lo sabemos exento de todo orgullo y de todo afán de engrandecimiento de la propia casa. Además el P. Petit de Murat no se limitó a emitir pensamientos, sino que su convicción profunda sobre el valor del silencio y de la vida monástica como testimonio de la presencia de María en la Iglesia lo llevó a elegir para sí mismo un régimen de vida casi eremítico, sin ser infiel a sus votos de fraile dominico. Junto a una capilla del campo tucumano que él se ofreció para atender, después de algunos años de vida retirada y silenciosa, expiró su alma de auténtico apóstol.

Su programa espiritual no iba a quedar en el aire. Los monjes trapenses de St. Joseph's Abbey que iban a levantar sendos monasterios en la Argentina y Chile, sin proponérselo deliberadamente, por la sola fidelidad a su Regla y tradición cisterciense, iban a dar a la Iglesia aquel aporte en la línea de María, que el dominico argentino reclamaba para su país. A veinte años de distancia podemos constatar con gratitud y gozo que todo lo que la “Carta a un trapense” postulaba en aquel entonces -y mucho más que ello- es realidad casi cotidiana en los monasterios trapenses, masculinos y femeninos, en ambos costados de la Cordillera. Más aún -y ahora hablo “pro domo”- los monasterios benedictinos, cual más, cual menos, podrían firmar igualmente aquella “Carta”, reconociendo en ella lo que ellos mismos anhelan y buscan.

### *2.5. 1. Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, Azul (1958)*

Esta primera fundación trapense en el Cono Sur y en Latinoamérica se estableció primeramente como “granja”, el 28 de octubre de 1958, día de la coronación del Papa Juan XXIII, cuando el grupo de nueve fundadores llegó a la estancia del mismo nombre, ubicada a cincuenta kilómetros al sur de Azul, ciudad de cincuenta mil habitantes en la provincia de Buenos Aires. Los dueños de la estancia, don Pablo Acosta y doña Carmen Leloir de Acosta habían querido hacer este regalo a la Iglesia en conmemoración de sus bodas de oro. Un monje de la abadía de St. Joseph's de Spencer, Massachusetts, E.E.U.U., había estado buscando un lugar adecuado para una fundación, ya que la comunidad de Spencer rebotaba con más de doscientos monjes. Puesto en contacto con la familia Acosta, la primera oferta del casco de la estancia con la propiedad adyacente fue canjeada por una

propiedad al otro lado de la carretera, de tierra muy fértil, aunque con una sola casa de edificación. La generosa donación había sido aceptada por el abad de Spencer, Dom Edmundo Futterer, en un viaje que había hecho a la Argentina, junto con algunos colaboradores. La propiedad, ondulada, con varias plantaciones de árboles, estaba situada en las primeras estribaciones de las sierras de Tandil.

El grupo original de fundadores estaba compuesto de cuatro sacerdotes profesos, tres hermanos profesos y dos hermanos con votos temporales. Tres meses más tarde llegaron a Azul cuatro hermanos más, dos con votos solemnes y dos con temporales.

Los cimientos del futuro monasterio fueron empezados en enero de 1959 y el 19 de mayo del mismo año el obispo de Azul, Mons. Marengo, bendijo la primera piedra. Diez días antes, el 9 de mayo había fallecido en Buenos Aires D. Pablo Acosta; doña Carmen Leloir de Acosta iría a descansar en el Señor el 18 de julio de 1972. Los restos de ambos benefactores yacen en una cripta a la entrada de la iglesia.

En septiembre del citado año de 1959 la comunidad se vio potenciada con la llegada de otros cuatro monjes desde Spencer y el 25 de septiembre la granja de Nuestra Señora de los Ángeles fue erigida en fundación. Vinieron otros hermanos desde los Estados Unidos, algunos en forma transitoria, para ayudar en la construcción. En toda esta primera etapa había permanentemente más de veinte monjes en Azul. Se trabajó junto con una empresa constructora de la vecina ciudad, siempre bajo la dirección del Hno. Gerardo Bourke, hasta que el edificio pudo ser habitado el 13 de noviembre de 1961, fiesta de Todos los Santos de la Orden. Faltaban aún muchos detalles por terminar y la iglesia estaba sin techumbre ni tejas. A partir de esa fecha los monjes continuaron los trabajos, sin la ayuda de otros obreros, hasta que quedó terminado el campanario en 1966. Aquel mismo año vino a vivir a Nuestra Señora de los Angeles el Rvmo. P. abad fundador, D. Edmundo Futterer, quien había renunciado a su cargo en Spencer después de diecinueve años de abadiado. De las cinco filiales de la abadía de Spencer eligió como favorita la fundación en la Argentina.

Desde los mismos comienzos se recibieron huéspedes en el monasterio de Azul, aunque las habitaciones eran provisorias. A partir de 1970 se inauguró una pequeña hospedería permanente con cinco celdas. Desde entonces han pasado unos cuatrocientos hombres por año, para pasar tres o cuatro días de recogimiento en el monasterio. Igualmente hubo aspirantes a la vida trapense desde los primeros días. Los primeros cuatro fueron enviados para hacer su noviciado en Spencer, hasta que en octubre de 1962 se pudo abrir un noviciado propio. Entre los que ingresan y luego egresan -muchos para iniciar o continuar estudios en los seminarios diocesanos cada dos años hay uno que persevera hasta llegar a los primeros votos. Actualmente hay siete monjes profesos solemnes de las vocaciones locales, no todos argentinos. El noviciado trapense dura dos años enteros, después de un postulante que puede variar de un mes hasta un año. La aceptación de los aspirantes se ha hecho con más ponderación con el correr de los años, para disminuir el riesgo de las salidas prematuras. Se exige también un período de estada en el monasterio como huésped y luego como observador, antes del ingreso al postulante.

Dos años después de los comienzos en Azul la abadía de Spencer fundó el monasterio de La Dehesa, en las inmediaciones de Santiago de Chile. Seis miembros de la comunidad de Azul se trasladaron entonces a Chile para ayudar en la construcción de la nueva casa, siendo el primer superior de ella el P. Alejandro Dietzler. Después de haber desempeñado ese cargo durante dos años y medio el P. Dietzler fue nombrado superior de Nuestra Señora de los Ángeles, en marzo de 1963. Dos candidatos para La Dehesa pasaron un período de formación en Azul y tres hermanos profesos retornaron de Chile a la Argentina. El intercambio de personal entre las dos casas cesó en 1966, cuando la abadía de Gethsemaní se hizo cargo de la Trapa de Chile. Sin embargo, continuaron visitas y fraternales contactos entre las dos comunidades y en 1978, con ocasión del Tercer Encuentro monástico latinoamericano, hubo una reunión en Azul de trapenses de Argentina, Chile, México y Brasil. Este último país tiene su primera fundación trapense en Lapa, cerca de Curitiba, São paulo, y es su superior el P. Dietzler. Lapa es una iniciativa de la abadía de Genesee en los Estados Unidos, que envió para

ello cinco monjes. Su abad, D. Juan Eudes Bamberger, solicitó de Azul el servicio de que el P. Dietzler encabezara la nueva familia trapense del Brasil.

En diciembre de 1967 el P. Agustín Roberts sucedió al P. Dietzler como superior. El 25 de enero de 1969 fue elegido primer Prior titular de la fundación, que desde aquel entonces gozó de semi-autonomía. Cuando el monasterio recibió su autonomía plena en 1974, el P. Agustín fue reelegido Prior. De 1969 a 1974 el P. Agustín ocupó el cargo de secretario de la Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur y de 1974 a 1978 el de presidente de la misma entidad. Como tal fue el principal responsable de la organización y desarrollo del Tercer Encuentro monástico latinoamericano en Buenos Aires el año 1978. En 1974 se realizó en el monasterio la VII Reunión de la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur, con la concurrencia de monjes y monjas de toda esa región. El P. Agustín Roberts es autor de la obra "Hacia Cristo" (Editora Patria Grande, Buenos Aires 1978) que trata de la profesión monástica. Esta obra como otros de sus estudios publicados en "Cuadernos monásticos" y revistas similares han sido traducidos al inglés. Igualmente es el principal responsable de la traducción de una historia de los cistercienses del P. Luis J. Lekai, monje norteamericano de la común observancia, titulada "The Cistercians". Esta obra fundamental y muy bien escrita, será publicada por la B.A.C. con un apéndice en que se describen las actividades de las dos ramas cistercienses en América del Sur.

En 1973 las monjas trapenses de Vitorchiano hicieron la fundación de Hinojo, a unos sesenta y cinco kilómetros del monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles. El P. Agustín Roberts asumió el cargo de Padre Inmediato de este nuevo retoño cisterciense y la comunidad de Azul colaboró sustancialmente en la edificación del nuevo monasterio, bajo la dirección del experimentado Hno. Gerardo. Si se considera que la Trapa de Azul ha colaborado además con el monasterio de monjas trapenses de "El Encuentro" en México, enviando su ayuda en persona de sus capellanes, se puede tener una idea de lo mucho que ha hecho el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles por la implantación monástica cisterciense en América Latina.

Desde los mismos comienzos de la fundación del monasterio los campos fueron aprovechados para la crianza de hacienda de raza Hereford y para la siembra de cereales, esta última tarea por medio de un vecino contratista mientras los hermanos estuvieron ocupados en la construcción del monasterio. Una vez terminada esta etapa en 1966 la comunidad pudo dedicarse a esas tareas con equipos propios y fue aumentando la siembra y la hacienda, hasta llegar al máximo desarrollo que actualmente se sostiene. Complementa estas labores agropecuarias, la apicultura: los monjes atienden más de trescientas colmenas y venden al por mayor la miel envasada y sellada.

La comunidad edita también la colección de "Padres cistercienses", dedicada a difundir en castellano los escritos espirituales de los principales autores cistercienses. Junto a obras de Guillermo de Saint Thierry, Balduino de Ford y San Elredo de Rievaulx, ya editadas, aparecerán los "Opúsculos" de San Elredo, "El espejo y el enigma de la fe" de Guillermo de Saint-Thierry y las "homilias marianas" de los santos Bernardo de Clairvaux y Amadeo de Lausana.

Periódicamente se escriben colaboraciones en varias revistas, entre las que cabe mencionar: "Cuadernos monásticos" y "Actualidad pastoral", de Argentina; "Cistercium", de España; "Collectanea Cisterciensa" y "Cistercian Studies", de Bélgica; "Monastic Exchange", de Estados Unidos, y "Tjurunga", de Australia. Ya hemos mencionado las publicaciones del P. Prior D. Agustín Roberts. El P. Bernardo Olivera, por su parte, ha publicado en las ediciones Patria Grande, Buenos Aires 1976, su libro "La contemplación en el hoy de América Latina", en el que se aborda el tema de la contemplación desde una perspectiva cristiana y latinoamericana, aportando medios para una espiritualidad contemplativa y mariana.

La comunidad siente la necesidad de una formación permanente, utilizando los propios recursos para organizar estudios de Escritura y Teología. Aproximadamente las tres cuartas partes de la comunidad asisten a estas clases dos horas por semana. Los postulantes y novicios tienen un horario de estudios más nutrido, bajo la dirección de tres o cuatro profesores permanentes. En cuanto a los estudios fuera

del monasterio: el P. Bernardo hizo un año de estudios en la abadía de Spencer, después de sus votos simples y posteriormente hizo un año lectivo en el seminario de Villa Devoto de Buenos Aires y uno en Roma. El Hno. Juan estuvo en Spencer durante ocho meses, asistiendo a un curso de formación monástica. Actualmente el Hno. Mauro está siguiendo un curso de teología en un seminario norteamericano.

Pero más allá de las actividades intelectuales o manuales la vida en el monasterio de Azul se enfoca ante todo en función de la oración personal. Todas las labores diarias: el estudio, el trabajo, aún el mismo oficio divino, están dirigidos a ese fin y ajustadas de modo que favorezcan el desarrollo de la oración, medio insustituible en la búsqueda de Dios.

En el año jubilar de san Benito la comunidad de Azul contaba con diecinueve monjes de votos solemnes, de los cuales ocho son sacerdotes.

### *2.5.2. Monasterio de Nuestra Señora de La Dehesa, Las Condes, Chile (1960)*

Dom Edmundo Futterer, abad del monasterio de San José de Spencer, Massachusetts, Estados Unidos (1943-1961), concibió la idea de introducirla vida trapense en Chile. En 1948 se iniciaron las primeras exploraciones para este fin, pero las fundaciones de otros monasterios en los E.E.U.U. y en América latina (Guadalupe, E.E.U.U., 1968; Wrentham, E.E.U.U., 1949, monasterio de monjas; Holy Cross, E.E.U.U., 1950; Snowmass, E.E.U.U., 1958, y Azul, Argentina, 1958) retrasaron el inicio de la obra. Por fin, en abril de 1960, la abadía de Spencer compró terrenos a don José Fuenzalida Balbontín, que formaban parte del fundo "La Dehesa", en las vertientes orientales del cerro Manquehue, en Las Condes. El primer grupo de fundadores proveniente de Spencer llegó a Chile el 8 de setiembre de 1960. Estaba integrado por los Padres Alejandro Dietzler como superior y Ricardo Gans y los hermanos Edward McLean, Norbert Lutgen, Kevin O'Hara, Martin Graham y Lawrence Luton. Un segundo grupo, proveniente de la fundación de Azul, Argentina, estaba formado por el P. Eugene Lacassa y los Hnos. Joachim y Eugene Cody y llegó a La Dehesa el 16 y 17 de noviembre de 1960. Una firma constructora local había sido contratada para construir la primera parte del monasterio antes de la llegada de los monjes, pero cuando estos llegaron aún no estaba terminada la obra. La mudanza a la nueva casa, aún sin terminar, se realizó al día siguiente de la llegada de los hermanos de Azul, el 18 de Noviembre de 1960.

En las semanas anteriores la comunidad se había alojado en la casa particular de Jon José Fuenzalida.

Una serie de hechos adversos, como la muerte del principal benefactor de La Dehesa en los EE.UU., los requerimientos económicos y personales que las diversas versas fundaciones hacían a Spencer, el retiro de Dom Edmundo Futterer como abad de la casa madre y la falta de personal y de fondos en La Dehesa, hizo pensar que sería necesario cerrar la fundación chilena. Fue entonces cuando eminentes eclesiásticos de Chile, entre ellos el Sr. Cardenal D. Raúl Silva Enríquez, arzobispo de Santiago; Mons. Opilio Rossi, Nuncio apostólico; Mons. Manuel Larraín, obispo de Talca y Mons. Marcos Mc Grath, obispo electo auxiliar de Panamá, escribieron cartas a Spencer rogando que la fundación trapense chilena pudiese continuar. Dom Thomas Keating, que fue elegido en agosto de 1961 para suceder a Dom Edmundo Futterer, deseaba que la fundación siguiese adelante; sin embargo, en mayo de 1965, al visitar La Dehesa, Don Thomas indicó que la casa madre no estaba en condiciones de seguir prestando ayuda. La comunidad de La Dehesa se veía ante varias opciones: cerrar la fundación, cambiar de filiación a otra casa de la Orden, reducir el monasterio a una granja con un mínimo de cuatro o cinco monjes, o tratar de salir adelante solos, sin ayuda directa de Spencer. La decisión se tomó en este último sentido.

En mayo de 1966 el abad de Spencer aconsejó de nuevo, por carta, que se cerrara la casa de La Dehesa, a menos que se recibiera apoyo de otro monasterio. Se mencionaron dos que eventualmente podrían hacerse cargo de la fundación: Guadalupe, filial de Spencer y Gethsemaní, el monasterio de Thomas Merton. Este último monasterio tenía un compromiso de fundación en Noruega, pero cuando

esta obligación se deshizo, aceptó definitivamente la filiación de La Dehesa. Tres monjes del grupo fundador solicitaron quedarse en el monasterio chileno con el nuevo equipo que vendría de Gethsemaní y seis regresaron a Spencer y a Azul. El abad de Gethsemaní, Dom James Fox (1948-1968), iba a encabezar personalmente el grupo de diez monjes de su abadía que se trasladaron a La Dehesa entre el 28 de setiembre y el 19 de noviembre de 1966. Este grupo estaba formado por los Padres George Peterson (superior), Bede Kok y Roman Ginn y los Hnos. Frederic Collins, Ephrem Cole, Edwin Zeleznik, Giovanni Pilati, Benedict Williamson, Joseph Oleszkowicz y Francis Gorzyriski. El 1 de noviembre de 1966 el abad Dom James Fox presentaba las llaves de la capilla al nuevo superior, P. Jorge Peterson.

La llegada del nuevo contingente de religiosos junto con el apoyo financiero permitió a La Dehesa avanzar a una nueva fase de su desarrollo: la aceptación de vocaciones nativas y la independencia económica. Como la comunidad estaba formada por monjes de los dos monasterios más grandes e importantes de los EE.UU. era posible no sólo afirmarse como familia monástica, sino también llegar a tener una identidad propia. Entre los años 1966 y 1970 se hizo el empeño de establecer un monasterio auto-suficiente. La casa se agrandó, se construyó una nueva capilla, una casa de cuatro celdas de huéspedes y un galpón; se instaló un sistema de bombas de riego y se renovaron dos represas de agua; se instaló también un sistema de riego por aspersión para el cultivo de alfalfa; se aumentó el ganado vacuno y se mejoró la raza, se construyeron nuevas cercas, corrales y bebederos y se adquirieron nuevos equipos y vehículos. Se comenzó a rezar el oficio divino en castellano y en los años 1967 y 1968 comenzaron a llegar nuevos aspirantes. Un monje chileno que estaba en Azul se transfirió a La Dehesa. El rincón de La Dehesa, que hasta el año 1960 había sido un paisaje semi-desértico, se transformó poco a poco en un vergel.

En 1969 la comunidad estaba en condiciones de pedir la semi-autonomía al Capítulo General que aquel año se celebraba en Roma. Éste aprobó la petición en marzo de ese año. La aceptación de la semi-autonomía y la elección del superior fueron diferidas hasta la visita canónica de 1970. La elección se llevó a cabo el 24 de febrero de 1970 y recayó en la persona del P. Ricardo Gans, uno de los monjes fundadores. De Roma vino la confirmación de esta elección dos días más tarde. La comunidad semi-autónoma de Nuestra Señora de La Dehesa tenía en ese momento trece profesos solemnes y un novicio: uno de los profesos y el novicio eran chilenos; el resto, norteamericanos. En 1975 el P. Ricardo Gans fue reelegido.

En el presente la comunidad está bien establecida y el hecho de tener cinco novicios (dos chilenos, dos venezolanos y un norteamericano), un profeso simple chileno y once monjes con votos solemnes, de los cuales dos son chilenos, muestra hasta qué punto la comunidad ha comenzado a cruzar la barrera cultural en su esfuerzo por cultivar vocaciones locales.

La comunidad de La Dehesa considera que sus primeros años abarcan el período de 1960 a 1970, en el cual los años 1960 a 1966 se desarrollaron bajo la égida de la abadía de Spencer y los años 1966 a 1970 bajo la abadía de Gethsemaní. El año 1970, con la consecución de la semi-autonomía y la elección del P. Ricardo Gans como superior, marca el comienzo del desarrollo independiente.

Una mirada al horario de la Trapa de La Dehesa nos puede decir mucho sobre la vida interior de esta comunidad: 3.15: Levantada; 3.30: Vigilias, seguida de *lectio divina* y desayuno, una hora antes de *Laudes* como mínimo; 6.30: *Laudes*-Misa, seguida de media hora de acción de gracias en silencio. Los domingos hay reunión de capítulo inmediatamente después de *Laudes* y la misa es a las 9.30; 7.30: Tercia; 8.00: trabajo manual; 12.20: Sexta, que los domingos se celebra a las 11.20; 12.30: almuerzo, los domingos a las 11.30, seguido de siesta o lectura; 14.15: Nona, los domingos a las 13.30; 14.30: lunes, miércoles y viernes: trabajo; martes, jueves, sábado y domingo: lectura o estudio; 17.15: fin del trabajo; 17.45: Vísperas, seguida de comida y lectura. Los domingos hay Exposición del Santísimo a las 19.00; 19.30: Completas; 20.00: descanso.

Al igual que en el monasterio de Azul, en La Dehesa se hicieron dos ermitas que pueden ser habitadas por cualquier hermano por una semana cada año o por un día cada mes, además del retiro anual de una semana.

### 2.5.3. Monasterio de la Madre de Cristo, Hinojo, Argentina (1973)<sup>91</sup>

En su número 24 del año 1973 la Crónica de la revista “Cuadernos monásticos” anunciaba que “en el momento de entregar a imprenta este número tenemos noticia de la llegada a Buenos Aires de las cuatro primeras monjas que fundarán el primer monasterio femenino cisterciense en la Argentina. Llegarán el día 20 provenientes de la abadía de Vitorchiano, Italia y después de una breve estadía en Buenos Aires, donde tomarán contacto con diversos ambientes, viajarán a Hinojo, en cuya zona rural se ha edificado el monasterio”. En el número 26 del mismo año (p. 543) la revista podía ya complementar su información.

Ya desde 1965 y 1966 diversos obispos de América Latina se habían dirigido a las autoridades de la Orden cisterciense de la estricta observancia solicitando monjas trapenses para sus diócesis. El primer país latinoamericano favorecido fue México en 1971. La abadía de Ubexy en Francia se hizo cargo de la fundación del monasterio de “El Encuentro” en Ciudad Hidalgo, Michoacán, apoyada solícitamente por el P. Juan Eudes Bamberger, abad de Genesee y el P. Prior Agustín Roberts, junto con toda su comunidad de Azul. Varios monjes de la comunidad argentina se han turnado entonces como capellanes en “El Encuentro”.

Por la misma época el P. Agustín Roberts, de acuerdo con el obispo de Azul, Mons. Marengo, hacía los primeros sondeos con la abadía italiana de Vitorchiano en la persona de su madre abadesa, M. Cristiana Piccardo y sugería en el Capítulo general cisterciense de abril de 1971 que se apoyara este proyecto. El mismo abad de Genesee, D. Juan Eudes Bamberger, que había promovido la fundación de México (y que promovería en 1978 la primera fundación trapense de Lapa en el Brasil) se convirtió en abogado de la de Argentina. El 25 de abril de 1971 el capítulo de la abadía de Vitorchiano autorizaba a la madre abadesa y a su Consejo para tomar las iniciativas necesarias. En agosto del mismo año la madre abadesa Cristiana Piccardo se trasladaba a la Argentina para elegir el lugar del futuro monasterio y conferenciar con el Sr. obispo de Azul, los monjes de Nuestra Señora de los Ángeles, los arquitectos y abogados que intervendrían en la obra.

En su Capítulo general de septiembre-octubre de 1971 las abadesas de la Orden cisterciense aprobaron por unanimidad la segunda fundación en Latinoamérica y comenzaba a gestarse el monasterio de la Madre de Cristo de Hinojo, provincia de Buenos Aires. Fueron designadas diez monjas que a lo largo de todo el año 1972 se prepararon de diversos modos a su nueva misión, aprendiendo el castellano, rezando en común los salmos en la traducción castellana, y reuniéndose semanalmente para la puesta en común de planes, proyectos e ideas. Mientras tanto en Hinojo se construía el monasterio bajo la dirección del Hno. Gerardo Bourke de Azul y la constante supervigilancia del P. Agustín Roberts, con el aporte de otros monasterios de la Orden y de sus amigos de Italia y Argentina.

Algunas notas sobre la abadía cisterciense de Vitorchiano y su historia: Nuestra Señora de San José en Vitorchiano (Viterbo) tuvo su origen en San Vito (Turín) en 1876, por obra de un grupo de religiosas cistercienses que venían de Lyon-Vaise (Francia). En 1898 la comunidad fue trasladada a Grottaferrata cerca de Roma, donde quedó, probada por la extrema pobreza y la falta de vocaciones hasta 1957, cuando encontró su lugar definitivo en Vitorchiano. En 1939 una joven profesa de veinticuatro años, Sor Gabriella, había ofrecido su vida, inspirada por un fuerte llamado interior, para la unidad de los cristianos. Actualmente su proceso de canonización está muy adelantado. Después de la guerra y sobre todo después del traslado a Vitorchiano, hubo un gran aflujo de vocaciones, tanto que en 1969 los miembros de la comunidad habían llegado a ser noventa y uno y se tuvo que fundar en la

---

<sup>91</sup> Sobre el monasterio de Hinojo cf. *CuadMon* 8 (1973) N° 24, p. 163; 8 (1973) N° 26, p. 543; 11 (1976) N° 38, p. 489; 12 (1977) N° 40, p. 121.

diócesis de Volterra el monasterio de Valserena, en Toscana. Cinco años después otro grupo salía para la Argentina, sin que disminuyeran las vocaciones. En los últimos años han llegado además jóvenes de otras nacionalidades, como de Portugal y Filipinas.

En diciembre de 1972 el primer grupo de cuatro monjas se despidió de sus hermanas de Vitorchiano para emprender viaje a la “lejana Argentina”. Tuvieron la dicha de ser recibidas el 27 de diciembre en audiencia privada por S. S. Pablo VI, que bendijo su misión y de alguna manera esclareció su meta espiritual al decirles: Es un hecho sencillo, pero grande, casi misterioso, ir a un país para rezar allí. Dirán: podían rezar en su casa. No, ustedes van allá, para rezar allá”. Haciéndose eco de estas palabras del Papa las religiosas comentarían más tarde: “Queremos quedarnos en la Argentina para rezar, para hacer de nuestra vida en esta Iglesia local, una oración continua” (*CuadMon 77*, p. 125).

El 20 de enero de 1973 estas primeras cuatro monjas llegaban a Buenos Aires y en marzo las seis restantes. Después de un período de instalación y preparación el 27 de julio de aquel año podían comenzar oficialmente la vida regular. El monasterio de la Madre de Cristo de Hinojo está situado en las inmediaciones de la ciudad de Olavarría, a unos sesenta y cinco kilómetros de la Trapa de Nuestra Señora de los Ángeles, en un terreno de dieciséis hectáreas. Una parte de éste sirve como huerta y jardín para la comunidad, el resto es para el pastoreo. Las hermanas se dieron de inmediato a la formación de su apicultura, contando en pocos años con cerca de cien colmenas. Otro de sus medios de subsistencia es la impresión de imágenes religiosas de muy buen gusto y la fabricación de rosarios. Pronto se hizo sentir la irradiación de esta nueva iglesia monástica y la pequeña hospedería se convirtió en centro de restauración espiritual para sacerdotes, religiosas y laicos de los alrededores. Afluyeron las vocaciones con los altibajos habituales en los monasterios, pero una de las jóvenes admitidas en el año de llegada de 1973 ya ha hecho actualmente sus votos solemnes. En el año jubilar de 1980 había en Hinojo diez jóvenes entre postulantas y novicias y dos hermanas que ya hicieron sus votos temporales.

El año 1974 significó un avance en la edificación del monasterio, puesto que con la ayuda de Adveniat y de otros bienhechores se pudo construir el noviciado y el conjunto de celdas. También se pudo hacer una pequeña ermita en el interior de la clausura, que permite a cada religiosa hacer su día de retiro habitual y ocho días de retiro continuado una vez al año.

En noviembre del mismo año de 1974 los participantes en el VII Encuentro de comunidades monásticas del Cono Sur, que tuvo lugar en la Trapa de Azul, pudieron conocer el monasterio de Hinojo en una inolvidable tarde de oración y alegre convivencia. Nadie podía saber en ese momento que una de las hermanas, grande y radiante de alegría y bondad, estaba ya marcada para ser la ofrenda primicial de la joven comunidad a su Señor: la Hna. Sebastiana, que había ingresado a Vitorchiano en 1960 y se había destacado siempre por su servicio humilde, primero en la ordeña de las vacas y después en la enfermería, había sido operada de un cáncer después de sus votos simples, pero se había recuperado bien. Al estudiarse la posibilidad de la fundación en la Argentina, la Hna. Sebastiana fue la primera en ofrecerse y en ser aceptada por la madre abadesa como miembro del grupo de fundadoras. Alma muy sensible, sintió quizás más que las otras hermanas el dolor de arrancarse de una comunidad grande, en que toda la vida regular se desarrollaba a la perfección, para irse a una fundación en la que el reducido número de integrantes multiplicaba el efecto de la soledad y de la sensación de abandono, a la vez que el ímpetu negativo del tentador se tornaba más palpable. Cuando en 1975 reaparecieron los síntomas del cáncer la Hna. Sebastiana escribió en su diario:

“Es mi Señor, que ha venido a llamar a la puerta de mi alma, de mi corazón, y me ha dicho: '¿Quieres? Te necesito'. Y yo no podía decir que no a mi Señor Me he puesto en sus manos como un niño en los brazos de su padre, de Él que es mi Padre, para que haga de mí todo lo que quiera Tengo un gran deseo en el corazón de irme con Él, de ver su rostro, pero sé también que he de tener paciencia. Él me tomará para siempre en sus brazos cuando sea el momento justo”.

La enfermedad fue rápida y violenta y la pequeña comunidad que acompañó a su hermana paso a paso en su dolorosa Pascua, la sintió como una gracia especial para Hinojo, con todo su peso de sufrimiento y su realidad de resurrección. El 6 de febrero de 1976 se extinguía la llama de la primera monja cisterciense que iba a descansar en suelo argentino. El inesperado suceso iba a marcar profundamente los comienzos de la historia de la comunidad de Hinojo e iba a contribuir grandemente a arraigarla en suelo americano.

En el mismo año de 1976 la comunidad de Hinojo expresó a la de Vitorchiano su deseo de solicitar el estatuto de semi-autonomía. Por casi unanimidad el capítulo de la abadía madre dio su voto favorable a esta semi-autonomía, que se hizo efectiva en la fiesta de la Madre de Cristo, 1º de enero de 1977. Ese día las monjas de Hinojo, bajo la presidencia del obispo diocesano, Mons. Manuel Marengo, emitieron su voto de estabilidad y eligieron la primera Priora Titular en la persona de la Hna. María Cecilia Chemello, que había sido superiora desde el comienzo de la fundación.

La importancia externa del monasterio de la Madre de Cristo, que en la actualidad cuenta con veintiuna hermanas, se revela también en el hecho de que en el Tercer Encuentro monástico latinoamericano la M. Priora Cecilia Chemello fuese elegida vicepresidenta de la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur.

#### *2.5.4. Fundación de monjas trapenses en Quilvo, Chile (1980)*

Esta fundación se viene gestando activamente desde algún tiempo. La diócesis elegida sería la de Talca y la casa madre que se haría cargo de ella sería la misma abadía de Vitorchiano. Los PP. trapenses de La Dehesa han adquirido una propiedad adecuada en Quilvo, junto al río Teno, cerca de la ciudad de Curicó; en ella se han comenzado a hacer las edificaciones necesarias.

Las fundaciones cistercienses femeninas en México, Argentina y Chile vienen a continuar la obra espiritual de la única casa de monjas “bernardas” en América Latina, que desafortunadamente se extinguió en 1968, después de un intento fugaz de unión con la Orden benedictina: el monasterio de la Santísima Trinidad de Lima<sup>92</sup>. Fue fundado este cenobio cisterciense el año 1580 en la capital del virreinato por Lucrecia de Sansoles, viuda de Hernando de Vargas y su hija, doña Mencía de Vargas y confirmado por breve del Papa Gregorio XIII en 1584. Hacia 1650 contaba con cien religiosas de coro y doscientas entre novicias y sirvientas. Córdova y Salinas y Vásquez de Espinoza en sus obras alaban la observancia de esta única casa cisterciense de América durante varios siglos.

#### **2.6. Fraternidad de la Virgen de los Pobres, Colín, Talca, Chile (1960)**

Podemos considerar este nuevo tipo de vida monástica como fruto del influjo de la espiritualidad de Charles de Foucauld y de René Voillaume, con su congregación de “Hermitos de Jesús” sobre el monacato benedictino. En efecto, tanto el fundador de esta congregación religiosa, el P. Hermin, como una gran parte de sus seguidores son monjes benedictinos que se sintieron llamados a una vida monástica más sencilla, más pobre, más evangélica, más cercana a la gente humilde, a esa gente que nada sabe de monacato, pero que son sensibles a los valores humanos y evangélicos. Un compendio de su espiritualidad se puede encontrar en la obra “Au coeur même de l'Eglise. Une recherche monastique”. En lengua castellana la exposición más completa la escribió el Hno. José Kasser, superior de la Fraternidad en Colín, con el título de “A causa de Jesús y de su evangelio” y publicada en “Cuadernos monásticos” 8 (1973) N° 17, pp. 639-656. También podemos obtener información más completa de su espíritu y sus actividades en los artículos “Una experiencia de pobreza” (*CuadMon* 6, 1971, N° 16, p. 219) y “Contribución para el encuentro benedictino de América Latina” (*CuadMon* 7, 1972, N° 23, p. 241).

---

<sup>92</sup> Noticias en Gabriel GUARDA, o. c., p. 52.



La Fraternidad o mejor dicho la Congregación de Fraternidades de la Virgen de los pobres la fundó en 1956 el P. Hermin, benedictino de Clairvaux, Luxemburgo, en Bouricos, Landes, Francia. Un artículo del P. Henry, O.P., en la *Vie Spirituelle*, contribuyó a difundir el nombre y el ideal de Bouricos: una vida inspirada ante todo en la vida escondida y laboriosa de Jesús en Nazareth y en su vida de penitencia y oración en el desierto. Formando grupos de seis a ocho miembros, las fraternidades se diseminaron por el mundo, viviendo en cada lugar en una casita, con cierto, horario común, oración y lectura, y ganándose el pan como obreros comunes. El estilo tiene mucho en común con las fraternidades “foucauldianas” y con las de Taizé.

El eco que tuvo esta forma de vida religiosa en Chile fue notable. Varios obispos veían en ella la forma futura del monacato, algunos iban más allá y proclamaban la caducidad de los monasterios tradicionales. Cuando en 1958 el monje benedictino de Las Condes, P. Silvestre Stenger, consiguió las dispensas necesarias para ingresar a la Fraternidad y hacer su noviciado en Bouricos, contaba con el más decidido apoyo. Una chilena, la Hna. Judith Figueroa, se convertiría por la misma época en cofundadora de la rama femenina de la Fraternidad, en las mismas Landes francesas. En 1960 el P. Silvestre Stenger regresaba a Chile con un grupo de hermanos para iniciar su primera experiencia en el villorrio de Carboneros, en la Isla del Rey, diócesis de Valdivia. Pocos años después (1965) la Fraternidad bajo la conducción del Hno. José Kasser (el P. Stenger había pasado al clero diocesano de Valdivia), se trasladó a Quinchilca, cerca de Los Lagos, en la misma diócesis. Las inclemencias del clima hicieron que en 1971 la comunidad hiciera su traslado definitivo a Colín, diócesis de Talca. En este traslado se produjo un accidente que casi costó la vida a dos hermanos. El vívido relato de este infortunio se puede leer en *CuadMon* 6, 1971, N° 17, p. 179.

Aunque no formasen parte de la Fraternidad, pero sí del movimiento espiritual que la engendró, debemos señalar en este contexto cronológico otros dos intentos de fundación de una vida monástica pobre y simple en el Cono Sur. En San Benito de Buenos Aires, por esos años 1964-1965 el P. Luis Casalou inició su experiencia de monasterio simple, “Porta caeli”, en un barrio obrero de la ciudad de La Plata y en 1966 un segundo monje de Las Condes, el P. León Toloza OSB, seguía las huellas del P. Silvestre Stenger en búsqueda de los mismos ideales benedictinos foucauldianos, pero sin ingresar a la Fraternidad. Se estableció en una isla de once hectáreas llamada Liquiña, vecina a la isla del Rey y situada en el caudaloso río Tornagaleones, diócesis de Valdivia. En ambas experiencias, aunque situadas en contexto diferente, una en medio urbano-obrero, la otra en la vecindad de campesinos y pescadores, el régimen de vida era pobre y austero. Ninguna sobrepasó el límite del decenio.

Si la Fraternidad de la Virgen de los Pobres ha mostrado mayor vigor que sus paralelos benedictinos de La Plata y Liquiña, se debió en parte al hecho de estar insertada en una organización a nivel internacional y a tener una espiritualidad mejor estructurada.

Citémos algunos párrafos de los escritos de la Fraternidad:

“Vivimos en una casa y una pequeña quinta de media hectárea que pertenece a la parroquia de Colín. Trabajamos por lo general cinco horas por día. Trabajamos como asalariados, en construcción y reparación de casas Vivimos de nuestro trabajo. Por lo general trabajamos en común, lo que favorece la comunión fraterna entre nosotros y también facilita la comprensión de nuestra vida que puedan adquirir los demás.

“La pequeñez de la comunidad favorece no solamente la pobreza material, sino también la pobreza de espíritu.

“Tenemos cuatro oficios comunitarios de oración: Vigilias, Oficio de la mañana, Oficio del mediodía, Oficio de la noche. Además de esto la misa, y el domingo una hora de oración en común. Cada uno por su parte hace una hora de oración personal diariamente; pero queda más tiempo para orar y hacer lectura espiritual.

“Los domingos, días festivos y a veces en la semana, después de un breve silencio, intercambiamos ideas sobre el Evangelio o la lectura de la Sagrada Escritura. Esos intercambios son muy provechosos Los domingos se celebra la misa en la iglesia de la parroquia para todos los fieles.

“La vida en comunidad pequeña es tal vez más difícil, porque no podemos evitar y huir uno del otro. Pero es menos convencional y por lo tanto más auténtica y profunda. La vida comunitaria, como la vida espiritual, es asunto de renovación cotidiana. De allí la importancia que damos a las reuniones fraternales, los intercambios, las revisiones de vida.

“No es tanto el diálogo lo que es difícil, sino el morir a sí mismo frente al otro, que es diferente de nosotros. Lo que puede producir tensiones es que a veces cada uno tiene sus posiciones que le resulta difícil sacrificar. Por eso es importante expresarse, abrirse en todo y compartir todo. Que nada quede relegado. Es una manera de conocerse, de respetarse y finalmente de crear un ambiente de confianza y comunión fraterna”.

Terminamos esta reseña con la frase final del artículo “Una experiencia de pobreza” publicado por la Fraternidad en “Cuadernos monásticos” 6, 1971, N° 16, p. 222:

“En fin, nos hemos vuelto como cualquiera, abrazando un estado de discreción, una especie de anonimato que nos hace pasar más bien como simples cristianos que como monjes, sin dejar de ser monjes”.

### 3. *Procesos de integración en el monacato del Cono Sur como fruto del Concilio*<sup>93</sup>

#### 3.1. *La Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur*

La historia monástica evidencia que, en general, las federaciones de monasterios se originan por el impulso de alguna comunidad especialmente floreciente. Así en la Antigüedad, Tabenisi en Egipto constituye el fundamento de la congregación de cenobios pacomianos; Cluny y Citeaux hacen de cabeza de monasterios en la Edad Media; Solesmes, Beuron y Santa Otilia dan origen a las congregaciones de su nombre en la Europa Central del siglo XIX. En el Cono Sur, en cambio, el proceso de integración no se desarrolló de acuerdo con ese esquema histórico, sino que fue el resultado de un gradual y mutuo acercamiento, de una toma de contacto a veces cautelosa y reticente, de una especie de paciente ecumenismo monástico, exento de personalismos arrolladores. Si maduró fruto feliz sobre tanto injerto mutuo se debió ante todo a la savia renovadora del Concilio Vaticano II. Hasta entonces los diferentes monasterios del Cono Sur vivían vidas paralelas, cada uno en trato casi exclusivo con su respectiva y lejana casa madre, insertados en órdenes y congregaciones diferentes. Además de la tradicional distinción entre benedictinos y cistercienses, que a pesar de seguir la misma Regla de San Benito constituyen órdenes separadas, se daba entre los mismos benedictinos la diseminación entre siete congregaciones diferentes, vale decir, la solesmense, sublacense, beuronense, helvética, pan-americana, brasilera y la de “Mater Unitatis”. Lo que se daba eran visitas, contactos personales, pero ningún programa de acción común.

Entre las personalidades que presentían la necesidad de una nueva agrupación monástica hay que señalar a D. Andrés Azcárate, abad de San Benito de Buenos Aires, quien hablaba de una congregación benedictina hispanoamericana; D. Pedro Subercaseaux, que preconizaba una integración argentino-chilena y D. Eugenio Pfiffner, primer prior de Los Toldos, quien con realismo pensó lo que en esos años era factible: la colaboración entre Los Toldos y Las Condes. Esta idea, la más humilde de todas, comenzó a tomar cuerpo a partir de 1962, es decir, a tres años de su muerte, por medio de un intercambio estudiantil entre los dos monasterios: la filosofía se estudiaba en Los Toldos, la teología en Las Condes. Factor decisivo del inicio y la perseverante prosecución de esta colaboración de tipo académico fue el dinamismo organizador de los P.P. Priores D. Adalberto Metzinger de Las Condes y José Felber de Los Toldos. A los estudiantes de ambos monasterios se unieron en el último año otros de Viña del Mar y del Siambón. Aunque la experiencia no duró sino hasta 1966 fue de positivas proyecciones. En aquel núcleo estudiantil se conocieron y se aprendieron a estimar diversos jóvenes

---

<sup>93</sup> Cf. Mauro MATTHEI, OSB, *Ausbreitung benediktinischen Mönchtums in Lateinamerika*, en *Erbe und Auftrag* 53 (1977), 299.

monjes que con el correr del tiempo llegarían a ser superiores en sus-respectivas casas y que estarían libres de las reticencias de las generaciones anteriores, formadas en ambientes separados.

En diciembre de 1965 terminaba el Concilio en medio de una verdadera euforia de Iglesia. Fue entonces cuando el padre prior del monasterio de Cristo Rey, Siambón, D. Santiago Veronesi, tuvo la feliz iniciativa de invitar a todos los superiores de los monasterios del Cono Sur, fuese benedictinos o cistercienses, de monjes o de monjas, de la Argentina, de Chile o del Uruguay, a una reunión para estudiar los nuevos caminos que el Concilio abría para los monasterios y para prepararse en conjunto al Congreso de abades que iba a realizarse en Roma y al Capítulo general de la Orden trapense. La generosa hospitalidad de la comunidad de Los Toldos facilitó sus amplias dependencias para este primer encuentro.

El histórico evento tuvo lugar entre los días 3 a 5 de marzo de 1966 y a él concurrieron ocho superiores benedictinos, uno trapense y la madre abadesa de Santa Escolástica, junto con la madre priora. La crónica circunstanciada la publicó su secretario, en aquel entonces Hno. Martín de Elizalde, de Los Toldos, en el primer número de “Cuadernos monásticos”, p. 18.

Los temas tratados fueron: 1. La búsqueda de una integración de los monasterios en una entidad superior, que se pensaba podía ser la A.I.M. “Ayuda para la implantación monástica” (actualmente “Ayuda intermonasterial”), que se había mostrado muy efectiva en los monasterios africanos; 2. Intercambio de ideas sobre la adaptación del oficio divino; 3. La formación de los jóvenes monjes; 4. La fundación de una revista monástica latinoamericana; 5. La adaptación de la vida monástica según las normas del Concilio.

Sin duda que el fruto más inmediato de la reunión, aparte de alentar cambios en el oficio divino y la introducción de la lengua vernácula en él, fue la fundación de la revista “Cuadernos monásticos” cuya finalidad era -como escribía en la presentación del primer número su primer director, el P. Antonio Ghiotto de la Abadía del Niño Dios- “ser un factor de unión entre los centros de vida monástica sudamericanos y hacer accesible a los monjes y a todo el que quiera interesarse por la vida monástica, la literatura antigua, medieval y moderna sobre el tema, de hecho ausente de nuestros ambientes culturales”. La revista iba a salir modestamente en impresión mimeografiada, por la diligencia de las monjas benedictinas de Santa Escolástica y su primer número contenía una traducción del artículo “Hacia una renovación del monacato” por el P. Plácido Deseille, trapense de Bellefontaine, la primera parte de una traducción y selección de los Apotegmas de los Padres del desierto, procurada por el P. Mauro Matthei y un extenso comentario del libro “Cultura y vida cristiana; iniciación a los autores monásticos medievales” de D. Jean Leclercq; seguía después la sección “Crónica” con un reportaje del Hno. Martín de Elizalde sobre la reunión de Los Toldos y notas históricas sobre los diversos monasterios del Cono Sur.

A través de los años y especialmente desde que asumiera su dirección la M. María Cándida Cymbalista de Buenos Aires (1969) y la revista se convirtiera de mimeografiada en impresa, “Cuadernos monásticos” ha cumplido ampliamente con su cometido, sirviendo de lazo de unión no sólo entre los monasterios del Cono Sur, sino también entre los de-toda América Latina, difundiendo la reflexión sobre temas monásticos y publicando fuentes de literatura monástica.

*La segunda reunión de superiores monásticos del Cono Sur*, tuvo lugar en el monasterio de Cristo Rey, Siambón, entre los días 20 y 24 de junio de 1967 y su crónica se encuentra en “Cuadernos monásticos” 2 (1967) N° 4-5, pg. 245 y sgs. Aunque sólo pudieron asistir seis de los trece superiores y superioresas que habían sido invitados, la reunión contó con la valiosa presencia y asesoramiento del P. Pablo Gordan, que venía delegado en nombre de la A.I.M. Visto que la idea primitiva de integrarse en la A.I.M. no era viable, por consejo del P. Gordan y siguiendo el precedente de los monasterios africanos, se decidió constituir una “Conferencia de superiores monásticos del Cono Sur”, cuyo primer presidente se eligió en la persona del padre prior-administrador de la Abadía del Niño Dios, D. Ignacio Bruni. Éste anunció que su secretario sería el P. Eduardo Ghiotto, de la misma abadía. La Conferencia

se convirtió automáticamente en patrocinadora de “Cuadernos monásticos” y auspiciadora de los demás encuentros monásticos del Cono Sur.

La segunda decisión histórica de aquel encuentro tucumano fue la de iniciar las diligencias necesarias para constituir una congregación de los monasterios benedictinos del Cono Sur, desligándose cada cual de sus respectivas casas madres de Europa y los EE.UU. y el Brasil. Se pensó que la tarea más inmediata podía ser la de elaborar Constituciones comunes, tarea que se encomendó al P. Bruni. Fue una verdadera sorpresa que sobre este punto de la nueva congregación, delicado en sí, se lograra tan pronto unanimidad de pensamiento y acción. Se había presentado a los superiores un documento de cuatro páginas, elaborado por algunos monjes de Argentina y Chile, de tono muy cauteloso, titulado “Consideraciones acerca de una posible congregación de monasterios benedictinos del Cono Sur”. Por su valor histórico estimamos conveniente resumir aquí sus principales acápites:

Comenzaba el documento con un pensamiento en forma de tesis: “Por razones de orden espiritual y práctico parecería conveniente tender hacia la formación de una congregación (unión, federación) de monasterios benedictinos del llamado Cono Sur del continente sudamericano”. Pasaba luego al “Análisis de esta afirmación”, estructurado en cinco capítulos: *1. Razones de orden espiritual y práctico en favor de una congregación de monasterios*: a) Ejemplos de la historia monástica que evidencian que la integración de monasterios potencia su aporte a la Iglesia; b) Argumentos de autoridad: Las ideas de S. S. Pío XII; el N°- 22 del decreto “Perfectae caritatis”; la alocución de S. S. Pablo VI al Congreso de abades, en que invitaba a formar congregaciones nacionales; alocución de S. E. el Cardenal Antoniutti, Prefecto de la Congregación de Religiosos a los abades benedictinos en 1966, sobre el mismo tema; c) La unión de los monasterios equivaldría a la asunción de una responsabilidad colectiva que enriquecería el aporte monástico a una Iglesia que casi carece de él; por otra parte enriquecería espiritualmente los mismos centros de vida monástica; d) La colaboración que ha comenzado a partir del Concilio evidencia un nuevo espíritu, diferente del espíritu de ghetto, un espíritu ecuménico en el sentido amplio de la palabra. Tal espíritu también requiere un cuerpo institucional, que sería la Congregación; e) La unión haría más fácil la consecución de permisos, reformas y cambios que el Concilio exige; no puede haber acción común con direcciones diversas; f) También se podrían respaldar mejor fundaciones nuevas y dar ayuda a monasterios necesitados.

*2. Naturaleza de la Congregación o Federación*: Este capítulo contenía casi todo lo que posteriormente se convirtió en realidad y propiciaba el establecimiento previo de constituciones comunes.

*3. Sentido de la noción “Cono Sur”*: Daba argumentos en favor de una unión de monasterios supranacional, pero limitada al ámbito señalado, que era caracterizado en todos sus aspectos.

*4. Oportunidad de la realización*: Se explicaba que la futura constitución de una congregación del Cono Sur, no representaría una ruptura de lazos espirituales con las casas fundadoras de Europa y los EE.UU.

*5. Valor de un examen de la idea*: previendo más dificultades de las que en realidad habría, el documento propiciaba una comisión preparadora y estimulaba a reflexionar sobre el tema.

Si este texto había sido la contribución de los simples monjes a la causa de la integración monástica, los superiores, por su parte, no se quedaron en menos. Paladín entusiasta y fervoroso de una realización “cuanto antes” se constituía el P. Lorenzo Balerdi, ex-abad del Niño Dios y en aquel entonces prior de Viña del Mar y Puente Alto. A él se plegaron sin titubeos el P. Ignacio Bruni, prior de Niño Dios y el P. Adalberto Metzinger, prior de Las Condes. Los priores José Felber y Santiago Veronesi, aunque sin disentir, pensaban en una realización más lejana. El padre prior de Nuestra Señora de la Consolación de Santiago del Estero, D. Mario Piazza, daba su aprobación sin sentir que ella comprometiera directamente a su monasterio, fundación de la abadía de St. Leo, Florida, Estados Unidos.

Aparte de las deliberaciones en torno a estas decisiones que llamamos “históricas”, hubo en la reunión interesantes ponencias: el P. Felber se refirió en forma muy competente a los aspectos socio-económicos de la vida monástica, lo que no era un simple “ideario”, sino reflejo fiel de lo que se estaba haciendo en su monasterio y que constituiría uno de los aportes importantes de Los Toldos a la causa del Cono Sur; el P. Piazza esbozó un programa de ayuda intercomunitaria, muy práctico; el P. Veronesi disertó sobre los problemas de la reforma litúrgica y el P. Metzinger se abocó al tema “Formación y estudios”. Decisivo fue sin duda el que el P. Ignacio Bruni tratase en la última sesión el tema de los fundamentos espirituales de las observancias monásticas, que encontró general aceptación. Hasta entonces se habían excluido tales temas de las deliberaciones “por temor que discusiones sobre puntos de doctrina monástica podían tener un efecto retardante sobre los esfuerzos de unidad”. En efecto, las circunstancias históricas han reunido en el Cono Sur, aparte de monasterios benedictinos y trapenses, más abiertos al mundo los primeros y más claustrales los segundos, cenobios de tendencia más bien clerical activa y otros de orientación más contemplativa. Que todos ellos pudiesen respetarse y apreciarse mutuamente, concibiendo sus valores y matices religiosos diferentes como realidades complementarias y no como divergentes, fue algo que desde aquella reunión del Siambón se consideró posible.

Como último aporte del Encuentro mencionaremos el hecho de que aparte de los superiores se consideró la posibilidad de que asistiesen a las reuniones delegados de las comunidades, que tendrían voz, pero no voto.

*La Tercera Reunión de superiores monásticos* tuvo lugar entre los días 1 a 6 de julio de 1968 en la abadía de San Benito. Estaban representados casi todos los monasterios benedictinos y trapenses del Cono Sur y sus respectivos delegados, por lo que esta reunión fue la más numerosa. Asistían por primera vez las benedictinas de la Epifanía. Los temas tratados fueron principalmente dos: a) La comunidad; (se presentaron once ponencias elaboradas por primera vez por equipos de los diferentes monasterios); b) revisión del proyecto de estatutos para la futura congregación benedictina, elaborados en Niño Dios, con las sugerencias y adiciones de otras comunidades. La crónica de este fructífero intercambio puede leerse en “Cuadernos monásticos” 3 (1968) N° 7, p. 139.

*La Cuarta Reunión* tuvo lugar en el monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes en los días 17 a 21 de noviembre de 1969 (cf. “Cuadernos monásticos” 4 [1969] N° 11, p. 38) y a ella asistieron por primera vez delegados de la Trapa de la Dehesa, Chile, de la Fraternidad de la Virgen de los pobres y del monasterio “Madre de la Iglesia” del Uruguay. Huéspedes de honor fueron D. Gabriel Brasó, abad general de la Congregación benedictina sublacense, cuya inolvidable exposición sobre los “Valores de la vida monástica” ocupó las dos primeras sesiones y D. Lorenzo Wagner, prior del monasterio de San Carlos de Tibatí, Colombia. Primera innovación fue que los delegados de las comunidades, que debían ser elegidos por sus hermanos, tendrían voz y voto y que en adelante la Conferencia llamaría “de comunidades monásticas del Cono Sur”. En cuanto a la dinámica de grupos se comenzó con la costumbre, ya generalmente aceptada, de formar tres o más grupos de reflexión después de cada una de las sesiones generales. Las ponencias fueron de índole diversa, relacionadas sí con el quehacer de las comunidades monásticas.

Como por la elección del P. Eduardo Ghiotto como nuevo abad de Niño Dios, el P. Bruni había dejado de ser prior-administrador de su monasterio y quedaban acéfalas tanto la presidencia como la secretaría de la Conferencia, se procedió a la elección de nuevas autoridades: por mayoría absoluta quedó constituido presidente el P. Pedro Eugenio Alurralde, prior de Los Toldos, mientras que la madre abadesa Mectildis Santangelo de Santa Escolástica ocupaba la vicepresidencia. El nuevo presidente nombró secretario al P. Agustín Roberts, superior del monasterio de Azul.

La renuncia del P. Antonio Ghiotto a la dirección de “Cuadernos monásticos” hacía necesaria una reorganización de la revista, que por decisión unánime quedó en manos de la madre priora de Santa Escolástica, María Cándida Cymbalista, que a partir de entonces le imprimió el dinamismo y la autoridad de que hoy goza. En la misma reunión se redujo el Consejo de Redacción a sólo cinco delegados.

Se decidió celebrar la próxima reunión en la abadía del Niño Dios en torno al tema que aquel año iba a abordar la CLAR en su asamblea de Santiago de Chile: “Pobreza y desarrollo en América Latina”, relacionándolo con la vida monástica:

En cuanto a la proyectada congregación benedictina del Cono Sur se hizo notar cierto estancamiento, debido a que el intercambio sobre las constituciones en dos años se había diluido demasiado. Se encargó a la comunidad de Las Condes y a su superior, P. Adalberto Metzinger, el dinamizar las iniciativas en favor de aquella meta.

Dos visitas importantes irían a dar su espaldarazo a la reunión de Las Condes: la del Sr. Nuncio apostólico en Chile, Mons. Carlo Martini y el último día el Sr. Cardenal arzobispo de Santiago, S. E. Raúl Silva Enríquez.

Después de esta reunión, que fue muy estimulante, también en el plano de las relaciones fraternas, la comunidad de Las Condes hizo cuanto estuvo a su alcance por adelantar en lo referente a la futura congregación benedictina. Un feliz suceso vino a permitir una salida del cañaveral de las opiniones y contra-opiniones sobre las constituciones: a mediados de 1970 visitaba la Argentina el Rvmo. P. abad Primado D. Rembert Weakland, acompañado del secretario general de la Confederación benedictina, P. Pablo Gordan. Enterado por el padre prior Pedro Eugenio Alurralde de las dificultades de constituir la congregación por la vía de la elección previa de un estatuto común, el P. abad Primado, con sentido práctico norteamericano, propuso que se procediera de otro modo; que se formara de inmediato una Pre-congregación, sin constituciones propias, eligiendo un presidente en el cual los abades presidentes de las Congregaciones sublacense, solesmense, beuronense, helvética y brasilera, de los cuales dependían los monasterios del Cono Sur, delegaran sus facultades, rigiéndose cada monasterio por las constituciones de su propia congregación. Probado este tipo de organización por espacio de tres años podía pasar a fines de 1973 al estado de Pro-congregación, para adquirir finalmente en 1976 el estatuto de Congregación benedictina, la XXI de la Confederación. Sólo entonces se podía pensar en elaborar constituciones.

El plan era práctico y sencillo, pero tenía sus inconvenientes desde el punto de vista jurídico. Sin embargo, la desaparición de dos monasterios que habían estado en las primeras reuniones, Puente Alto en Chile y Nuestra Señora de la Consolación en Santiago del Estero, y las dificultades de varios otros eran una señal demasiado apremiante para perderse en muchas disquisiciones. El planteamiento del P. abad primado fue aceptado sin vacilaciones tanto por los diversos monasterios, como por sus respectivas autoridades máximas en Europa, que en el Congreso de abades de 1970 le dieron su aprobación. De este modo en la *Quinta Reunión de Comunidades monásticas del Cono Sur*, que se celebró en la abadía del Niño Dios del 18 al 23 de noviembre de 1970 y que estuvo abocada al tema “Pobreza y actitud de los monjes ante el desarrollo latinoamericano”, se pudo constituir la Precongregación y elegir su primer presidente en la persona del M. R. P. Eduardo Lagos, prior de Las Condes; como secretario quedó designado el P. Pablo Sáenz del Siambón. Este mismo publicó en el número 20 de “Cuadernos monásticos” una breve historia de este proceso, titulada “Nota sobre la Precongregación benedictina de los monasterios del Cono Sur”. La Sagrada Congregación de Religiosos dio su aprobación el 23 de diciembre de 1970. Los monasterios afiliados a la nueva Precongregación eran en ese momento sólo cinco: San Benito de Buenos Aires, Niño Dios, Siambón, Los Toldos y Las Condes.

El presidente, asistido por sus consejeros, procedió muy pronto a visitas canónicas de bastante trascendencia: en la abadía de San Benito de Buenos Aires quedó instalado como prior-administrador el R. P. Martín de Elizalde, monje de Los Toldos y en el Siambón fue designado prior el P. Antonio Ghiotto, de Niño Dios. En mayo se realizó en Buenos Aires una reunión de estudios sobre las futuras constituciones. Cuando en octubre de 1971 tuvo lugar la *Sexta Reunión de Comunidades monásticas del Cono Sur* en el monasterio Madre de la Iglesia, del Uruguay, el presidente P. Lagos ya pudo dar un amplio informe sobre su visita a las diversas casas del Cono Sur. La crónica de aquella Sexta Reunión

y las principales ponencias sobre el tema “La oración en su doble vertiente individual y comunitaria” se publicaron en “Cuadernos monásticos” 7 (1972) N° 20, p. 225.

Se decidió distanciar las reuniones, para celebrarlas cada dos años, más aún que en 1972 se celebraría en Río de Janeiro el Primer Encuentro monástico-latinoamericano en cuya gestación durante el Congreso de abades de 1970 en Roma habían actuado decisivamente diversos superiores del Cono Sur.

*La Séptima Reunión* de la Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur, que iba a tener lugar en el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles de Azul en el año 1973, tuvo que postergarse para no coincidir con el Congreso de abades benedictinos en Roma. Por fin pudo celebrarse este encuentro fraterno -el primero en una Trapa- entre los días 21 y 26 de noviembre de 1974, con una sesión inolvidable el lunes 25 de noviembre en el monasterio de las monjas trapenses de Hinojo. Asistió como invitado especial el Hno. Juan Logroño del monasterio de Usme, Colombia. El tema tratado fue “Ascesis y vida monástica” y como de costumbre hubo valiosas ponencias e intercambios de ideas, pero al mismo tiempo mucha vida de oración. Hubo una reflexión muy seria sobre el sentido de la Conferencia, una vez que ya estaba asentada la Pre-congregación benedictina y encaminándose a constituirse en Congregación. Se vio que ambas entidades se diferenciaban en sus fines a la vez que se complementaban mutuamente. Como lo decía el cronista de esta reunión en “Cuadernos monásticos” 10 (1975) N° 32, pg. 10 “la Conferencia no es una estructura de jurisdicción, sino el fruto de la colaboración fraterna entre los monasterios del Cono Sur, basada en contactos mutuos, jornadas de oración, estudio y convivencia y el común apoyo a la revista “Cuadernos monásticos” “. La Conferencia benedictino-cisterciense se hace tanto más necesaria cuanto más débil es en la Iglesia latinoamericana la tradición monástica.

Junto con esta reflexión se procedió a la renovación de la directiva, ya que las autoridades elegidas en la reunión de Las Condes en 1969 y reelegidas en la de Madre de la Iglesia en 1971, habían terminado su período. Nuevo presidente resultó el mismo superior anfitrión, P. Agustín Roberts OCSO, que se había desempeñado como secretario en el período anterior. Como vicepresidente sucedía a la madre abadesa de Santa Escolástica la madre priora de “Madre de la Iglesia”, M. María Plácida Zorrilla y secretario quedó designado el ausente Hno. José Kasser de la Fraternidad de la Virgen de los Pobres, Talca, Chile. Se proyectó una próxima reunión para setiembre del año 1978 en Talca. Ésta no se efectuó en la forma y en el lugar previstos, sino como una asamblea especial durante los días en que se celebró el Tercer Encuentro Monástico Latinoamericano, el TEMPLA, en la casa de ejercicios “El Cenáculo”, cerca de Pilar, provincia de Buenos Aires. En esta asamblea se dio forma definitiva a los estatutos de la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur y se eligió la nueva directiva, integrada por el P. Martín de Elizalde, prior de San Benito de Buenos Aires-Luján (presidente), la M. Cecilia Chemello, OCSO, priora de Madre de Cristo, Hinojo (vicepresidenta) y la M. Hildegardis Lizola, OSB, de Santa Escolástica (secretaria). Mérito principal de la directiva anterior había sido el de preparar pacientemente la revisión de los estatutos y el de organizar (magistralmente) el Tercer Encuentro monástico latinoamericano.

La nueva directiva ha prescindido por el momento de convocar a una nueva reunión de las comunidades monásticas; en cambio, ha ofrecido dos servicios de otro tipo, muy valiosos, a la causa de la promoción monástica en el Cono Sur: un cursillo de formación para novicios y profesos temporales sobre la Regla de San Benito, que se realizó durante dos semanas entre los días 15 y 27 de octubre de 1979, con concurrencia de veinticuatro jóvenes de todos los monasterios, e idéntico curso para los monasterios femeninos en agosto de 1980 en el monasterio de Rafaela. A este último asistieron más de cuarenta entre novicias y profesas temporales. La crónica del primero de estos cursos de formación se publicó en “Cuadernos monásticos” 14 (1979) N° 51, p. 371.

### *3.2. La Congregación del Cono Sur y sus Capítulos generales*

En el capítulo anterior hemos dado cuenta de la gestación de la Pre-congregación benedictina del Cono Sur en el seno de la Conferencia de comunidades monásticas. También hemos señalado las principales etapas de este proceso de maduración colectiva: precursores, primera decisión en favor de la idea en la Reunión del Siambón en 1967, primer intento -casi fallido- de realización por la vía de la elaboración de Constituciones (1968-1970), ayuda decisiva del Rvmo. P. Abad Primado D. Rembert Weakland, OSB, (1970), concretización de la Pre-congregación en la Reunión de Niño Dios, en noviembre del año 1970, aprobación por Roma el 23 de diciembre de 1970.

A un año de la aprobación, en la sexta reunión de la Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur, celebrada en “Madre de la Iglesia” del Uruguay, el presidente de la nueva entidad, padre prior de Las Condes, D. Eduardo Lagos, dio cuenta pormenorizada de sus visitas a los diferentes monasterios del Cono Sur, sus diversas gestiones y las esperanzas que lo animaban después del trabajo de casi un año. Fue este como un primer esbozo de Capítulo General, aunque le faltaron para serlo en verdad las deliberaciones y votaciones habituales. No era aún el tiempo para ello. Si poco a poco la ansiada Congregación se fue labrando y los monasterios, nacidos y formados en tradiciones tan diferentes, fueron habituándose a sus compañeros de camino y haciéndose lentamente a la idea de una acción común, mucho -después de la gracia de Dios- se debió a la tenaz paciencia, a la humildad olvidada de sí, a la perseverancia quitada de todo personalismo de su primer presidente, el P. Eduardo Lagos. Gracias a ello no sólo se logró mantener la inicial unión de los cinco monasterios que se animaron a someterse al régimen de Pre-congregación y a hacer las reformas necesarias, sino a ganar con el tiempo nuevas comunidades, como por ejemplo la de Viña del Mar. También se obtuvo el permiso de Roma para que los monasterios femeninos formasen parte de la Congregación.

En febrero de 1974 se tuvo en Los Toldos una segunda reunión de estudios en torno a las futuras constituciones, que significó un decisivo avance con respecto de la primera, realizada en mayo de 1971 en San Benito de Buenos Aires. Como se había decidido adoptar *-mutata mutandis-* las Constituciones de la Congregación benedictina holandesa, la reunión logró llegar rápidamente a feliz término de su trabajo y aprobar la primera base de un estatuto común. Los monasterios de monjas a su vez, revisaron las constituciones de la Congregación del Brasil, para adaptarlas a su proyectada unión y colaboración con la rama masculina.

Tres acontecimientos felices hicieron avanzar la Pre-congregación en el mismo año de 1974: en septiembre con la elección del padre prior Pedro E. Alurralde como prior del Siambón, se consolidó aquel monasterio y el monasterio de Los Toldos podía iniciar una nueva etapa, con la elección el día 24 de septiembre de su cuarto prior, el P. Mamerto Menapace. En el Uruguay, la consagración de la iglesia del monasterio, el 28 de ese mismo mes, y la ulterior habilitación de la hospedería ampliada abrían las puertas para una próxima constitución del monasterio en abadía.

Así estaba preparado el terreno para celebrar en noviembre de 1974 el Segundo Capítulo General de la Pre-congregación en la abadía del Niño Dios, que aquel año había celebrado sus setenta y cinco años de fundación. La crónica de este suceso está consignada en “Cuadernos monásticos” 10 (1975) N° 32, pg. 143 y de ella extraemos nuestros datos:

El Capítulo propiamente tal estaba formado por los superiores de los cinco monasterios y sus delegados, diez personas en total, con derecho a voz y voto. Como principal observador asistía el padre abad visitador de la provincia española de la Congregación de Subiaco, D. Mauro Elizondo; como observadoras, las superiores y delegadas de los monasterios de Santa Escolástica y Madre de la Iglesia, afiliados a la Pre-congregación, y la madre priora de Santiago del Estero, no afiliada. Después del informe del padre presidente D. Eduardo Lagos la mayoría de los asistentes era de la opinión de que se podía aspirar a formar la Congregación, sin pasar por la etapa previa de Pro-congregación. En seguida se revisaron y aprobaron las Constituciones, artículo por artículo, en lo que se logró amplia mayoría, y se reeligió al presidente y directiva. El día 16 de noviembre se dedicó casi íntegramente al monasterio San Benito de Viña del Mar, Chile, que por medio de su abad visitador, D. Mauro Elizondo, había solicitado su incorporación a la Precongregación. Escuchados los informes del padre abad visitador y del padre prior Martín de Elizalde, que en octubre de aquel año había visitado Viña



del Mar, junto con el padre presidente y elaborado un estatuto especial para ese monasterio, se aprobó la incorporación de la comunidad viñamarina por nueve votos contra uno. Según el mencionado estatuto especial, el monasterio quedó reducido de priorato a casa dependiente directamente del presidente, sin integrar el capítulo de otro monasterio. Se nombró superior de aquella casa al P. Mauro Matthei, monje de Las Condes, quien asumió su cargo el 17 de diciembre. El año 1976 fue posible iniciar el traslado del monasterio a Llú-Llú, a un ambiente rural más acorde con la vocación de soledad de la vida monástica. En Viña del Mar se retuvo la iglesia y casa parroquiales, a cargo de un Padre y un Hermano.

El 27 de diciembre de 1976 quedaba aprobada en Roma la Congregación del Cono Sur, por decreto de la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares y con la firma de su Prefecto el Sr. Cardenal Eduardo F. Pironio y su secretario, Mons. Agustín Mayer, OSB. Esto hizo posible que se celebrara el I. Capítulo General de la nueva Congregación, consignándose los capítulos de 1971 y 1974 como Primero y Segundo de la Pre-congregación.

Este Capítulo tuvo lugar en el monasterio Cristo Rey, del Siambón, desde el 3 al 6 de mayo de 1977, bajo la presidencia del P. Eduardo Lagos. Habían pasado diez años desde la histórica reunión de 1967, en que se había iniciado el camino, justamente en el mismo monasterio del Siambón. El objeto principal de este capítulo fue la revisión última de las Constituciones para atender las observaciones que les había hecho en Roma el procurador de la Congregación, P. Giuseppe Tamburrino. El P. Lagos presentó su renuncia después de seis años y medio de paciente labor y habiendo llevado a buen término la misión que se le había encomendado. Como nuevo presidente resultó elegido el padre abad del Niño Dios, D. Eduardo Ghiotto y como consejeros, el P. Eduardo Lagos de Las Condes y el P. Mamerto Menapace de Los Toldos. Constituida así oficialmente la nueva Congregación benedictina XXI de la Confederación benedictina, adoptó como fiesta patronal la de la Santa Cruz, llamándose en consecuencia “Congregación benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur”. El 6 de mayo decretó el Capítulo la traslación canónica de la casa de San Benito de Viña del Mar a San Benito de Llú-Llú.

En la visita canónica que siguió a ese Capítulo general en el Siambón, la comunidad anfitriona fue erigida en abadía y se eligió abad en la persona de su Prior, P. Pedro Eugenio Alurralde. Estaban presentes los superiores de las nuevas Fundaciones de La Pascua, Uruguay y de Nuestra Señora de la Paz, Córdoba.

El próximo Capítulo General de la Congregación está anunciado para el año jubilar de 1980 y tendrá lugar en el monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes, Chile.

No hemos señalado en forma particular las visitas canónicas y las Reuniones de Consejo del padre presidente en diversos monasterios. Todas sirvieron eficazmente para el afianzamiento de la vida monástica benedictina en el Cono Sur.

### *3.3. Encuentros monásticos latinoamericanos*

Los esfuerzos de integración e interrelación de los monasterios del Cono Sur tuvieron efecto en toda Latinoamérica. Al principio algunos representantes de monasterios de los países del Caribe y de los Andes hablaron en tono de broma de la formación de un “Trapezio Norte”, en contraposición al “Cono Sur”. Más tarde aquel risueño “Trapezio Norte” se convirtió en la ABECA, “Asociación benedictina del Caribe y de los Andes”, que a su vez lleva incorporada la UBM “Unión benedictina mexicana”. En el Brasil los diferentes monasterios benedictinos y cistercienses formaron la CIMBRA o “Comisión intermonasterial del Brasil”. Así cristalizaron en América latina tres organizaciones: en Brasil CIMBRA y en Hispanoamérica ABECA en el Norte y los países andinos y Cono Sur en la región del mismo nombre. Los tiempos estaban maduros para planificar encuentros a nivel latinoamericano. Así durante el Congreso de abades en Roma en 1970 representantes del Cono Sur sugirieron la idea de realizar el primer encuentro en el Brasil. Éste fue el

### *3.3.1. Primer Encuentro monástico de Latinoamérica: julio de 1972, Río de Janeiro (PEMLA)*

Se realizó en la histórica abadía de São Bento, bajo el auspicio del Rvmo. P. abad primado, D. Rembert Weakland, quien asistió personalmente e inauguró el Encuentro con una ponencia sobre “El monacato en el mundo de hoy”. También estaban presentes como invitados especiales el Rvmo. P. abad Marie de Floris, presidente de la A.I.M., el Rvmo. P. abad Cornelio Tholens de Slangenborg, Holanda; la Rvma. M. abadesa de Stanbrook, Inglaterra, M. Elizabeth Sumner y el P. Pablo Gordan, secretario general de la Confederación benedictina. Crónica y ponencias de este acontecimiento histórico se encuentran en “Cuadernos monásticos” 7 (1972) N° 23, pp. 1 y ss. Al término del Encuentro se proyectó un segundo, que se desarrolló en el lugar y la fecha que se había planificado:

### *3.3.2. Segundo Encuentro monástico latinoamericano (SEMLA), Bogotá, julio de 1975*

Su sede fue el colegio de San Carlos del monasterio de Tibatí, Bogotá, Colombia y en él participaron aproximadamente cien monjes y monjas. También esta vez estuvo presente el P. abad Primado D. Rembert Weakland. El tema era “Presencia de las comunidades monásticas en la América Latina de hoy” (cf. *CuadMon* 10, 1975, p. 349) y hubo valiosas ponencias e intercambio de ideas y proyectos; pero ante todo y sobre todo fue “una reunión de oración, de monjes y monjas que se encontraron para rezar juntos por nuestro continente, por nuestros hermanos latinoamericanos”, como decía la crónica. En el Encuentro también participaron los PP. Carlos Palmes, SJ, presidente y Luis Patiño, OFM, secretario de la CLAR.

### *3.3.3. Tercer Encuentro monástico latinoamericano (TEMLA), Pilar, Buenos Aires, octubre de 1978*

En vista del próximo sesquimilenario de san Benito el tema era “Relectura de la Regla de San Benito en el hoy de América latina” y tuvo lugar en la casa de ejercicios “El Cenáculo”, cerca de Pilar, ya que ningún monasterio de Argentina habría sido suficiente para albergar a la numerosa concurrencia (más de ciento ochenta) de todos los monasterios de Latinoamérica. Por primera vez participaban también monjes y monjas trapenses, encabezados por su padre abad general, D. Ambrose Southey. Para el padre abad primado benedictino D. Víctor Dammertz era su primer encuentro con el monacato latinoamericano. De parte de la A.I.M. estaban presentes su presidente, el P. abad Robert de Floris y su secretaria Hna. Pía Valeri. El alto número de participantes dio ocasión a fructíferos encuentros fraternos y a una apreciación más realista de la complejidad del fenómeno monástico en la América Latina; por otra parte impidió la profundización en los temas y la reflexión más meditativa. En el último día se constituyó la UMLA (Unión Monástica Latinoamericana) en base a las tres organizaciones monásticas del continente, ABECA, CIMBRA y CONO SUR y se eligió Bahía (Brasil) como sede del próximo Encuentro en el año 1982, para hacerlo coincidir con el cuarto centenario del primer monasterio de las Américas, la proto-abadía San Sebastián de Bahía.

De este modo hemos pasado revista al proceso de integración y robustecimiento del monacato latinoamericano, fruto manifiesto del Concilio Vaticano II y de la obediencia al magisterio papal. Lo hemos hecho a un triple nivel: 1. Formación de la Congregación benedictina del Cono Sur, la XXI de la Confederación benedictina; 2. Constitución de la “Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur” y su obra; 3. Los Encuentros monásticos latinoamericanos y la fundación de la UMLA, Unión Monástica Latinoamericana.

Es de esperar que tal movimiento de estructuración tenga un doble efecto: uno “ad intra”, en el sentido de una toma de conciencia y una mejor realización de los valores monásticos en cada casa y otro en el ámbito externo, en dirección a un aporte más vigoroso a la Iglesia de América Latina, que, como lo demuestra el documento de Puebla, aprecia y solicita tal aporte; citemos, a modo de ejemplo, los párrafos 272, 273, 726, 727, 728, 731, 738, 751, 752, 757, 760, 762, etc.

“La historia monástica muestra que los impulsos renovadores de la vida monástica siempre coinciden con un momento de agrupación o interrelación de monasterios” decía el documento “Consideraciones acerca de una posible congregación de monasterios benedictinos del Cono Sur” presentado en la Reunión del Siambón, el año 1967 y proseguía:

“Por medio de un apoyo y complementación mutuas estas uniones monásticas dan a los valores espirituales un vigor y una irradiación que un monje o un monasterio aislados serían incapaces de transmitir en la misma medida. El momento de la agrupación, señala siempre el comienzo de una mayor fecundidad en provecho de la Iglesia.

“En el caso de nuestros monasterios, separados por su origen diferente, las distancias geográficas y cierto hábito aislacionista, ¿no cabría esperar también un notable acrecentamiento de su aporte a la Iglesia si se llegase a concretar una unión?”.

A más de un decenio de distancia y evaluando lo que en ese lapso ha sucedido en el Cono Sur no podemos responder sino afirmativamente a aquella tímida pregunta.

*San Benito de Lliu-Lliu  
Limache – Chile*